

DE LA AUTORA DE
INOCENCIA ROBADA Y ESCLAVA VICTORIANA

*Destino
Traicionado*



SOPHIE WEST



Erótica

Contenido

[Portadilla](#)

[Información](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[EPILOGO](#)

[Sobre la autora](#)

[Sobre DirtyBooks](#)

DESTINO TRAICIONADO

SOPHIE WEST

DIRTYBOOKS

Sophie West
Destino traicionado
©Sophie West 2018
Todos los derechos reservados

© para esta edición DirtyBooks
<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Diseño editorial: DirtyBooks
<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Primera edición septiembre 2018

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y ss. del Código Penal).

Capítulo uno.

Inglaterra, año 1815.

—¡Eres una cobarde!

El grito de Trevor Sugdon resonó en toda la campiña. El chico, de diez años, acababa de tirarse al lago desde la rama de un árbol y estaba provocando a su amiga Winnifred Sterling a que hiciera lo mismo.

Win tenía tres años menos que él pero su audacia lo superaba con creces, cosa que volvía loca a su madre, la condesa, y hacía reír a su padre, el conde. Era normal en ella escaparse de la vigilancia de la institutriz y correr hasta el lago para jugar con su vecino, y aquel perfecto y caluroso día de verano, no iba a ser menos.

—¡Soy más valiente que tú! —gritó ella desde la orilla mientras veía a su amigo chapotear en el agua—. ¡Y voy a demostrártelo!

Win no tuvo reparos en quitarse el perfecto vestidito amarillo que acababa de estrenar, y tirarlo al suelo sin ningún miramiento, para quedarse en ropa interior sin pudor alguno. Se encaramó por el árbol, igual que había hecho Trevor unos minutos antes, y se sentó a horcajadas sobre la rama para ir avanzando hasta que sus pies quedaron colgados sobre el agua.

—¡Tírate! ¡Tírate! ¡Tírate! —la animó Trevor, muerto de la risa.

Win le sacó la lengua y saltó al agua, levantando una marea de salpicaduras. Se sumergió bajo el agua y buceó como una campeona, sacando de repente la cabeza bien cerca de donde estaba Trevor para gritarle al oído, dándole un susto de muerte.

—¡Estás loca! —protestó el muchacho empezando a lanzarle agua con las manos.

—¡Y tú eres tonto! —se rió ella—. Tendrías que haberte visto la cara —se carcajeó con ganas, y puso los ojos bizcos—. Se te pusieron los ojos del revés.

Jugaron durante un buen rato, riéndose a carcajadas, persiguiéndose en el agua, chapoteando como niños que eran.

Trevor sabía que cuando llegara el otoño iba a ingresar en Eton, y que cuando eso ocurriera, echaría mucho de menos su casa y a su amiga Win que, a pesar de ser una chica, era tan valiente, atrevida y revoltosa como él.

—¡Se puede saber qué estás haciendo! Winnifred Sterling, sal del agua ahora mismo. Y tú, Trevor Sugdon, ya hablaré con tu padre sobre esto.

La voz estridente de Abigayle Sterling, condesa de Stratton y madre de Winnifred, rompió la magia y la diversión. Win se quedó quieta como una estatua, con el agua llegándole hasta las rodillas, mirando a su madre intentando decidir si enfurruñarse o hacerle caso.

Al final, se decidió por lo último porque, a esa edad, ya sabía que su madre no tenía paciencia y que se llevaría una buena zorra si se atrevía a protestar.

—Ya voy, madre.

—Ahora mismo, señorita. —Mientras salía del agua, Abigayle siguió con su regañina—. Parece mentira que sigas haciendo estas cosas. ¿Cuántas veces tengo que decirte que este comportamiento no es propio de una señorita? Has de tener más sentido del decoro, o no podrás hacer un buen matrimonio cuando seas mayor.

—Voy a casarme con Trevor, madre. Y a él le gusto como soy.

La condesa agarró a su hija del brazo y la sacudió sin contemplaciones.

—No digas más sandeces. ¿Casarte con ese pela gatos? Ni soñarlo. Trevor Sugdon está muy por debajo de tu nivel social. Tú te casarás con un marqués, o con un duque, no lo dudes ni un instante.

—A papá le gusta Trevor —protestó Win, molesta por el insulto que su madre había dirigido a Trevor.

—Tu padre es imbécil —gruñó ella y empezó a arrastrarla de camino a su casa—, y no tiene ni una pizca de sentido común.

—¡Mi padre no es imbécil! —gritó, tirando del brazo para soltarse, pero Abigayle apretó su agarre y la volvió a sacudir hasta que la niña dejó de protestar.

—Tu padre es un insensato, un irresponsable y no tiene ni una pizca de sangre en las venas. No sabe qué le conviene a sí mismo, va a saber qué te conviene a ti.

Win sabía que aquello no era cierto. Su padre era el hombre más cariñoso que había conocido. Se tomaba tiempo para sentarse a jugar con ella, y siempre contestaba a todas sus preguntas, por muy ridículas que fuesen. La dejaba sentarse en su regazo por la noche, le leía cuentos para que se durmiera, y siempre, siempre, se preocupaba por cómo iban sus clases con la institutriz. Incluso, a veces y a pesar de lo grande que ella ya era, la tomaba en brazos y bailaban, girando y girando, y ambos se reían a carcajadas, hasta que acababan completamente mareados, sentados en el suelo, intentando recuperar las fuerzas que la risa les robaba.

Su padre era un gran hombre, y su instinto le decía que Trevor también lo sería, aunque solo fuese el cuarto hijo de un Sir, con pocas tierras y no mucha fortuna, y a pesar de que tendría que luchar para salir adelante en la vida.

Trevor quería ser médico, y a eso enfocaba todos sus esfuerzos, y Win estaba segura de que conseguiría convertirse en uno muy bueno, y que todos los enfermos de Inglaterra querrían que él los curara.

Y ella quería ayudarle a conseguir ese sueño.

...

Los Sugdon no eran pobres, pero la casa familiar no era, ni mucho menos, una mansión como Stratton Manor. En comparación era una vivienda sencilla, de ocho habitaciones y un par de salones, ocupada por los seis miembros de la familia y dos criadas. ¡Y ni siquiera tenían mayordomo!

A Abigayle no le gustaba tener que pisar el suelo de esa casa, y siempre lo hacía a regañadientes y de mal humor, pero la amistad que Horatio Sugdon y el conde mantenían, la obligaba a ir allí más veces de las que deseaba.

Pero aquel día había sido decisión suya ir. Quería hablar con Horatio sobre lo ocurrido, y exigirle que castigara a su hijo por imprudente. ¡Hacer que su niña se bañara en el lago en paños menores! ¡Qué escándalo! Winnifred ya no tenía edad para comportarse como una salvaje sin linaje, y el chico tenía que comprender de una vez que su hija estaba muy por encima de él.

—Vaya, Abigayle, qué grata sorpresa —le dijo Horatio Sugdon cuando la vio entrar en el salón.

—Horatio —saludó ella, manteniendo la cabeza bien alta y lanzándole una mirada de desprecio. Le molestaba mucho que este hombre jamás la tratara con la deferencia que ella merecía, al fin y al cabo era condesa, pero la confianza que gozaba con el conde hacía que Horatio se relajara—. Vengo a pedirte que hables con tu hijo Trevor.

—¿Qué ha hecho ahora ese diablillo?

—Jugar en el lago con mi hija. Los he sorprendido esta misma mañana, ambos en paños menores, tirándose agua uno al otro como si fuesen unos simples campesinos. Que tu hijo se comporte así lo comprendo, al fin y al cabo es un niño y su posición social no dista mucho de ser eso —dijo con desprecio—, pero mi hija es otra cosa. Su padre es conde, y su comportamiento debe ser intachable para poder hacer un buen matrimonio en el futuro. Espero que hables con él y le dejes bien claro que, de ahora en adelante, no debe volver a acercarse a Winnifred.

—Las mujeres y sus exageraciones —rio entre dientes Horatio, derramando condescendencia. Sabía que Abigayle Sterling era una mujer con muchas ambiciones. Lo había sabido desde el mismo momento en que Norbert, el conde de Stratton, se la presentó el día de su boda, y se reafirmaba en cada una de sus visitas. Por eso le gustaba molestarla siempre que podía—. Solo son cosas de niños, mujer. No deberías darle más importancia.

A Abigayle no le gustó el tono de su voz, ni que le hablara de aquella manera. La furia se arremolinó en su estómago y alzó la cabeza con altanería.

—Te recuerdo que el lago está en las tierras del conde. Si vuelvo a verlo por allí, ordenaré a mis criados que lo echen a patadas, ¿te ha quedado claro?

—Abigayle, no digas ni hagas nada de lo que puedas arrepentirte —le replicó Horatio, tomándose la amenaza muy en serio. La conocía perfectamente, y sabía que era capaz de cumplir con su amenaza—. No creo que a Norbert le gusten tus palabras.

—A Norbert solo le interesan sus libros y sus tierras.

—Y la amistad que ambos mantenemos desde que éramos niños.

—No provoques mi furia, Horatio Sugdon. No sabes qué soy capaz de hacer.

—Me temo que sí lo sé, Abigayle Sterling. Mi familia tiene permiso del conde para atravesar sus tierras siempre que lo decida necesario y quiera, y si uno de tus criados le pone una mano encima, tú lo pagarás, personalmente. Eso te lo juro por mi honor.

Horatio Sugdon jamás juraba en balde, y Abigayle lo sabía. Frunció los labios en una mueca de desprecio, y se fue de allí sin decir nada más.

Si no podía hacer entrar en razón a Horatio, tendría que obligar a Norbert a tomar cartas en el asunto.

...

—Deberías dejarte de tonterías, mujer.

Esa fue la respuesta que Norbert Sterling le dio a su mujer cuando esta lo asaltó hecha una furia en su despacho mientras trabajaba en los libros de cuentas de la finca, exigiéndole que hablara con su amigo Horatio para impedir que Trevor y Win volvieran a jugar juntos.

—No son tonterías.

—Solo son niños, por el amor de Dios. Déjalos que jueguen. Win ya tendrá tiempo de comportarse como una señorita. El resto de su vida, para ser

exactos.

Al oírle pronunciar casi las mismas palabras que a su vecino, se la llevaron los demonios. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto cuando aceptó casarse con este hombre? Pensó que un conde le daría lo que ella siempre había soñado: vivir en Londres rodeada de lujos, acudiendo a grandes fiestas en las que lucirse, y codearse con la flor y nata de la sociedad.

En lugar de eso, se había visto obligada a vivir enclaustrada en el campo, rodeada de gente vulgar y de animales, con un hombre que pasaba el día encerrado en su despacho entre libros. Y cuando quería ir a Londres, tenía que ir sola, algo que odiaba.

—No sé qué clase de hombre eres. ¿Es que no tienes sentido del honor, ni de la decencia? ¡Estaban en paños menores!

—Son niños, mujer. Le das demasiada importancia al asunto.

—No sabes cuántas veces me he arrepentido de casarme contigo —le espetó, fuera de sí.

Norbert, acostumbrado a esas alturas a los estallidos de su mujer, se encogió de hombros y volvió la vista hacia el libro de cuentas que tenía delante. Abigayle se abalanzó sobre él para arrancarle el libro de entre las manos y tirarlo al suelo en un arranque nada femenino y poco digno de una condesa.

—Eres un majadero, un necio, y si consientes este tipo de comportamientos en tu hija, jamás conseguiremos que haga un buen matrimonio y, ¿qué será de ella cuando tú mueras? No tendrá a nadie que la cuide y se preocupe por ella porque tú —lo señaló con un dedo que le temblaba de frustración y rabia—, eres tan inútil como hombre que tu semilla no consigue arraigar de nuevo en mi vientre, y has sido incapaz de darle hermanos que cuiden de ella.

—No es mi semilla la que falla, maldita mujer —explotó Norbert al fin, levantándose y dando un golpe sobre la mesa—, sino tu vientre, tan egoísta y lleno de maldad como tu corazón, en el que es imposible que arraigue nada. Y ahora quieres amargarle la vida a nuestra hija, la única criatura que fue lo bastante fuerte como para sobrevivir en tu yermo y estéril útero. ¡Pues no voy a permitirlo! Win puede seguir jugando con Trevor todo lo que quiera, y este tema queda aquí zanjado. ¿Queda claro?

—Te arrepentirás de esto.

—Me arrepiento de muchas cosas de mi vida, entre ellas, de haberme dejado deslumbrar por tu belleza vacía. Pero esta decisión te aseguro que no

será una de ellas.

...

Inglaterra, 1822

A Win le encantaba montar a caballo, y si era en compañía de Trevor, todavía más.

Cada año contaba los días que faltaban para la llegada del verano y poder volver a disfrutar de la compañía de su mejor amigo. Pasaban los días juntos y, con diecisiete años, él se estaba convirtiendo en un hombre apuesto y gallardo que seguía robándole el corazón con la mirada.

Trevor la miraba de reojo mientras cabalgaba a su lado. Se había quedado callada, algo nada usual en ella. Win era divertida y alegre, dulce e inocente, y un poco traviesa en el sentido en que lo es un niño. Porque aunque con catorce años ya se podía ver en ella a la mujer en la que se convertiría, no dejaba de ser una niña que todavía se encaramaba a los árboles y a la que le encantaba pescar en el lago.

El lago hacia el que cabalgaban y en el que aquel año ya no se bañarían juntos, porque sería algo indecoroso y él lo sabía muy bien.

—¿Estás nervioso por la universidad?

—Un poco. Pero también estoy emocionado. Estoy seguro de que será una experiencia increíble.

Trevor sabía desde muy pequeño que quería ser médico, y hacia esa meta había enfocado todos sus recursos intelectuales, comprando y leyendo todos los tratados de medicina que su exigua asignación mensual le permitía. Su familia no era pobre, pero tampoco gozaba de una riqueza interminable y habían educado a sus hijos en la austeridad. Gastar por encima de las propias posibilidades solo llevaba a la ruina económica y moral.

—Seguro que te divertirás a lo grande.

Win le dirigió una sonrisa vivaracha mientras lo decía.

—No voy a ir a divertirme, Win. Ya lo sabes.

—Bueno, sí, pero aplicarte en los estudios no significa que no puedas divertirme también, ¿no? Solo espero que no conozcas a una dama refinada y haga que te olvides de mí.

Trevor se rio del tono dramático que Win impuso a sus palabras, y ella se unió a él sin pensárselo dos veces. Sabía que una señorita no debía reírse tan

abiertamente, pero solo tenía catorce años y era demasiado joven para preocuparse por el decoro y por lo que se espera de una dama de su alcurnia.

—Te aseguro que no hay damas en los lugares a los que van los estudiantes a divertirse.

—¿Ah, no? ¿Y qué lugares son esos?

La curiosidad de Win siempre había sido insaciable, y su inocencia, unida a la total falta de pudor del que hacía gala delante de Trevor, siempre acababan por ponerlo en dificultades.

—¡No puedo hablar de eso! —exclamó ruborizándose. ¿Cómo iba a hablarle de putas y prostíbulos? ¡Nunca, jamás! Win no necesitaba saber de esos sitios.

—¡Qué aburrido te estás volviendo! Ya nunca quieres contarme nada.

Tenía razón, por supuesto, pero Trevor tenía sus motivos. Su vida en Eton hacía tiempo que había dejado de ser una aventura digna de ser contada. Las travesuras con sus amigos habían dejado paso a otras cosas menos aptas para una dama y él ya no solía ir con ellos. ¿Cómo iba a hablarle de las veces que Michael Winthrop había vuelto borracho como una cuba? ¿O de las escapadas de Edward Furlong para ver a su amante, la esposa de uno de los profesores? ¿O de cómo Ignatius Merriwheader se había vuelto un adicto al juego, y perdía siempre su asignación mensual en las mesas de *whist*?

Por suerte, la llegada al lago lo salvó de tener que defenderse. Bajó del caballo y se acercó a Win para ayudarla a desmontar. Le aferró la cintura con delicadeza y Win puso las manos sobre sus hombros para apoyarse en él. La bajó con suavidad, muy lentamente, disfrutando de cada segundo en que sus cuerpos se rozaron, sintiendo el acelerado ritmo de su corazón al sentir el calor que emanaba de ella y el deseo que crecía en su propio interior.

Cuando Win puso los pies en el suelo, no lo soltó. Levantó el rostro hacia él y le dirigió una mirada limpia y extrañada. Trevor acercó el rostro hasta su pelo y aspiró con deleite su perfume a narcisos. Era tan hermosa, y él la amaba tanto...

Deseó poder besarla. Hacía tiempo que soñaba con poder unir los labios con los suyos en un beso prolongado, saborear el interior de su boca y perderse en su humedad, seducirla con el baile de sus lenguas hasta que ella se rindiera a sus caricias.

Pero no lo hizo. Win todavía era demasiado joven, a duras penas estaba abandonando la niñez, y Trevor, ante todo, era un caballero y estaba dispuesto a esperar a que ella cumpliera los diecisiete años.

Mientras, se contentaría con soñar con la mujer en la que se estaba convirtiendo.

Win, que había esperado ser besada al ver la intensidad de la mirada de Trevor, se sintió defraudada cuando no lo hizo. Era una chica curiosa que quería saber hacia dónde la llevaría el cosquilleo que sentía sobre la piel cada vez que estaba cerca de él, o si su corazón acabaría por desbocarse cuando sus manos se rozaban accidentalmente.

Quería que la besara, creyendo en su inocencia que un beso no era algo peligroso.

—Bésame —le pidió en un susurro, aferrándose a la pechera de la chaqueta de Trevor para impedir que se apartara.

—No, eres demasiado joven. Cuando crezcas, prometo que te besaré como un hombre besa a una mujer.

—Pero yo te amo —confesó con naturalidad, sin sonrojos ni vergüenzas.

—Y yo a ti, mi pequeño diablillo. Precisamente por eso debemos esperar.

Y estaba dispuesto a hacerlo, en todos los sentidos. Con diecisiete años, todos sus amigos ya habían dejado atrás la inocencia, y eran habituales de burdeles y amantes. En cambio, él no sabía qué era tocar impudicamente a una mujer. Se mantenía casto y fiel a la promesa que se había hecho cuando, con quince años, se dio cuenta de que el sentimiento que lo unía a Winnifred era mucho más profundo que la simple amistad entre niños.

Quería que Win fuese la primera y única mujer que sus manos tocaran arrebatadas por la pasión, igual que él sería el primero y único para ella.

—No entiendo por qué —insistió ella.

—Win, sabes muy bien que no tengo fortuna. Tengo que labrarme un futuro para ambos, y por eso debo ir a la universidad.

—Pero, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Porque si te beso, diablillo, no sé si voy a poder parar, y no quiero deshonorarte y que nos veamos obligados a casarnos antes de poder ofrecerte una vida digna de ti.

—Pero nadie lo sabrá, solo tú y yo.

Trevor se rio, cansado. El empeño inocente de ella era mil veces más seductor que cualquier artimaña de cualquier mujerzuela experimentada.

—Además —añadió Win—, sabes que mi dote sería más que suficiente para mantenernos a ambos mientras tú te esfuerzas en la universidad. Cinco mil libras es mucho dinero.

—Lo sé, pero no quiero vivir de tu dinero. Soy lo bastante hombre como

para labrarme un futuro en el que podré mantenerte sin necesidad de usar tu dote. Ni quiero que me consideren un caza fortunas.

Win lo comprendió. Solo tenía catorce años, pero el instinto ya le decía que el orgullo masculino era algo frágil que una mujer podía romper con facilidad.

—De acuerdo, pero prométeme algo.

—El qué, diablillo.

—Que el día en que yo cumpla los diecisiete años, vas a estar aquí para celebrarlo. Y como regalo de cumpleaños, me darás mi primer beso. A cambio, yo prometo no casarme con nadie más que tú, y esperarte hasta que hayas conseguido tu sueño de ser médico.

...

Trevor acompañó a Win hasta su casa y, con la excusa de entrar a saludar al conde, la siguió al interior de la mansión. Se despidió de ella en el vestíbulo, con la promesa de encontrarse al día siguiente a la misma hora para dar el paseo a caballo que, aquel verano, se había convertido en una costumbre.

Quería hablar con el padre de Win de sus intenciones para con su hija. Sabía perfectamente cuál era su posición, siendo el cuarto hijo de un terrateniente que ni siquiera pertenecía a la nobleza, y que cualquier otro aristócrata se reiría de él por tener el ridículo y esperpéntico sueño de casarse con su hija. Pero lord Sterling era diferente a todos los demás, y estaba convencido de que, si le hablaba de sus planes de futuro, tomaría en serio la posibilidad de permitirle que en el futuro cortejara a Winnifred

Norbert Sterling estaba en su despacho, sentado en el sillón tras la mesa, mientras escuchaba atentamente el informe diario de su administrador. Cuando Trevor fue anunciado por el mayordomo, despidió a su empleado con la promesa de hablar con él más tarde.

—Buenos días, muchacho. ¿Qué tal el paseo a caballo?

—Vigorizante, milord, como siempre.

—Bien, bien. ¿Y tu padre?

—Deseando seguir con la partida de ajedrez que dejaron a medias.

—Ah, sí, tienes razón. Pero las obligaciones últimamente me toman demasiado tiempo. Dile que un día de estos iré a visitarle para continuar.

—Así se lo haré saber, milord.

—Bien, bien. Y, ¿qué es eso tan importante que te ha traído hasta mi

despacho?

Trevor no estaba intimidado, pero sí respetaba enormemente a lord Sterling, por lo que tomó aire en profundidad antes de empezar a hablar.

—Milord, puede que sea consciente de los sentimientos que tengo por su hija.

—Lo llevas escrito en la frente hace tiempo, muchacho.

—Quiero que sepa que tengo la intención de cortejarla en cuanto cumpla los diecisiete años. Siempre y cuando, usted dé su permiso, por supuesto.

—Por supuesto. Tú siempre tan formal, ¿verdad? Totalmente confiable, noble y generoso. Me caes muy bien, Trevor. Aprecio sinceramente a toda tu familia, y nada me haría más feliz que emparentarnos mediante el matrimonio de mi hija contigo. Pero Winnifred es una dama, y no quiero que acabe casada con un hombre que no sea capaz de mantenerla tal y como se merece.

—Lo entiendo, milord. Precisamente este mismo año empiezo en la universidad y estoy convencido de que lograré convertirme en un médico reputado en poco tiempo. Voy a poner todo mi empeño en ello.

—La seguridad en uno mismo es muy importante, Trevor, y estoy convencido de que lograrás todas las metas que te propongas. Por eso espero que cumplas con tu promesa y, cuando tengas el título de doctor en medicina en tu poder, volveremos a hablar de este tema. Pero, mientras tanto, te agradecería que no comentes esta conversación con ella, ni que le hagas ningún tipo de promesa matrimonial.

—Por supuesto, milord. Le doy mi palabra.

...

Cuando Trevor abandonó el despacho del conde, satisfecho con el resultado de su conversación, no vio la figura que se hallaba escondida entre las sombras, y que le dirigió una mirada llena de odio.

Abigayle Sterling había escuchado toda la conversación, con el oído pegado a la puerta, y la rabia bullía en ella.

No podía comprender cómo su marido podía ser tan poco ambicioso. Quizá porque él, al contrario que ella, había nacido en una familia acomodada en la que no le faltó de nada y en la que cualquier deseo expresado en voz alta, se materializaba inmediatamente.

Pero la actual condesa sabía muy bien qué era pasar privaciones. Su familia, muy parecida a los Sugdon, tenían que controlar en qué gastaban cada penique, y ella tuvo que ingeniárselas para cazar a un futuro conde para poder

salir de esa vida de estrechez y ascender socialmente para poder codearse con la aristocracia.

Con Norbert tuvo que utilizar toda una batería de artimañas hasta que logró llevarlo al altar, y no pensaba permitir que su hija cometiera la locura de casarse con alguien como Trevor Sugdon, un don nadie sin fortuna ni título.

Win iba a ser marquesa, o duquesa, como poco.

Ya se encargaría ella de que fuese así cuando llegara el momento.

Capítulo dos

Inglaterra, año 1825.

—No quiero ir a Londres, madre.

Win no comprendía por qué su madre se empeñaba en obligarla a asistir a su primera temporada. Entre sus sueños, no estaba el asistir a fiestas en grandes mansiones, verse obligada a bailar con desconocidos, medir muy bien todo lo que hacía o decía, ponerse vestidos que más parecían prisiones destinadas a matarla, y soportar conversaciones insustanciales y tediosas.

Y todo eso, con una sonrisa en el rostro, simulando pasárselo bien cuando en realidad tendría ganas de salir corriendo y gritando.

—Vas a ir, Winnifred. Métetelo en la cabeza.

Lady Sterling estaba decidida a ello. Formaba parte de su plan, por supuesto, destinado a borrar a Trevor Sugdon de la cabeza de su hija.

—Pero, ¿por qué? Allí se va a buscar marido, y yo pienso casarme con Trevor. ¿Qué necesidad tengo de ir?

—Eso son tonterías. ¡Por supuesto que quieres casarte con ese muerto de hambre! Es el único joven de tu edad medianamente apuesto que hay en todo el condado. Te has pasado la vida encerrada aquí, en el campo, como una campesina; pero eres una dama, la hija de un conde, y tienes que comportarte como tal. Todo el mundo espera que este año sea tu presentación en sociedad, y no pienso defraudar a mis amigos. Allí, conocerás a otros caballeros, y te aseguro que el muchacho Sugdon saldrá perdiendo con la comparación.

—Me niego en redondo, madre. ¡No puedes obligarme a ir!

—Ya lo creo que sí, niña rebelde.

—¡No!

Win salió corriendo de la biblioteca, donde se había refugiado huyendo de la insistencia de su madre, y donde esta la había vuelto a encontrar, sumergida en uno de sus estúpidos libros.

Atravesó el vestíbulo y salió al jardín, sin prestar atención a la regañina de Abigayle, que le gritaba que una dama no salía corriendo de esa manera, arremangándose las faldas como una vulgar campesina.

No quería ir a Londres. Ella amaba a Trevor, y tenía suficiente con eso.

En su corazón, sin embargo, anidaba el miedo a que su madre tuviera razón.

Toda su vida había soñado con casarse con él, pero, ¿y si Londres la deslumbraba? ¿Y si allí conocía a alguien, un caballero, que la hiciera olvidar momentáneamente el amor que sentía por Trevor? ¿Y si descubría que ese amor, tal y como le repetía su madre constantemente, no era más que un capricho infantil?

No, se negaba en rotundo a considerar tal despropósito. Amaba a Trevor desde que era niña, y era un amor puro y verdadero, no un capricho infantil.

Pero no quería correr el riesgo de estar equivocada.

Buscó a su padre, con las lágrimas al borde de sus ojos.

En Londres, la juzgarían. Todas esas damas emperifolladas se reirían de ella por no saber comportarse en público. Su carácter espontáneo haría que metiera la pata más de una vez, haría el ridículo más desastroso, y moriría de vergüenza.

O se convertiría en una florero, repudiada por los caballeros, obligada a permanecer pegada a una pared del salón de baile, mirando a los demás deslizarse al son de la música, esperando una invitación que nunca iba a producirse.

No, no quería ir a Londres. Tenía mil motivos para negarse, y ninguno para acceder.

Pero, esta vez, su padre no escuchó sus súplicas.

—Lo siento, cariño, pero esta vez estoy de acuerdo con tu madre.

—¡Pero, papá!

—No hay peros que valgan, jovencita. Tu madre y yo discutimos este asunto y llegamos a la conclusión de que será bueno para ti que pases una Temporada en Londres antes de prometerte con Trevor. Además, debes ser presentada a la reina tal y como dictan nuestras costumbres. Así que harás lo que te dice tu madre, sin discusiones.

Win no se lo esperaba. Su padre siempre había sido su cómplice a la hora de frenar los caprichos tempestuosos de Abigail, pero esta vez no podía contar con él.

No le iba a quedar más remedio que aceptarlo y doblegarse a su voluntad.

Por suerte, su decimoséptimo cumpleaños era el 1 de marzo, y Trevor le había prometido que estaría allí. Para darle su regalo. Su primer beso.

Un beso que atesoraría durante toda la primavera en Londres hasta que la llegada del verano la trajera de regreso a Stratton Manor.

...

El año estaba siendo muy bueno para Trevor. Después de las vacaciones de Navidad, que había pasado con su familia, había recibido la invitación del doctor Schmell, uno de sus profesores más reputados, para trabajar con él en su consulta privada en pleno Londres, y acompañarlo junto a su equipo a las visitas diarias que hacía en el hospital privado que poseía.

Entre los pacientes del doctor había personajes tan ilustres como el Primer Ministro, o el mismísimo duque de Wellington, entre muchos otros, lo que le daría la oportunidad de establecer contactos en las más altas esferas que podrían ayudarlo cuando llegara el momento de establecer su propia consulta.

Sabiendo que era un gran honor que un alumno de último año recibiera tal invitación a formar parte de su equipo, aceptó sin dudarlo, sin prever las catastróficas consecuencias que se derivarían de aquella decisión.

El día del decimoséptimo cumpleaños de Win se acercaba, y Trevor recordaba perfectamente la promesa que le había hecho tres años antes, cuando ella le pidió un beso junto al lago. Ese fue el motivo que lo llevó al despacho que el doctor Schmell tenía en el hospital, para solicitar su permiso para ausentarse durante una semana.

—¿Una semana? ¿Y cuál es el motivo, muchacho?

No le gustaba que aquel doctor de pelo cano y gafas siempre sosteniéndose en equilibrio en la punta de la nariz, lo llamase muchacho; pero era su prerrogativa llamar como quisiera a sus ayudantes.

—El 1 de marzo es el cumpleaños de mi futura prometida, y le prometí que estaría allí, señor.

—Mujeres —rezongó como si hablara de una enfermedad incurable—. Siempre obligándonos a prometer cosas, y después se enfurruñan cuando no las cumplimos. A ver, ¿tú quieres llegar a ser un gran médico?

—Por supuesto, señor.

—Pues tienes que aprender a priorizar, muchacho. Y las mujeres, aunque sean futuras prometidas, han de quedarse al final de la lista de prioridades. En mi equipo solo quiero futuros médicos completamente entregados a su trabajo, capaces de hacer los sacrificios que sean necesarios con tal de cumplir con lo que les exijo, y sobre todo les exijo lealtad y dedicación. Si no eres capaz de ello, es mucho mejor que recojas tus cosas ahora mismo y te vayas.

Se quedó, por supuesto. De aquel puesto dependía su futuro y el de Win, y la posibilidad de que el conde de Stratton les concediera el permiso para casarse.

Aquella misma noche, cuando volvió a la residencia en la que se alojaba, se sentó en el pequeño escritorio que había conseguido embutir en la minúscula habitación, y se dispuso a escribir una carta a Win.

En ella le decía que lamentaba mucho no poder cumplir su promesa, pero que sus obligaciones con el doctor Schmell lo mantenían sujeto en Londres. Le explicó por qué era tan importante mantener aquel puesto, y rezó para que ella lo comprendiera, sabiendo que se desilusionaría pero teniendo la certeza de que su sentido común y su buen corazón, la llevarían a perdonarlo.

El día de su cumpleaños, Win se levantó de la cama dispuesta a no enfadarse por nada.

Aquel iba a ser el día más memorable de su vida, el día en que, por fin, conocería el sabor de los labios de Trevor.

Se pasó todo el día esperando sentada en el alféizar acolchado de la ventada del salón que daba a la fachada principal de la mansión, para poder verlo llegar en cuanto saliera del recodo del camino que los árboles hacían invisible.

Durante tres largos años, había estado contando los días que faltaban para este día. Había soñado con él, y en su imaginación siempre era un momento glorioso y lleno de magia que la cambiaba para siempre, el momento en que dejaba de ser una niña para convertirse en una mujer.

Nada logró que se apartara de esa ventana durante todo el día. Ni siquiera cuando su padre le llevó el regalo que tenía preparado, un diamante en forma de lágrima engarzado en una mano de oro, sujeto por una cadena, y los pendientes a juego.

—Es precioso, papá. Muchas gracias.

Le dio un abrazo muy rápido y volvió a su lugar, esperando para ver llegar a Trevor.

Al día siguiente partirían hacia Londres. Su madre lo había dispuesto así para poder tener tiempo de prepararla adecuadamente para la Temporada. La esperaban largos y tediosos días de visitas a la modista y de compras en Londres, para renovar todo su vestuario, que su madre calificada de básico y vulgar, pero que a ella le parecía cómodo y sencillo.

—Si te presentas a una fiesta de esta guisa, pensarán que tu padre está arruinado —le decía siempre.

Al atardecer, cuando la realidad cayó sobre ella como una losa, empezó a

preguntarse si Trevor se habría olvidado de su promesa. Si acaso no habría conocido alguna dama y se había visto atrapado en sus redes.

O quizá estaba enfermo.

Esta última posibilidad la atravesó como un rayo y logró lo que no había conseguido nadie en todo el día: que se pusiera de pie y se alejara de la ventana.

Si estaba enfermo, su familia lo sabría. Seguramente les habría enviado recado para hacérselo saber. Y si no era así, quizá sabrían por qué no había acudido a verla tal y como le había prometido.

Les haría una visita. Era demasiado tarde, pero había confianza entre las familias y seguro que no se lo tendrían en cuenta.

Bajó dispuesta a ir hasta el establo para coger su caballo, pero Abigayle la pilló en el vestíbulo, a punto de salir.

—¿A dónde crees que vas a estas horas, Winnifred?

—Me apetece dar un paseo a caballo, madre —le mintió descaradamente, porque sabía que, si le decía que iba a hacer una breve visita a los Sugdon, no se lo permitiría.

—Ni lo sueñes, señorita. Durante todo el día te has escondido en el salón pequeño, excusándote con un falso dolor de cabeza, vete a saber por qué.

—Pero ya estoy mejor, madre.

—Eso es fantástico. Así podrás venir al comedor a cenar con tu padre y conmigo, y después te acostarás temprano porque mañana tenemos que madrugar. Recuerda que salimos hacia Londres.

—Pero, madre, es un paseo corto. En menos de una hora estaré de vuelta.

—He dicho que no, Winnifred. Además, ni siquiera vas vestida adecuadamente para montar a caballo. ¿En qué estás pensando? Con ese vestido, enseñarás los tobillos y las pantorrillas.

—¡Pues me cambio en un momento, madre!

—He dicho que no. ¿Acaso no te ha quedado claro? Ve a vestirte para la cena.

—Sí, madre —asintió, derrotada, y subió las escaleras sin darse cuenta del brillo de triunfo que ocupaba los ojos de Abigayle.

Cuando su hija desapareció arriba de la escalera, la condesa fue hasta su salón preferido y llamó al mayordomo.

—Avisa a los establos de que si mi hija se presenta dentro de un rato con la intención de salir a cabalgar, que me avisen inmediatamente. Se lo he prohibido pero ya sabemos lo testaruda que es.

—Sí, milady.

—¿Ha llegado alguna otra carta más del señor Sugdon dirigida a mi hija?

—No, milady.

—Bien. Si llega alguna más, que lo hará, quiero que las quemes todas, ¿entendido?

—Perfectamente, milady.

—Y ni una palabra de esto a su señoría. Te pago generosamente para tener tu lealtad más absoluta.

—Sí, milady.

Cuando el mayordomo la dejó sola, sacó de su bolsillo la carta que había llegado aquella misma mañana. Volvió a releerla con desprecio y, en un acto de rabia, la arrugó y la arrojó a las llamas.

—No vas a casarte con mi hija, Sugdon. No voy a permitirlo.

Aquella misma noche, después de su frustrado intento de escabullirse a escondidas de Stratton Manor, Win estaba en la cama, pensando en Trevor y en todos los posibles motivos por los que no la había visitado.

«Ni siquiera se ha molestado en avisarme de que no venía», se dijo, frustrada.

Desde que estaba en la universidad, sus visitas habían ido menguando; incluso en las vacaciones de verano, Trevor se había pasado la mayor parte de los días encerrado en casa, estudiando con ahínco. Ya no salieron cada día a dar un largo paseo a caballo, ni se sentaban en el banco del jardín bajo la sombra del roble centenario mientras él le explicaba cómo había ido su año y ella lo escuchaba embelesada.

En aquel momento, Win no le dio importancia. Quiso creer que era porque la universidad era muy dura, y tenía que esforzarse mucho más que cuando estaba en Eton. Se mantenía alejada aunque eso le doliera, porque era por el bien de ambos. Trevor había puesto toda la esperanza de poder casarse con ella en su sueño de convertirse en médico, y ella lo respetaba. La meta de casarse también era la suya propia, y admiraba al hombre tenaz y decidido en que Trevor se había convertido.

Aunque, a veces, las ganas de estar a su lado pudiesen más que ella y se presentara de improviso en la residencia de los Sugdon con cualquier excusa, pero con el único motivo de pasar junto a él un rato. Aunque fuese en presencia de su familia.

Tampoco se molestó cuando, durante las Navidades, ni siquiera se acercó

a verla. Los tres días que pasó allí, se los dedicó por entero a su familia, y Win, aunque se sintió decepcionada, pensó que era maravilloso en un hombre que se preocupara tanto por la familia, que sería un gran padre algún día.

Pero ahora...

La mente de Win empezaba a ver todo aquello desde otra perspectiva, y en sus calenturientas posibilidades, había una que cada vez cogía más y más fuerza.

Trevor había conocido a otra dama y se había enamorado de ella.

Por eso la había evitado a conciencia durante el último verano, y solo se veían cuando Win se presentaba por sorpresa en su casa, sin haber sido invitada. Por eso no le había dedicado ni un solo momento durante las Navidades.

¡Si por lo menos hubieran podido mantener correspondencia! Habría ido notando los cambios en él, en lugar de encontrarse de repente sin saber qué hacer o qué pensar.

Pero no era adecuado que una señorita le escribiera cartas a un caballero soltero, ni siquiera cuando el caballero en cuestión era su futuro prometido.

Cuando lo intentó la primera vez, su madre se puso hecha un basilisco. Solo le faltó que le saliera fuego por los ojos y espumarajos por la boca.

Cuando lo intentó la segunda, a escondidas, metiéndola en la bandeja de la correspondencia entre las cartas del conde y la condesa, fue su padre el que intervino, logrando hacerla sentir culpable por haberlo decepcionado.

Ya no lo intentó más, y se conformó con verlo durante las vacaciones de verano, o en los días previos a la Navidad.

El enfado de Win ante la idea de que él se hubiese enamorado de otra, fue en aumento. La frustración por no poder averiguar qué estaba pasando, la enfurecía. Lo último que había sabido de él, gracias a la señora Sugdon, era que se había trasladado a vivir a Londres para trabajar junto a uno de sus profesores.

Londres.

Una ciudad llena de damas hermosas vestidas con ropajes caros y sofisticados. Mujeres que sabían parpadear con rapidez y atraer la atención de un hombre. Mujeres mucho más hermosas y mundanas que ella.

Seguro que alguna había mirado lánguidamente a Trevor y este había caído a sus pies como un idiota.

A media noche, con la sangre hirviéndole, herida en lo más profundo, Win se levantó de la cama, encendió una vela, y se dispuso a escribir una carta

dirigida a Trevor.

Al día siguiente, con el ánimo más calmado, Win intentó recuperar la carta que la noche anterior, en un arrebato de furia, había escrito y escondido entre la correspondencia pendiente de enviar; pero la bandeja ya estaba vacía y, cuando le preguntó al mayordomo, este le confirmó que toda la correspondencia había sido enviada diligentemente, como siempre.

Maldiciéndose por haber sido tan tonta, subió al carruaje que la esperaba sin darse cuenta de la sonrisa de satisfacción que Abigayle lucía en el rostro.

La felicidad de lady Sterling se debía principalmente, a dos cosas.

La primera, era la carta escrita por su hija que el mayordomo le había llevado al amanecer. La condesa la había leído con detenimiento y después había decidido enviarla; al fin y al cabo, aquellas palabras tan llenas de rabia serían unas magníficas aliadas en sus planes.

La segunda era mucho más personal, y se debía a un hombre, Maximilian St. John, marqués de Collingwood, título de cortesía del heredero del duque de Broswich, con el que mantenía una relación ilícita desde hacía tres años.

Maximilian era el epítome de la masculinidad. Un caballero galante, ejemplo de cortesía, altivo y orgulloso. Siempre vestía a la última moda, y despertaba la admiración del resto de caballeros gracias a su despierta inteligencia y a la habilidad innata con las armas de la que hacía gala siempre que podía.

Desde que le había conocido tres años antes y se había convertido en su amante, las visitas a Londres de la condesa habían sido cada vez más frecuentes, y más largas.

Se sentía especial por el hecho de que un hombre varios años menor que ella, tan atractivo y especial, la hubiese escogido a ella como amante. Y le gustaba disfrutar sin límites de su cuerpo joven y atlético, en lugar de tener que conformarse con el anodino de su esposo.

Las veladas en su cama la dejaban exhausta y satisfecha, y los períodos en que debían mantenerse separados, la llenaban de frustración y desasosiego.

Maximilian se había convertido en una obsesión, y no había día en que no deseara estar junto a él, sentir aquellas manos sobre la piel, los traviesos labios en los pezones, o su maravillosa y enhiesta polla dentro de ella, colmándola mientras la hacía llegar hasta la cima del mundo.

Sí, pasar una Temporada completa en Londres iba a ser divertido. Y si las

cosas salían tal y como tenía planeadas, no volvería a Stratton Manor nunca más.

—Londres te va a encantar, querida.

Win parpadeó, sorprendida. Había estado pensando en Trevor y en cómo ponerse en contacto con él en cuanto llegase a Londres. Quería hacerle saber que se arrepentía mucho de todas las palabras que le había dirigido en la maldita carta que no había podido evitar que enviaran, e invitarlo a que la visitara en su casa, en Londres.

Estaba segura de que él la perdonaría e iría a verla. Entonces, podría explicarle por qué no había ido a visitarla a Stratton Manor, y le daría el beso prometido.

Incluso, quizá, podrían encontrarse en alguno de los bailes a los que sería invitada, y bailar con él un vals, en el jardín, lejos de las miradas de todo el mundo.

—Seguro que sí, madre.

—Y tendremos tiempo más que suficiente para prepararte bien. Ya verás cuánto disfrutarás de las compras, de pasear por Hyde Park, de ir al teatro y a la ópera. ¡Es todo tan divino! Te encantará. Y, lo más importante, me encargaré de presentarte a los caballeros más interesantes y apuestos para que olvides de una vez al mentecato de Trevor Sugdon —añadió, haciendo una mueca despectiva.

—Seguro que nos divertiremos mucho, madre —asintió Win, pensando en las posibilidades que tendría de ver precisamente al hombre que Abigayle quería que olvidara—. Aunque por muchos caballeros que me presentes, ninguno ocupará en mi corazón el lugar que ocupa Trevor.

—Ay, qué tonta e inocente eres, querida hija —se rio de ella—. Pero ya espabilarás. Ya me ocuparé yo de eso.

—¿A qué te refieres, madre?

Abigayle cerró los ojos y obvió contestar a la pregunta. No iba a descubrir sus planes antes de tiempo.

—Estoy muy cansada, y el viaje es largo. Voy a intentar dormir hasta que lleguemos a la siguiente parada para comer.

Capítulo tres.

Las manos de Maximilian St. John eran finas, largas y delicadas como las de un pianista. Recorría su cuerpo para acariciarla sin dejar ni un milímetro de su piel sin tocar. Era un amante exigente, pero a Abigayle no le importaba.

—Chúpamela —le exigió con aquella voz de barítono que volvía locas a todas las mujeres.

Abigayle se incorporó de la cama y se puso de rodillas. Admiró el delgado cuerpo de Max y se relamió cuando vio su miembro duro y preparado.

Los ojos azules del marqués la miraban con impaciencia, como si le molestara que ella se lo estuviera pensando tanto.

—Date prisa, mujer. No tengo todo el día.

Abigayle se inclinó hacia adelante y se puso la polla en la boca. La lamió y chupó con ganas, poniendo todo su empeño en hacerlo feliz, pero era demasiado larga para que le cupiera toda en la boca, lo sabía muy bien.

Maximilian, excitado por la sumisión de aquella mujerzuela, capaz de hacer todo lo que él le ordenara sin quejarse, la agarró del pelo y le empujó la cabeza hacia adelante hasta que se hubo tragado la polla entera.

—Así es como me gusta, Abigayle —gruñó, dejando caer la cabeza hacia atrás—. Sigue.

Ella, obediente, se esforzó por complacerlo, a pesar de las arcadas que le provocaba meterse el miembro tan adentro de la boca. Siguió chupándola, con las manos apoyadas sobre la cama, subiendo y bajando la cabeza al ritmo exigente que Maximilian le imponía.

Casi no podía ni respirar, pero su esfuerzo se vio recompensado cuando él estalló, llenándole la boca de semen.

—Tráгатelo todo.

Abigayle tragó, levantando la cabeza, irguiendo la espalda, mostrándole impudicamente su desnudez. Se limpió de la boca los restos de esperma con el dorso de la mano y le sonrió.

—Ahora me toca a mí, milord —dijo moviéndose lánguidamente como un felino por encima de su cuerpo tumbado, repartiendo besos sobre la piel masculina, requiriendo su atención.

—Estoy cansado, Abigayle. Y de mal humor. Pensé que tú serías capaz de mejorar mi estado de ánimo, pero por lo visto, no has sido todo lo eficiente que esperaba.

La decepción se dibujó en el rostro de Abigayle, unida a la preocupación

por aquel hombre que le tenía absorbido el seso.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

—Mi padre, el duque. Está presionándome de nuevo para que me case, y esta vez voy a tener que claudicar. El viejo incordio me ha amenazado con retirarme la asignación mensual si no obedezco. Además, me ha advertido, por si se me ocurría alguna locura como casarme con una puta o alguna mujer poco adecuada, que si ella no es de su agrado, lo hará igualmente. La futura marquesa ha de traer al matrimonio una buena dote, además de tener un linaje impecable. —Se giró hacia ella y le dirigió una sonrisa lánguida, digna del truhán que era—. Pero no te preocupes, eso no significa que nosotros tengamos que dejar de vernos. Incluso... he pensado que, a lo mejor, a ti te haría gracia ayudarme a buscar esposa. ¿No crees que sería divertido? Yo, desde luego, sí. Casarme con la mujer que ha escogido mi propia amante. —Dejó ir una carcajada—. Podríamos tomarlo como un juego.

—No me gustará tener que compartirte con otra mujer —dijo ella haciendo un mohín de disgusto—, pero sabía que este momento acabaría por llegar. Creo que será divertido buscarte a una heredera bien rica y bien fea, para que puedas dejarla escondida en el campo sin sentir remordimientos.

—Qué mala eres —replicó Max, riéndose de nuevo—. ¿Quieres condenarme de por vida a tener como esposa a una mujer que me repugne? ¿Ese será el castigo que me impondrás por casarme? Dime, ¿qué haré cuando tenga que follar con ella? Porque los hijos no crecen bajo las coles, al contrario de la creencia popular. Y el duque querrá tener nietos.

—Puedes fornicar con ella con la luz apagada, y hacerlo deprisa. Un hombre viril como tú no necesitará dedicarle mucho tiempo para dejarla embarazada. Y una esposa joven e inocente no sabrá lo bueno que puede llegar a ser el sexo si tú no se lo enseñas.

—Pobrecita futura esposa mía, condenada a vivir en el campo y a soportar mis infidelidades, mientras pare una y otra vez para mayor gloria del duque de Broswich.

—Pues no es tan mala vida. Si yo fuese una de esas jóvenes que estarán en el mercado matrimonial esta temporada, vendería mi alma por convertirme en tu esposa. Gozará de un apellido prestigioso, de un ejército de criados, de un montón de mansiones en las que vivir, y más joyas y vestidos de los que pueda llegar a imaginar. ¿Por qué iba a quejarme?

—Qué superficial eres, querida.

—Tanto como tú, querido.

«¿Acaso no puedes perdonar mi impulsividad? Siento mucho todo lo que te dije por carta. Necesito verte. Por favor. Ven a visitarme. Siempre tuya, W».

Winnifred dobló la nota con cuidado y se la entregó a Rose, su doncella personal. Era de su confianza, la única en todo el personal de la mansión en Londres en la que podía confiar.

—No debería seguir escribiéndole notas al señor Sugdon, señorita. Es evidente que no quiere saber nada de usted. Y yo corro mucho riesgo llevándoselas. Si milady se enterara...

—Si eres discreta, no se enterará. Y esta, procura dársela en mano. Es posible que las demás se hayan perdido.

—Yo no puedo hacer nada si el conserje del hospital no me deja entrar para buscarle, señorita —se quejó Rose, torciendo la boca.

—Lo sé, pero, ¿podrías ser un poco más insistente esta vez? O quizá deba ir yo misma hasta allí.

—¡Ni se le ocurra! —exclamó, horrorizada. Si le permitía a la señorita Sterling ir hasta el hospital para encontrarse con Trevor Sugdon, la condesa no se lo perdonaría nunca.

—Está bien. Pero procura hablar con él esta vez.

—Sí, señorita. Pero no tarde en bajar, que la modista la está esperando para hacer los últimos retoques.

Cuando Rose salió del dormitorio, Win suspiró con cansancio.

Llevaba ya dos semanas en Londres y aquella era la séptima nota que le enviaba a Trevor, al hospital, con la esperanza de que aceptara ir a verla. Quería pedirle disculpas personalmente, rogarle que la perdonara.

Sabía perfectamente que, al escribir aquella carta llena de reproches, había actuado impulsivamente, movida solo por los celos, y era muy probable que Trevor se hubiera sentido herido.

¿Probablemente?

Más bien debería decir que era seguro. Trevor estaría muy enfadado, y con razón.

Por eso quería verlo cara a cara para pedirle perdón.

Debería hacer algo con su temperamento, pensó con tristeza. Ningún hombre quiere a su lado a una esposa impulsiva que actúa sin pensar.

Aunque si él la amara de verdad, debería aceptarla tal y como es, pensó. Pero los hombres nunca hacían esas cosas. Ellos querían moldear a sus

esposas para su propia conveniencia, y si no se comportaba como Trevor deseaba, ya no querría casarse con ella.

Win suspiró. Estaba desanimada, triste, apagada. Y, encima, tenía que enfrentarse a los alfileres de la modista y a la mirada escrutadora de su madre, que la estaban esperando en el dormitorio de esta última para ponerle y quitarle mil vestidos diferentes, ninguno de los cuales le gustaban lo más mínimo.

—Vamos, vamos, niña —la apremió su madre cuando asomó la cabeza por la puerta—. La modista no puede estar aquí todo el día, tiene muchas cosas que hacer.

—¿Ya ha terminado con tus vestidos, madre?

—En ello estamos. —Abigayle estaba subida encima de un taburete bajo y robusto, mientras la modista y sus costureras revoloteaban a su alrededor, frunciendo aquí, cosiendo allá, recortando por el otro lado, afanadas en terminar el último vestido para la condesa, el que se pondría aquella misma noche cuando acudiera al palco del marqués de Collingwood.

En unos minutos, habían terminado con él y era Winnifred la que se tenía que subir allí y dejarse poner y quitar aquellos vestidos, todos demasiado escotados y provocativos para su gusto.

—¿Estás segura de que estos escotes son lo bastante recatados, madre?

—¡Por supuesto que sí!

—Yo creía que las debutantes debíamos ir un poco más... —No quiso decir decentes, pero esa era la idea.

—Y la mayoría lo irán, por supuesto. Pero tú no tienes nada excepcional que haga que brilles por encima de las demás, así que debemos ser un poco atrevidas y mostrar tus atributos para que los caballeros se fijen en ti.

—Yo no quiero que los caballeros se fijen en mí.

—Pero lo querrás, hija mía, lo querrás. Además, esta noche quiero que estés deslumbrante —añadió la condesa—. Estamos invitadas al palco del marqués de Collingwood, que es un buen amigo mío. Todo el mundo se fijará en nosotras y no quiero que me dejes en ridículo, ¿has entendido?

—Sí, madre.

Abigayle siguió hablando, enumerando las excelsas cualidades del que sería su anfitrión, y de la oportunidad que representaba para una debutante como ella que le vieran en su compañía, porque todos los caballeros sentirían curiosidad y se apresurarían a querer conocerla.

Pero Winnifred solo podía pensar en Trevor y en por qué no contestaba a

sus cartas.

Trevor no comprendía por qué Win no contestaba a sus cartas.

Después de recibir la última, en la que le decía, muy enfadada, que no era un hombre de honor ya que no sabía cumplir sus promesas, y que tenía la impresión de que ella ya no le importaba y que por eso sería mejor olvidarse de todo, no había tenido más noticias de ella.

Él sí le había escrito, una cada día, y las había enviado religiosamente cada mañana, diciéndole que eso no era cierto, que seguía amándola como el primer día, que ya le había explicado por qué no había podido acudir, y que pensaba que ella era más sensata de lo que dejaba ver su última carta. Que su intención de casarse con ella estaba firme como el primer día, y que tenía intención de ir a ver a conde para pedirle formalmente su mano aquel mismo verano.

Al final, solo le suplicaba que lo perdonase y que le contestase, porque la angustia lo estaba matando.

Dos semanas después de aquella fatídica carta, Trevor no pudo soportarlo más y fue a ver al doctor Schmell. Tenía que ir hasta Stratton Manor para ver a Win, no había en el mundo nada que le importase más que ella, e iba a enviar al diablo todo lo demás.

—No seas un insensato, muchacho —le dijo este cuando acudió a él en su despacho—. Prometes mucho, pero yo no tengo tiempo para enseñar a muchachos imberbes que son incapaces de hacer sacrificios por esta profesión. Llegar a ser un gran doctor como yo requiere una dedicación absoluta las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, y si ahora mismo te vas, será mejor que no vuelvas. Vas a perder la mejor oportunidad de tu vida.

—Lo sé, doctor. Y le doy las gracias por los meses que he pasado a su lado porque he aprendido mucho, pero mi vida no es solo la medicina, señor. La señorita Sterling es una parte fundamental sin la que no quiero vivir, y si tengo que sacrificarme para recuperarla, que así sea.

El doctor Schmell sacudió la cabeza, pesaroso, y despidió a aquel muchacho que prometía mucho, pero convencido de que no dejaría de ser un médico más del montón porque no era capaz de sacrificarse lo suficiente en aras de la magnificencia.

Win no estaba preparada para la fastuosidad de la ópera.

Las damas vestían sus mejores galas y las mejores joyas familiares, para pasearse entre actos por los pasillos, igual que pavos reales luciendo sus plumas. Los caballeros no les iban a la zaga, con sus chaquetas de brocados, los cuellos perfectamente almidonados y los pañuelos en el cuello anudados de maneras complicadas y ostentosas.

Algo muy exagerado para el gusto más sencillo de una muchacha provinciana como ella.

Su madre tenía razón: eran tan diferentes a Trevor.

Pensó en su amor, siempre vestido con sobriedad, con una elegancia nada pretenciosa, y se entristeció preguntándose por qué tampoco había contestado a su última carta.

Maximilian St. John y su hermana lady Amanda ya estaban esperándolos en el palco familiar cuando Win y Abigayle llegaron. El marqués inclinó la cabeza y depositó un suave beso en su mano enguantada cuando fueron presentados, y lady Amanda le dirigió una sonrisa tímida.

Su señoría le pareció verdaderamente atractivo. Tenía una belleza delicada y etérea, casi como si fuese un personaje de cuento escapado de las páginas de una historia mágica, pero en sus ojos había algo que Win no pudo descifrar, y que le hizo desconfiar de él casi inmediatamente. Quizá fue la forma tan descarada en que la acarició con la mirada, deteniéndose mucho más de lo que era correcto en el escandaloso escote, que mostraba sin pudor unos pechos hinchidos.

Win se sintió incómoda, casi como si la hubiese desnudado allí, delante de todo el mundo, y no pudo evitar sonrojarse hasta la raíz del pelo, algo que provocó en él una risa suave y divertida.

—Señorita Sterling, es usted encantadoramente inocente. Seguro que todos los caballeros se pelearán por conseguir un baile con usted. Me considero afortunado por haber podido conocerla antes del inicio oficial de la Temporada, porque después será extremadamente difícil acercarse a usted para poder pedirle un baile.

—Siempre habrá un vals reservado para usted, milord —se apresuró a asegurar Abigayle, buscando la aprobación de su amante, sin darle tiempo a Win a responder—, en cuanto las damas de Almack's den su aprobación.

—Entonces, tendré que asegurarme de conocer a qué veladas piensan

asistir para poder reclamar los bailes prometidos.

Maximilian le guiñó un ojo a Abigayle y esta se sonrojó. Win no comprendía a qué venía aquella conversación. ¿Estaría su madre pensando en echarla a los brazos del marqués? Deseó que no fuese así.

Anunciaron el inicio de la obra y todo el mundo se sentó, preparados para disfrutar de la tragedia que iban a representar.

Maximilian se apresuró a ocupar el lugar entre Abigayle y Winnifred. Aquella muchacha le había parecido perfecta para sus planes: era hermosa, era inocente y, según sus noticias, tenía una buena dote. Sonrió, maquiavélico. Sería divertido empujar a Abigayle a facilitarle el matrimonio con su propia hija.

Casi dejó ir una carcajada.

En la oscuridad, mientras sobre el escenario se iniciaba la obertura que daría paso al primer acto, la mano de Max se deslizó sobre la rodilla de Win. Esta dio un respingo, sobresaltada.

—¿Le ocurre algo, señorita Sterling? —le susurró lady Amanda, que estaba sentada a su izquierda.

—No, lo siento, es la emoción —mintió Win.

¿Qué le iba a decir? ¿Que su hermano estaba aprovechando la oscuridad para tocarle la rodilla? Intentó apartarse de él, pero no tenía espacio para hacerlo. Oyó una risa ahogada proveniente del marqués. Giró el rostro para mirarlo y el brillo de sus ojos la dejó hipnotizada, de la misma manera en que un ratón se deja deslumbrar por una serpiente antes de ser devorado.

Disimulando alisar la falda del vestido, apartó la mano del marqués. Este le guiñó un ojo y giró el rostro para prestar atención al escenario. Al cabo de unos minutos, cuando Win ya se había relajado pensando que el peligro había pasado, Max volvió a tocarla, pero esta vez un poco más arriba, en el muslo. Win se llevó las manos a la boca ahogando un grito de sorpresa, y el marqués aprovechó para inclinarse hacia ella y susurrarle al oído:

—Vas a ser mía.

Win se quedó helada. Ni siquiera se dio cuenta cuándo el marqués retiró la mano y volvió su atención hacia la ópera.

El resto de la noche la pasó angustiada y llena de temor. ¿El futuro duque se había encaprichado con ella? Aquella idea le producía escalofríos y consiguió malograr su primera experiencia en la ópera.

—Has estado devorando a mi hija con los ojos durante toda la noche —le recriminó Abigayle a Max aquella misma noche.

Se habían reunido en los apartamentos de él, después de dejar a las dos jovencitas en sus respectivas casas. Max estaba sentado en un sillón ante el fuego, con el lazo del pañuelo deshecho, en mangas de camisa, y sostenía de forma indolente un vaso con licor en la mano.

Abigayle, enfurecida por su actitud, con los celos carcomiéndola, volvió al ataque. Se puso ante él con los brazos en jarras, una postura nada digna, y lo señaló con el dedo.

Detrás de ella, las llamas de fuego dibujaban extrañas figuras en las sombras.

—Me he dado cuenta del jueguito que te llevabas con ella, tocándole la pierna una y otra vez. ¿Qué es lo que pretendías con eso? ¿Ponerme celosa? Pues lo has conseguido, maldito seas.

—No seas tan petulante, querida mía. Mis actos no siempre están destinados a molestarte —contestó con tranquilidad. Le dio un sorbo a la bebida y tragó con deleite, divirtiéndose con la escena de la amante despechada—. Solo estaba probándola, para saber qué tipo de mujer es, y su modestia me ha complacido enormemente. Será una gran duquesa, estoy seguro.

Al oír aquellas palabras en boca de su amante, el hombre que la tenía obsesionada, Abigayle sintió dos emociones encontradas.

Por una lado, su ambición desmedida hizo que le brillaran los ojos con codicia, especulando con las ventajas de estar emparentada con la familia St. John. Todas aquellas damas que hasta aquel momento la criticaban y despreciaban llamándola arribista por su origen humilde, tendrían que tragarse su orgullo y recibirla en sus casas porque nadie despreciaba a una pariente del duque de Broswich.

Por otro, la idea de que aquel hombre se sintiera atraído por Winnifred hacía que los celos la poseyeran, y deseara asesinar a alguien. Maximilian eran suyo, de su propiedad, y no podía soportar la idea de que se acostara con otra mujer, y mucho menos su propia hija.

Ganó la ambición, teniendo la seguridad de que una mosquita muerta como Winnifred jamás lograría captar plenamente la atención de Max. Sí, se había dejado deslumbrar por su belleza, juventud e inocencia; pero una mujer como su hija jamás lograría satisfacer las apetencias sexuales del marqués.

Aunque sería divertido ver cómo él intentaba convencerla de la

conveniencia de aquel matrimonio.

—Piénsalo bien. Sería un matrimonio ventajoso para ambas familias. Yo seré duque algún día, más pronto que tarde, espero, y tu hija será la duquesa de Broswich, lo que será un gran honor para la familia Sterling, ¿no crees? Y tú disfrutarás de las ventajas de ser su madre. Estar emparentada con los St. John te abrirá todas las puertas que, ahora mismo, están cerradas para ti. Y mi matrimonio no va a ser un impedimento para que sigamos siendo amantes, a no ser que te dejes llevar por los escrúpulos, lo que no es mi caso.

—¿Y qué ventaja sacarías tú de este matrimonio?

—La dote, por supuesto. Sé que no es nada despreciable, y va a procurarme una independencia de mi padre que ahora mismo no tengo. Y poder verte a ti siempre que me apetezca, porque si somos familia, ¿que habrá de extraño en que nos veamos de manera asidua, y a la luz del día? ¿O en que os visitemos a menudo en Stratton Manor? Imagínatelo, poder entregarte a mí bajo el mismo techo en el que vive tu marido, y ponerle los cuernos en la misma cama que compartes con él, ¿no sería una delicia? ¿Una venganza perfecta para hacerle pagar su indiferencia y la tediosa vida que te ha dado?

La mente de Abigayle podía imaginárselo todo perfectamente. Emparentarse con los St. John sería un gran triunfo para ella, la hija de un simple terrateniente. Sería ascender a lo más alto. Con el añadido de poder entregarse a su amante sin restricciones, asistir abiertamente junto a él a fiestas y recepciones, y no tener que esconderse para evitar las murmuraciones. Poder pasear con él por Hyde Park a plena luz del día, o acudir a la ópera o al teatro, sería considerado algo normal. Sobre todo porque la marquesa prefiere vivir retirada en el campo y, claro, ¿qué clase de suegra sería ella si no hiciera compañía a su pobre y solitario yerno?

Sí, la idea la atrajo irremediablemente, tal y como Maximilian había supuesto.

Conseguir un matrimonio ventajoso para Win, tener a su amante más disponible aún, y romper la tonta obsesión de su hija de casarse con Trevor Sugdon.

—Me parece una idea perfecta, pero hay un pequeño problema. Mi hija se cree enamorada de un muchacho llamado Trevor Sugdon, vecino de Stratton Manor, con el que tiene la intención de prometerse al finalizar la Temporada. Ahora mismo su relación se ha distanciado un poco, gracias a mi intervención; pero la muchacha sigue empeñada en escribirle cartas que yo me encargo de que no le lleguen. Por suerte para mí, Rose, su doncella, sabe muy bien cuál es

su lugar y a quién le debe realmente lealtad. Pero mi hija es una muchacha impulsiva y me temo que cualquier día se escape de casa y decida ir a buscarlo para hablar con él personalmente.

—Entonces, querida mía, deberemos actuar con rapidez, ¿no te parece?

La sonrisa astuta de Maximilian encontró eco en los labios de Abigayle.

Capítulo cuatro.

Fueron tres días en los que solo paró para dormir cuando sus ojos se cerraban sobre el caballo, o cuando se veía obligado a cambiar de montura porque el pobre animal estaba al borde de la extenuación. Comió sin dejar de cabalgar, pequeños pedazos de pan y queso que le llenaban de migas la pechera.

La impaciencia por llegar a su destino lo llevó al borde del agotamiento y llegó a la puerta de Stratton Manor sucio por el polvo del camino, con el corazón al borde del infarto y la mente ofuscada y centrada en un único objetivo: hablar con Win sin que le importaran las normas y las convenciones sociales.

Llamó golpeando la puerta con impaciencia, y cuando el mayordomo abrió, entró como una tromba, llamando a Win a gritos.

—La señorita Sterling está en Londres, señor. Hace ya tres semanas que se fue.

La voz templada y calmada del mayordomo lo hizo volver en sí. Lo miró, parpadeando confuso.

—¿Cómo dice?

—Que la señorita Sterling está en Lon...

—¡Ya le he entendido! —exclamó, soltando a continuación algunas imprecaciones que hicieron que el mayordomo lo mirara alzando una ceja, con flemática paciencia.

—¡Trevor, muchacho! —la voz del conde se hizo oír desde la parte alta de la escalera—. ¿Qué haces aquí?

Trevor, ya más calmado, pero irritado por las circunstancias, respiró profundamente.

—He venido a ver a Win, milord, y resulta que no está.

Norbert dejó ir una risita divertida.

—Ay, esta juventud y su impulsividad. Sube, hablemos en la biblioteca. Thomas —añadió, dirigiéndose al mayordomo—, que suban té y unos pastelitos. El chico parece agotado y necesita recuperar fuerzas.

Trevor subió las escaleras de dos en dos, deseoso de saber por qué Win no estaba allí, y qué hacía en Londres, en plena Temporada. Claro que, se dijo, era algo normal que la hija de un conde hiciese su presentación en sociedad.

Entró en la biblioteca detrás del conde, y se sentó donde él le indicó, uno de los cómodos sillones que estaban ante el fuego que ardía en la chimenea.

—Están en Londres por la Temporada porque su madre se empeñó en ello, y yo estuve de acuerdo.

—Lo comprendo, milord. Lo que no entiendo es por qué no ha contestado a mis cartas. Le prometí que vendría por su cumpleaños, pero me fue imposible, y le escribí disculpándome y contándole por qué no iba a estar presente, y ella... se enfadó mucho, y me contestó.... bueno, —añadió, ruborizándose, dándose cuenta de con quién estaba hablando—, me dijo cosas que me dejaron muy intranquilo, y desde entonces le he escrito varias veces pidiéndole disculpas, pero ella no me ha contestado, milord.

—¿Manteniendo correspondencia secreta con mi hija, muchacho?

—¡No! Milord, le aseguro que no ha sido nada de eso, durante todos estos años ni una sola carta se ha cruzado entre nosotros, se lo juro por mi honor. Pero no tenía otra manera de justificar mi ausencia, y le aseguro que mis palabras no han sido indecorosas ni...

—Tranquilo, Trevor, solo estaba tomándote el pelo.

Una doncella llamó a la puerta y entró, trayendo el servicio de té que sirvió en silencio y se retiró presurosa.

—Te aseguro que en esta casa no hemos recibido ninguna carta tuya en este tiempo —dijo Norbert llevándose la taza a la boca. tomó un sorbo y lo saboreó.

—Quizá se han traspapelado... —aventuró Trevor.

—Te aseguro que en mi casa no se traspapela nada, nunca. La correspondencia es sagrada y mi personal, muy eficiente. Si tus cartas hubiesen llegado, habría ordenado que se reenviasen a Londres, a la dirección adecuada, por supuesto. Tengo que llegar al fondo de esto.

Norbert parecía molesto. Se levantó y tiró del cordón para llamar al mayordomo. Él le daría respuestas.

Trevor se sintió aliviado al saber que no era que Win lo hubiese ignorado; simplemente, no había recibido sus cartas.

Todo se arreglaría. Volvería a Londres, iría a visitarla a Stratton House, se arrodillaría suplicándole perdón, y ella lo recibiría en sus brazos.

Sí, todo se arreglaría. No podía ser de otra manera.

Thomas llegó e hizo una reverencia.

—¿Milord?

—El señor Sugdon dice que ha enviado varias cartas a esta casa, pero parece que no se me han entregado. ¿Es eso cierto?

El mayordomo enrojeció con violencia y parpadeó, sin saber cómo

responder.

—¿Thomas?

—Sí, milord —contestó con la mirada fija en sus propios zapatos—.

Llegaron varias cartas.

—¿Y por qué no he sido informado de ello?

Norbert solía ser un buen amo. Se mostraba amable con el personal a su servicio, y no era exigente. Excepto cuando se sentía traicionado, como era el caso.

—Su señoría la condesa me ordenó que no le fuesen entregadas, milord. Que toda carta o nota que llegara procedente del señor Sugdon, debía ser destruida.

—¿Y no se le ocurrió —preguntó, irritado—, que tan extraña orden debía ser consultada conmigo antes de ejecutarse?

—Lo siento, milord.

Thomas parecía verdaderamente avergonzado por la situación, y Norbert decidió que no era con él con quien debía enfadarse, sino con Abigayle, su esposa, la mujer más manipuladora y maquiavélica que había conocido en toda su vida.

«Por qué diablos me casé con ella, todavía no puedo comprenderlo», pensó.

Pero sí lo sabía: su propio honor, la reputación de ella, la presión social...

No se puede ser sorprendido con una dama joven e inocente en actitudes poco caballerosas, sin pagar las consecuencias. Aunque todo fuese una maldita trampa dispuesta por la propia dama ultrajada.

—Pasarás la noche aquí —le dijo a Trevor. Este intentó protestar porque quería volver al camino y regresar de inmediato a Londres—. Pasarás la noche aquí —repitió con énfasis, dejándole claro que no era una invitación, sino una orden—. No estás en condiciones de cabalgar de nuevo. Te caerás en cualquier acequia y encontrarán tu cadáver al día siguiente. Mañana por la mañana, partiremos ambos hacia Londres. Yo tengo unas cuantas cosas que decirle a mi esposa que no pueden esperar, y tú has de pedir formalmente la mano de mi hija.

Trevor aceptó. No le quedó más remedio, aunque su mente volaba camino de Londres para reunirse con su amada.

«Y tú has de pedir formalmente la mano de mi hija».

Sonrió antes de caer rendido sobre la cama.

Con esas palabras, el conde le había dado su permiso para cortejar a Win.

El mundo volvía a ser un lugar maravilloso.

La fiesta en la mansión Broswich era una de las más selectas de Londres. Abigayle estaba que no cabía en sí de gozo. Nunca antes había recibido una invitación de la duquesa, y era feliz solo por poder estar allí.

«Y pronto seré una habitual en estos salones», se dijo, satisfecha consigo mismo.

Miró hacia su hija, que en aquellos momentos estaba bailando su primer vals en brazos de Maximilian. No parecía especialmente feliz, pero no es que eso le importara demasiado a la condesa.

Win estaba mortificada. Bailar su primer vals con el marqués estaba resultando una dura prueba para su paciencia. Durante toda la semana, su madre se había empeñado en emparejarla con él, un hombre que no le gustaba nada, pero se vio obligada a pasear con él por Hyde Park, visitar los jardines Vauxhall para ver los fuegos artificiales, ir al teatro, a la ópera... Y él siempre aprovechaba los momentos de oscuridad en que los demás miraban hacia otro lado para acariciarla impudicamente a pesar de sus protestas.

No le gustaba Maximilian, ni le gustaban las libertades que se tomaba con ella, ni que su madre lo aprobara tan descaradamente.

Incluso tenía la extraña idea de que, si pudiese, Abigayle la empujaría a su lecho con tal de emparentar con los St. John.

—Daría un penique por sus pensamientos, señorita Sterling —dijo Max en un susurro que pretendió ser sensual pero que a ella le produjo escalofríos—. Deben ser muy tristes dada su mirada lánguida.

—No es nada importante, milord, solo tonterías de mujeres —contestó ella.

¿Qué otra cosa podía decir? ¿Que estaba pensando en Trevor? ¿En que querría que fuese él su pareja de baile en aquel momento, y no el hombre que tenía ante ella? ¿Que si fuese valiente, saldría a buscarlo personalmente en lugar de enviarle más notas que nunca recibían respuesta? ¿Que estaba dispuesta a perder la poca dignidad que le quedaba con tal de salir de dudas y saber, aunque le doliera, por qué la ignoraba de aquella manera después de jurarle, no hacía mucho, que la amaba con locura?

—Las tonterías de mujeres, no suelen ser tales tonterías, Winnifred. Lo sé por propia experiencia. ¿Por qué no confía en mí y me cuenta qué es lo que la tiene tan perturbada?

—Los pensamientos tristes es mejor dejarlos en casa, milord. No tienen cabida en una fiesta tan espléndida como esta, ¿no cree?

—A mí me parecía insulsa y sin vida hasta que llegó usted.

—Es muy galante, milord.

Win logró fingir una sonrisa. El marqués estaba coqueteando con ella y la hacía sentirse incómoda con su pretendida amabilidad y preocupación.

—Mucho menos de lo que una dama tan hermosa merece.

Los giros del vals los llevaron a pasar cerca de las puertas francesas que daban al jardín. En un quiebro disimulado, Max la llevó hasta la amplia terraza que se abría bajo la noche y detuvo el baile justo al llegar al centro.

Se quedó muy quieto, mirándola con los ojos brillantes, sin soltarla de entre sus brazos.

—¡Milord! Deberíamos volver inmediatamente.

—Parece un poco sofocada, Winnifred. He pensado que un poco de aire fresco le sentaría bien.

—No, yo...

No pudo evitar que la boca del marqués se apoderara de la suya. La sorprendió con los labios separados, intentando protestar, y le introdujo la lengua, invadiéndola sin contemplaciones.

Win forcejeó e intentó separarse, pero la mano de Max le tenía la cabeza sujeta por la nuca mientras exploraba descaradamente la boca de la inocente muchacha, y no la soltó hasta que quedó parcialmente saciado de ella.

—Vas a ser mía, Winnifred Sterling —le susurró con decisión.

—¡No! Mi corazón ya tiene dueño, milord. Suélteme, se lo ruego.

Max dejó ir una risita que puso mucho más nerviosa a Win.

—Te dejo ir... por ahora. Pero ten presente que estoy decidido a que seas mi esposa.

Max la soltó y Winnifred entró precipitadamente en el salón de baile. Estaba sofocada y nerviosa, y tenía muchas ganas de echarse a llorar. Debería contarle lo sucedido a su madre, pedirle que la llevara a casa, pero sabía que, en lugar de eso, Abigayle se sentiría satisfecha por haber despertado el interés del marqués hasta el punto de arriesgarse a que lo pillaran besándose en público.

No. Tenía que tranquilizarse y sobreponerse por sí misma y, desde luego, negarse a aceptar cualquier otra invitación de él por mucho que su madre insistiera.

Un rato más tarde, Win había logrado templar los nervios y comportarse

con normalidad. Había bailado dos veces más, y conseguido mantener una conversación mundana con ellos. Pero sus ojos escrutaban disimuladamente la sala para saber dónde estaba el marqués y poder alejarse de él con tiempo suficiente si fuese necesario.

Pero Maximilian no estaba por ningún lado. Supuso que había preferido marcharse de la fiesta después de ser rechazado, y respiró aliviada por fin.

Había terminado de bailar con lord Sedwig y se acercaba con este a la mesa de los refrescos para tomar unos refrigerios en su compañía, cuando su madre se acercó a ella, la tomó del brazo y la alejó de él, disculpándose con una sonrisa.

—¿Te diviertes, hija mía?

—Sí, madre.

—Hace un rato que estoy buscándote. ¿Dónde andabas metida? Se supone que, cuando terminas de bailar, los caballeros han de escoltarte hasta mí de nuevo.

—Lo siento, madre.

—Tengo mucha sed —se quejó, abanicándose con la mano—. ¿Serías tan amable de acompañarme a beber algo, querida?

—Claro, madre —contestó, mirándola intrigada. Hacía un momento que habían estado en la mesa donde se servían las bebidas, y se la había llevado de allí.

—Espero que los caballeros con los que has estado bailando, sean adecuados para convertirse en buenos maridos, querida.

—No busco marido, madre —contestó, reprimiendo las ganas de hacer una mueca porque, si bien ella estaba convencida de que seguía queriendo casarse con Trevor, ya no estaba tan segura de las intenciones de él.

—No, claro que no.

Alargó la mano para coger el vaso que el lacayo le ofrecía y, cuando se giró para llevárselo a la boca, todo el contenido se derramó sobre el vestido de Win.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué torpe he sido! Qué lastima, con lo bonito que es este vestido. Ven, hija, vamos rápido al tocador de señoras, quizá la doncella sabrá cómo quitar la horrible mancha que ha quedado.

Se la llevó casi a empujones de allí, instándola a caminar rápido sin entretenerse porque «si la mancha se secaba, sería imposible quitarla». La condujo a un pasillo vacío y oscuro, y empujó una puerta medio entornada para meterla allí dentro.

—¡Esto no es el tocador, madre!

—No te preocupes, hija, seguro que el tocador está a rebosar de gente. Voy a buscar a alguna doncella para que venga aquí a ayudarte. ¡Vuelvo enseguida!
—se despidió, sonriéndole con fingido cariño, y cerrando la puerta tras ella al salir.

Win suspiró, confundida por el extraño comportamiento de su madre. Era la primera en repetirle mil veces que jamás debía meterse en una habitación como esta cuando iban a alguna fiesta, que ese tipo de situaciones eran peligrosas porque siempre había caballeros que habían bebido más de la cuenta y podían pensar que buscaba algo que no quería y abusar de ella.

Abigayle no era precisamente sutil cuando quería asustarla.

«Quizá es madre la que ha bebido demasiado», pensó, divertida.

Se acercó al fuego que crepitaba en el hogar e intentó mirar el desastre en que se había convertido su vestido. La mancha se había extendido por todo el corpiño, y dudaba de que se pudiese hacer nada por limpiarlo.

«Deberíamos volver a casa».

Pero sabía que su madre no lo aceptaría. Aquella velada significaba demasiado para ella, así que se vería obligada a aguantar cualquier tortura que a la doncella se le ocurriera con tal de conseguir limpiar la mancha y volver al salón de baile.

Escondido entre las sombras, una figura masculina observaba a Win con ojos licenciosos mientras ella intentaba limpiarse el corpiño con un pañuelo de encaje. Evaluaba tanto su belleza como la dote que aportaría al matrimonio.

Un matrimonio que se llevaría a cabo mucho antes de lo que ella sospechaba.

Trevor y lord Stratton llegaron a Londres la misma noche de la fiesta en la mansión ducal. En Stratton House los recibieron con sorpresa, y todo el ejército de criados se puso inmediatamente en marcha para preparar las alcobas de su señoría y de su invitado.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó el conde al mayordomo mientras se quitaba el gabán, el sombrero y los guantes, y los dejaba en sus manos.

—En una fiesta en casa de su excelencia la duquesa de Broswich, milord.

—Tengo que ir a buscarla —exclamó Trevor con desesperación.

—Tranquilo, muchacha. ¿No crees que es mejor esperar a que vuelvan?

—Señor, milord —se corrigió—, tengo un extraño presentimiento de que algo va mal.

—Ah, estos jóvenes y su impulsividad. Está bien. Pero no se puede acudir a una residencia ducal vestido de cualquier manera. ¿Tienes ropa de gala, muchacho?

—Sí, en mi residencia.

—Bien. Envía a un lacayo a por ella mientras tú te das un baño. No podemos ir cubiertos del polvo del camino y apestando a sudor, ¿no crees?

A pesar de su impaciencia, Trevor tuvo que darle la razón. Sería mejor acicalarse que no arriesgarse a ser echado a patadas de allí por culpa de no ir convenientemente vestidos.

Dos horas más tarde, ambos cruzaban las puertas de la mansión ducal y empezaban a buscar a Win entre los asistentes, cuando el revuelo en uno de los pasillos llamó su atención.

Capítulo cinco

Maximilian dedicó unos segundos a observar a Winnifred, escondido entre las sombras. La consideró hermosa y la lujuria le hizo palpar el miembro, lo que iba a ser una ventaja en su matrimonio.

Porque iban a casarse.

¿Por qué no? Él necesitaba una esposa para contentar a su padre y la dote que ella traería al matrimonio lo libraría de la tiranía del viejo carcamal. Se ocuparía de dejarla pronto embarazada, lo que embelesaría al anciano, y si conseguía parir un varón, el duque volcaría todas sus necesidades y sus atenciones en el nuevo heredero para criarlo a su imagen y semejanza, y a él lo dejaría en paz.

Que se entretuviera con el niño mientras esperaba la muerte.

Dio un paso hacia adelante, saliendo de las sombras. Winnifred todavía no había reparado en su presencia, así que carraspeó. Ella se sobresaltó y se giró hacia él, mirándolo con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Buenas noches, bella dama. Volvemos a encontrarnos.

—¿Qué hace aquí? Pensé que había abandonado la fiesta.

Max dejó ir una risa profunda y dio unos pasos más hacia ella, que miraba con nerviosismo hacia la puerta, evaluando las posibilidades que tenía de escapar. Casi le dio lástima. Casi. No podía imaginarse que acababa de caer en una trampa urdida por él y por su propia madre.

—¿Irme? ¿Mientras tú todavía permaneces aquí? Nunca. Te estaba esperando. Tenemos que hablar.

Qué fácil había sido manipular a Abigayle para que se aviniera a este matrimonio. Solo dejar caer en sus oídos unas palabras, haciéndole ver las ventajas de su unión, y la muy avariciosa había vendido a su propia hija, poniéndosela en bandeja de plata.

—Pues ha hecho mal, milord. Porque no tenemos nada que decirnos.

Win intentó dirigirse hacia la puerta con decisión. Tenía que salir de allí. Un peso le oprimía la garganta, y el miedo le provocaba temblores en las piernas, pero saldría de allí con la cabeza alta y la dignidad intacta.

Maximilian se lo impidió.

Antes de que pusiera la mano en el pomo, el marqués la atrapó entre los brazos y empezó a repartir besos húmedos en su rostro y su cuello. Jadeaba contra su oído y soltaba pequeñas carcajadas mientras ella intentaba deshacerse con ahínco de aquel repugnante abrazo.

—Suélteme o gritaré —amenazó con la voz temblorosa cuando una de las manos de Maximilian se posó sobre un pecho y apretó.

—De acuerdo —resolló, mientras los labios bajaban hacia el escote, y posaban varios besos en la parte superior de su pecho—. Hazlo. Todo acabará antes.

—Por favor —lloriqueo, al empezar a comprender su juego.

—Te dije que íbamos a casarnos. —La cogió del pelo, tirando de él para obligarla a alzar el rostro y mirarlo a la cara—. Te lo advertí hace un rato, en la terraza. No quisiste escucharme. ¿Qué dice ahora tu corazón?

La arrastró hasta el sofá y la empujó. Max se acomodó entre sus piernas mientras sus ojos brillaban llenos de lujuria.

—Por favor, no me haga esto —suplicó ella, pensando en Trevor, su amado Trevor, retorciéndosele el corazón porque no podía detener al marqués.

Este le atenazó las manos por encima de su cabeza y le rasgó el corpiño todavía mojado, dejando al descubierto los hermosos pechos.

—Preciosos... —susurró antes de inclinar la cabeza para apoderarse de un pezón y empezar a lamerlo y chuparlo.

Win lloró. Dejó ir un torrente de lágrimas que se deslizaron por las mejillas mientras seguía suplicándole que parara, pero Maximilian no la escuchaba, ni le importaban sus ruegos. La quería como esposa, y no le importaba de qué manera la iba a conseguir. La muchacha aprendería que a un hombre como él no se lo rechazaba impunemente.

Le soltó las manos y le izó la falda. Con el peso de su propio cuerpo la mantenía prisionera debajo de él, sin oportunidad de poderse escapar. Sus lágrimas le parecieron joyas, y las lamió de las mejillas, sustituyéndolas por un rastro de saliva.

—Prepárate para la vergüenza, querida mía —se burló, sabiendo lo que pasaría a continuación.

Posó la mano entre sus piernas. Ella intentó cerrarlas, pero el peso de Max le impidió hacerlo.

La acarició. Allí. En el lugar más prohibido de su anatomía. La acarició con la mano mientras una sonrisa satisfecha le cruzaba el rostro.

—Te enseñaré a hacerme feliz —le susurró mientras su mano exploraba bajo la falda, y se rio al imaginarse todas las cosas abyectas que le obligaría a hacer en la cama—. Y lo disfrutarás, ya lo verás. Pasaré a ser tu mundo, y tu única preocupación será darme placer, como corresponde a una esposa.

—¡No! —gritó ella, empujándolo por los hombros, retorciéndose debajo

de él.

Pero Maximilian se rio de sus intentos por detenerle. ¿Qué podía hacer contra él una muchacha tan delicada e inocente?

—Acostúmbrate, cielo mío. Ya no hay vuelta atrás.

Un grito estridente sacudió todo el salón. Horrorizada, Win vio a su madre de pie, delante de la puerta, acompañada de una doncella. Quiso gritar, pero de la garganta solo salió un sonido ahogado.

Estaba perdida. El marqués tenía razón: ya no había vuelta atrás.

Su madre entró en el salón, llevándose las manos a la cabeza, gritando, y detrás de ella, la gente empezó a acumularse, curiosos por el escándalo que se estaba produciendo.

Max se levantó.

—¡Ha deshonrado a mi hija! —gritaba Abigayle para que todo el mundo pudiera oírla. Se llevó la mano a la frente de forma dramática y se dejó caer sobre un sillón, simulando un desmayo.

Win, liberada del peso que la mantenía prisionera, se sentó intentando cubrir la desnudez que la motificaba.

Aquello era un error, una pesadilla, no podía estar pasando.

Max, quieto en mitad del salón, con la sangre fría de un delincuente, se llevó la mano al pecho y miró a la concurrencia.

—No hay deshonra, milady. Su hija acaba de acceder a casarse conmigo. Quizá nos hemos dejado llevar un poco por la pasión que compartimos, pero le aseguro que nuestra intención es casarnos cuanto antes. ¿No es cierto, querida?

Win, aturdida por la situación, sintiéndose atrapada en una trampa de la que no había salida, totalmente avergonzada y con el único deseo de salir de allí, asintió con la cabeza sin darse cuenta de que acababa de romperle el corazón a uno de los presentes.

Entonces, alzó los ojos y lo vio. Trevor estaba allí y tenía el rostro desencajado por el dolor. Se había llevado una mano al pecho, sobre el corazón, como si quisiera evitar que se le hiciera añicos.

Win alzó una mano como si quisiera detenerlo. Sus miradas se quedaron fijas la del uno en el otro, durante un segundo interminable.

Hasta que Trevor se fue, haciendo que se sintiera más sola que nunca.

Trevor no podía creer lo que veían sus ojos. Habían sorprendido a Win, su

amada Win, su inocente Win, en una situación comprometida.

Su primer impulso fue el de ir hacia ella, cubrirla con su propia chaqueta y sacarla de allí con rapidez. Ya vendrían después las explicaciones. Estaba convencido de que todo había sido una trampa, porque Win, su Win, no era el tipo de mujer que se entregaba y se dejaba manosear en cualquier sitio, a riesgo de ser descubierta.

No.

Aquello tenía que ser una trampa, probablemente urdida por la arpía de su madre.

Pero...

Pero el anuncio del compromiso y el asentimiento de ella, rompió toda la esperanza que todavía guardaba.

Win quería casarse con aquel petimetre.

—Muchacho, no...

No oyó la voz de Norbert intentando detenerlo, ni sintió su mano cuando lo aferró del brazo. Simplemente salió de allí a grandes zancadas, empujando a la gente que se arremolinaba alrededor intentando ver qué pasaba, cerrando los oídos a los cotilleos (¡Esa debutante ha cazado al futuro duque de Broswich!), y a las bromas de mal gusto que empezaban a correr de boca en boca.

Su corazón se estaba haciendo trizas. Con cada paso, un pedazo se caía al suelo y se rompía. Se deshacía como si fuese arena, imposible contenerla.

No quería creer lo que habían visto sus ojos, y oído sus oídos.

Win. En los brazos de otro hombre. Ofreciéndole su cuerpo. Diciéndole al mundo que iba a casarse con otro.

El amor incondicional y puro que había sentido por ella hasta aquel momento, empezó a transformarse en algo oscuro y doloroso. Odio, desprecio, repulsa. Se sintió humillado y ultrajado en lo más profundo. Lo había traicionado sin pudor ni vergüenza. Él se había entregado en corazón y alma, se había reservado para ella, para que, cuando se casaran, se iniciaran ambos en el camino del amor juntos, aprendiendo paso a paso uno al lado del otro.

Pero ella había decidido que él no era suficiente. Que su amor no valía nada. Que su entrega incondicional era un chiste.

Qué ciego había estado al pensar que Win era diferente a las demás damas de su rango. Qué estúpido había sido al creer que lo amaba tanto como él a ella.

En Londres, había descubierto a la verdadera Win. Ambiciosa y retorcida,

capaz de venderse a cambio de un título. ¡Futura duquesa de Broswich!

En cambio, él había tirado por la borda su futuro prometedor. El doctor Schmell se lo había advertido, y él, necio como ninguno, no había atendido sus consejos.

No, ciego de amor, tenía que correr hacia los brazos de Win para saber qué ocurría.

Estúpido. Idiota. Imbécil.

Ahora, no tenía nada. Todo había desaparecido.

Lo mismo que haría él.

No podía seguir en Londres sabiendo que Win iba a casarse en breve. Ni en Inglaterra. Tenía que poner tierra de por medio como fuese.

Caminó dando tumbos hasta su residencia y subió las escaleras en silencio.

Quería llorar, tirarse sobre la cama y deshacerse en llanto, maldiciendo el mundo y a su corazón por haberse entregado incondicionalmente a una mujer que no lo merecía, una ramera, una hija de Caín traidora y manipuladora.

En lugar de eso, preparó el equipaje. Llenó una maleta con lo más básico: su ropa y algunos libros de medicina. Se iría al puerto, averiguaría qué barco de pasajeros era el que zarpaba primero, y se embarcaría en él sin importarle a dónde iba.

Aquella misma madrugada, Trevor se embarcaba rumbo a la India. Ni siquiera se había despedido de su familia. Una carta, dejada en las oficinas de la naviera para ser enviada por la mañana, contaba a su hermano Paul todo lo ocurrido y su decisión de alejarse de aquel país y de la mujer que le había roto el alma tan cruelmente.

Norbert sacó a su hija de entre aquella masa de gente. Dolido en lo más profundo por el espectáculo que había presenciado, se limitó a señalar al marqués con un dedo indignado y a citarlo en su casa a la mañana siguiente para hablar sobre las condiciones de la boda.

Metió a su hija en el carruaje sin esperar a que su esposa se reuniera con ellos. Sabía, sin ninguna duda, que todo aquello era obra de Abigayle, pero no tenía los ánimos lo bastante templados como para enfrentarse a ella en aquel momento. Si se hubiesen quedado a solas en el carruaje, con su hija como único testigo, habría sido capaz de rodearle el cuello con las manos y estrangularla.

Literalmente.

No, ya se encargaría de ella en su momento. Cuando se hubiera tranquilizado y fuese capaz de pensar con frialdad.

Pero estaba decidido a hacerle pagar a Abigayle todo el daño que su ambición estaba causando.

—¿Estás segura de esto, hija mía? —le preguntó. Win, hecha un ovillo a un lado del coche, envuelta en el abrigo de su padre, se encogió de hombros—. No tienes que casarte con el marqués si no quieres. Lo solucionaremos. Iré en busca de Trevor y lo aclararemos todo.

—Se ha ido, papá. Me ha visto allí, completamente rota y desolada, y en lugar de venir a mí, se ha ido. Me ha dejado sola.

—Pobre muchacho. —Norbert sacudió la cabeza—. Seguro que si le damos unas horas para que se recupere, podremos aclararlo todo. Es un muchacho razonable, atenderá a razones.

—No. No quiero que hables con él. No quiero volver a verlo. Llevo todo el tiempo desde que llegué a Londres, intentando hablar con él. Le he enviado decenas de cartas que él no se ha dignado ni contestar. Está claro que ya no le importo, padre.

—Hija...

Norbert pensó en contarle que Abigayle había interceptado las cartas de Trevor, y que seguramente había hecho lo mismo con las suyas. Pero decidió no hacerlo, no todavía. Win estaba demasiado rota en aquel momento para digerir la traición de su propia madre.

Ya lo haría, más adelante, cuando fuese el momento y todo aquel embrollo estuviese solucionado.

Ahora, tenía que llevarla a casa y meterla en la cama. Debía descansar.

Al día siguiente, él se encargaría de buscar a Trevor y contarle la verdad. Le apaciguaría los ánimos. El muchacho amaba a su hija con toda el alma, y comprendería que ella no había sido culpable de toda aquella desastrosa situación. Estaba convencido de que, al final, Trevor aceptaría casarse con ella si importarle el escándalo que acarrearía, porque la amaba.

¡Maldita sea! Doblaría su dote si era necesario, aunque con eso se arruinase.

Lo único que le importaba era la felicidad de su hija.

Pero, al día siguiente, cuando fue en su busca, solo encontró una habitación vacía y nadie sabía a dónde se había ido Trevor Sugdon.

Simplemente, había desaparecido sin dejar rastro.

A pesar del anuncio de la boda, el escándalo era la comidilla de todo Londres.

Norbert, para evitarle a su hija una mortificación innecesaria, la envió de vuelta a Stratton Manor a pasar allí los días que faltaban para la boda. Con Trevor desaparecido, no se le ocurrió ninguna idea que pudiese detener el desastroso enlace y que no condenara a su hija a la marginación más aberrante para una dama como ella.

Así que se resignó, al igual que ella, pero sabiendo que su hija no iba a ser feliz, como él tampoco lo era en su propio matrimonio.

Win llegó a Stratton House con la esperanza de conseguir noticias de Trevor. En su fuero más interno, todavía tenía la esperanza de que él podría salvarla del matrimonio desastroso que se estaba fraguando. El mismo día en que llegó, le ordenó a Rose que le preparara rápidamente el traje de montar, y se fue al galope a la casa de los Sugdon, esperando que su familia pudiese darle noticias de Trevor.

Tenía que hablar con él, lograr que la escuchara. Si oía toda la historia, no la que se contaba en susurros en los círculos de la alta sociedad, o la que narraban los periódicos sensacionalistas, sino la verdadera, la salvaría.

Quien la recibió fue Paul, el hermano mayor. Lo hizo con el rostro adusto y con maneras poco amables. No la invitó a sentarse, ni le ofreció té. Se limitó a escuchar sus balbuceos preguntando por Trevor, casi suplicándole que le diera noticias, pero la cortó con un gesto malhumorado.

—¿No cree que ha hecho ya bastante daño, señorita Sterling? Lo ha abandonado para prometerse con otro hombre sin ni siquiera tener el valor de comunicárselo personalmente.

—Paul, no, eso no es cierto —intentó explicarle entre lágrimas, dolida por el frío tratamiento cuando siempre se habían tuteado—. Fue una trampa, te lo aseguro. Una trampa en la que caí como una tonta, ¡pero yo no quiero casarme con el marqués!

—¡Ya basta de mentiras y de jugar con los sentimientos de mi hermano! Váyase de aquí si no quiere que ordene que mis criados la echen como si fuese una cualquiera.

—Por favor, Paul... —suplicó, hecha un mar de lágrimas.

Paul, sin conmiseración, la agarró del brazo y la llevó a empujones hasta el vestíbulo.

—Vete y no vuelvas a pisar nunca más esta casa. Mi madre lleva días encerrada, presa del llanto y del disgusto que Trevor le ha dado, ¡y todo por tu culpa! —La sacudió, conteniéndose para no empujarla fuera—. Mi hermano ni siquiera está en Inglaterra ya. Se ha ido a la India, lo más lejos que ha podido, con tal de no estar cerca de ti. ¡Nunca más vas a volver a saber de él!

Paul la arrastró hasta la escalinata exterior y la dejó allí, pálida y llorosa, y cerró la puerta en sus narices.

Desolada por la noticia, subió a su caballo y lo espoleó. Ni siquiera veía por dónde iba con los ojos anegados en lágrimas, sollozando sin contención, sintiendo que la vida se le estaba escapando por momentos.

La felicidad que tan segura creía tener, había desaparecido de su futuro. Trevor se había marchado, abandonándola a su suerte, y lo único que le quedaba era un matrimonio con un hombre que detestaba.

Capítulo seis

La fiesta de compromiso se celebró cuatro días antes de la boda, en la mansión Broswich. La flor y nata de la alta sociedad fue invitada, y nadie rechazó asistir porque querían conocer a la dama afortunada que había logrado cazar al soltero máspreciado de toda Inglaterra.

Win había regresado a la ciudad dos días antes. Sin fuerzas para llorar más, decidió que tenía que resignarse e intentar buscar la felicidad en su matrimonio, a pesar de las circunstancias. No podía evitar la boda, e iba a convertirse en la marquesa de Collingwood y futura duquesa de Broswich, dos cosas que no iban a llenar de ninguna manera el vacío que Trevor había dejado en su corazón.

Pero quizá Maximilian no era tan malo.

La conversación que habían mantenido aquella misma tarde, paseando por los jardines de Stratton House, le había dado una pequeña esperanza.

—Estás muy silenciosa.

El aire olía a flores. La primavera estaba en su máximo esplendor, acercándose ya el verano. Maximilian la miraba con intensidad, deseando poder poseerla allí mismo. La pasión que despertaba en él esta muchacha, lo hacían preguntarse si no habría en su corazón algo parecido al amor.

—Solo estoy nerviosa por la boda, milord.

—No deberías hablarme tan formalmente. Estamos prometidos, querida. Llámame Max, por favor.

—De acuerdo, Max.

—No debes preocuparte. Estoy convencido de que lograré hacerte feliz. Voy a esforzarme en ello. Tendrás todo lo que desees. Una sola palabra tuya, y te entregaré la luna, si la quieres.

—Eres muy amable.

Win lo escuchaba hablar sin prestarle demasiada atención. No podía evitar sentirse desdichada, empujada a la fuerza a los brazos de un hombre al que no amaba.

—No, no soy amable. Solo estoy muy arrepentido por haber actuado de manera tan poco caballerosa. Te engañé, y manipulé a tu madre para que fuese propicia a mis deseos de celebrar este matrimonio. —La confesión sorprendió a Win, que dejó de caminar para mirarlo y escucharlo atentamente—. Winnifred, yo... Me supe enamorado de ti la primera vez que te vi. Todo lo que he hecho, ha sido impulsado por este sentimiento desconocido por mí

hasta ahora. Sé que hice mal, que debí haberte cortejado adecuadamente y lograr que me amaras sin triquiñuelas ni subterfugios. Pero tu desinterés me desesperó. Pensé que iba a perderte, y no podía soportar la idea. Sé que tú no me amas, no todavía, pero estoy convencido de que lograré que llegues a sentir algo por mí.

Mentía descaradamente, por supuesto, pero se le daba bien hacerlo. Mostrarse arrepentido, declarar un amor que no sentía, apelar al buen corazón y a la necesidad de sentirse amadas que todas las mujeres tenían... Lo había hecho mil veces antes, y siempre había conseguido meterse en la cama de la imprudente que lo escuchaba.

Como ahora.

Winnifred dejó de mirarlo con desconfianza para empezar a hacerlo con compasión. A Max no le importaba que le tuviera lástima, si con eso conseguía poder meterse en su cama aquella noche sin tener que luchar por su derecho.

—No deberías haber hecho lo que hiciste. Ni siquiera por amor se justifican algunos actos.

—Tienes razón, por supuesto.. Ahora lo sé, que veo el dolor que te he causado. —Se acercó a ella y le tomó la mano para llevársela a los labios, y dejar en el dorso un beso lleno de promesas románticas.

Winnifred lo estaba perdonando. Lo vio en su aceptación de aquel beso sin intentar apartar la mano, en el temblor de los labios jugosos que besaría en aquel mismo momento si no temiera estropear todo el camino que acababa de avanzar.

—Si pudiera volver atrás —le juró, acariciándole una mejilla—, te juro que lo haría todo de otro modo. Te trataría como la dama que eres. No jugaría contigo como lo hice en la ópera, ni te abrumaría con unas atenciones que tú no me habías pedido. Mi único consuelo es tu buen corazón, que sé que lograré perdonarme.

—Estás muy convencido de eso.

—No puede ser de otra manera, querida —le susurró, acercándose más a ella, viendo que ella no se apartaba—. Tú tienes un corazón de oro, y yo voy a hacer todo lo necesario para conseguir tu perdón.

Durante la fiesta, no se apartó de su lado ni un solo momento. Con su mirada altiva, tan propia de un futuro duque, cortó de raíz cualquier murmuración, mirada inquisitiva, y acercamiento molesto. La cuidó y protegió durante todo el rato, agasajándola y preocupándose de su bienestar.

Tan ejemplar fue su comportamiento, que despertó la esperanza en Win, y los celos más profundos en Abigayle.

Con el resentimiento a flor de piel, sintiendo que hervía de furia, por culpa de las atenciones que Max prodigaba a Winnifred, dejándola a ella de lado, como si no fuese nadie, Abigayle buscó la manera de quedarse a solas con el marqués aunque fuese un momento.

Aprovechó cuando él salió a fumar al jardín, dejando a Win custodiada por su padre. A solas, le cogió de la mano y lo arrastro hasta el otro lado de los altos setos que los protegerían de las miradas curiosas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le recriminó.

—¿Ser amable con mi prometida? —contestó él alzando una ceja, irónico.

—Me prometiste que este matrimonio no cambiaría nada entre nosotros.

—Y no lo hará, tranquila. Solo debemos ser prudentes ahora que todas las miradas están puestas en nosotros.

—No nos han descubierto antes, ¿por qué iban a hacerlo ahora?

—Porque toda la alta sociedad está pendiente de nuestros movimientos. — Se acercó a ella y puso las manos en su cuello, acariciándoselo lánguidamente —. Tranquila, cariño. Todo lo que hago, es pensando en nosotros. ¿O quieres arriesgarte a que Winnifred o Max nos sorprendan en una situación comprometedora? —añadió en un susurro.

—Norbert es tonto y no se entera de nada —replicó ella, molesta aún pero convenciéndose con sus argumentos—. Y Winnifred solo piensa en el amor que ha perdido.

A Max no le gustó que Abigayle le recordara que su futura esposa languidecía por el amor de otro.

—Norbert es mucho más listo de lo que crees —afirmó con dureza—, pero si tanto hechas de menos mis atenciones...

Se apoderó de su boca con violencia, saqueándola sin piedad. Abigayle, loca de pasión, deslizó las manos por la cintura de Max hasta que recalaron en el bulto que crecía dentro de sus pantalones.

—Arrodíllate y hazme una mamada —le ordenó él con voz ronca.

—¿Y mancharme el vestido? Ni lo sueñes. Además, ¿no decías que no querías correr riesgos?

Se apartó de él con una sonrisa diabólica en el rostro y le dijo adiós con la mano, dejándolo allí jadeante y necesitado.

Max maldijo cuando la vio marchar. Maldita bruja. Primero lo provocaba y después le negaba lo que le había prometido.

Iba a verse obligado a buscar alivio en alguna otra parte, y recordó a la preciosa doncella que había visto aquella misma mañana en la mansión ducal.

Sí, le serviría. Aquella noche no regresaría a su apartamento de soltero.

Norbert lo observó todo escondido en las sombras, reprimiendo las ganas de salir a la luz y desafiar en un duelo a aquel canalla.

Pero algo así solo serviría para que el escándalo fuese todavía mayor, y la única que lo sufriría sería su desdichada hija.

Pobre Winnifred. Qué afortunada al no haber presenciado aquella escena.

Apretó los puños con rabia y desandó el camino de regreso a la fiesta.

Se sintió impotente al no poder hacer nada contra el marqués. Nunca había sido un hombre de acción, ni valiente. Se despreció a sí mismo por su cobardía, por no ser capaz de mantener a salvo lo que más apreciaba: a su preciosa hija.

Pero Abigayle...

Su esposa era otro cantar.

Cuatro días más y el destino de Abigayle estaría sellado para siempre.

Tendría que consolarse con aquello.

La noche anterior al día de la boda, Win recibió la visita de Abigayle. Entró en sus aposentos, encontrando a su hija sentada delante del tocador mientras Rose le estaba cepillando el pelo.

—Déjanos solas —le dijo a la doncella.

Esta salió haciendo una pequeña reverencia y cerró la puerta en silencio tras ella.

—¿Qué quieres, madre? —preguntó Win girándose hacia ella.

—Parece que debo cumplir con mi obligación de madre —suspiró con resignación la condesa—. Es hora de que hablemos de tus deberes conyugales, querida.

Se sentó sobre la cama y le hizo un gesto, palmeando sobre la colcha, para que se sentara a su lado.

Win, reticente, lo hizo.

—No debes preocuparte por la noche de bodas. Maximilian es un hombre experimentado y lo único que tienes que hacer tú, es todo lo que te diga. —A

Win le pareció molesta por verse obligada a tener aquella conversación con ella. No avergonzada, ni nerviosa, sino molesta. Como si no le gustase la idea de que su hija compartiese la cama con su marido—. Te pedirá que te desnudes, por supuesto. Te tumbarás sobre la cama, abrirás las piernas, y dejarás que él haga el resto. Los hombres son bastante fáciles de complacer; y aunque el marqués es un poco más sofisticado, seguro que acabarás aprendiendo lo que lo complace. No le gustan los lloriqueos, ni las mujeres con tendencia a quejarse, tenlo presente.

—Y, ¿cómo conoces tan bien a mi futuro esposo, madre?

Una idea extraña empezaba a formarse en su mente. Una idea que la horrorizó.

Abigayle se echó a reír, llevándose una mano al pecho y mirando a su hija como si fuese una criatura extraña.

—Qué inocente eres, querida. De averigüé de la única manera que una mujer aprende estas cosas: en su cama, por supuesto. ¿Quién crees que lo organizó todo para que acabaras siendo una futura duquesa? ¿O crees que fue una casualidad que te llevara precisamente al saloncito en el que él estaba escondido?

Win se levantó, enfurecida y dolida a partes iguales. La miró con ira y deseó poder arañarle su rostro perfecto, y borrarle la sonrisa de suficiencia a golpes.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? ¡Eres mi madre! ¿Qué clase de madre le hace algo así a su hija? ¡Exponerla a la vergüenza pública! ¡Convertirla en una desdichada!

—¡Qué melodramática eres, Winnifred! —Abigayle se levantó con mucha dignidad y alzó la barbilla, obcecada—. Gracias deberías darme por estar a punto de convertirte en marquesa, y futura duquesa. ¿De veras creías que iba a permitir que te convirtieras en la señora Sugdon? —dijo esto último con evidente repugnancia, como si el solo nombre le provocara náuseas—. Trevor te envenenó con sus dulces palabras de amor, manteniéndote engañada durante todos estos años, cuando solo quería tu dote.

—¡Eso no es cierto! Trevor me ama.

—Ya, por eso salió corriendo en cuanto vio que ya no podía echar mano a ella, ¿verdad? Si tanto te ama tu adorado Trevor, dime, ¿por qué no te ha buscado para pedirte explicaciones? ¿Por qué no ha contestado a todas tus cartas desesperadas? ¿Por qué no te ha propuesto escaparos en secreto a Gretna Green y casaros allí, desafiando a tu padre y todos los

convencionalismos sociales? Porque sabe que si hace algo así, su carrera como médico habrá terminado antes de empezar. Por lo menos, casada con Maximilian sabrás qué esperar de él. No vivirás engañada creyendo que te ama.

—Maximilian me ama. Ma lo confesó —murmuró, mientras se limpiaba las lágrimas que habían empezado a brotar.

—Sí, claro —. La risa burlona de Abigayle, cruel y profunda, le produjo un escalofrío en toda la columna—. ¿Eso te dijo? Pobre, pobre Win, que se cree tan hermosa que es capaz de despertar el amor en un hombre egoísta como el marqués. Él solo quiere tu dinero —añadió, desdeñosa—, métetelo en la cabeza y no esperes nada más de él, si no quieres llevarte una gran decepción.

—El marqués no me quiere solo por mi dote —se quejó Win.

No sabía por qué sentía la necesidad de defenderlo, pero la tenía. Quizá porque aceptar que iba a casarse con un hombre que solo la quería por su dinero, que la había engañado y manipulado, era demasiado duro para su corazón roto.

—Max no sabe lo que es amar. Es un hombre sin corazón, y más vale que espabiles y no esperes amor de su parte, porque no lo vas a encontrar.

—¡Eso no es cierto! No lo conoces, no lo conoces en absoluto.

—¡Por supuesto que lo conozco! Lo conozco muy bien. Llevamos años siendo amantes. ¿Sabes dónde planeamos tu caída? —le preguntó con inquina, con ganas de producirle más dolor. Abigayle estaba rabiosa y muy, muy celosa de su propia hija. Habló con odio, con los dientes muy apretados, casi escupiendo las palabras, disfrutando viendo cómo el rostro de Win se retorcía de dolor con cada palabra que pronunciaba—. En la cama, después de una noche memorable. Él se quejaba de que su padre volvía a estar empeñado en casarlo. Lo había amenazado con retirarle su asignación como heredero del ducado, y se le ocurrió que sería una magnífica idea el casarse contigo. Conseguiría hacer feliz al duque, tendría independencia económica gracias a tu dote, y nuestro parentesco político haría que nos fuese mucho más fácil estar juntos.

—¡Basta! ¡Cállate! ¡Vete de aquí!

Win no quería seguir escuchando. No podía ser cierto. No quería que fuese cierto. ¿Con qué clase de hombre iba a casarse?

—¿De veras creías que languidecía de amor por ti? —estalló en carcajadas—. ¡No seas ridícula!

—¡No quiero seguir escuchando más mentiras! ¡Vete!

Señaló hacia la puerta y en un arrebatado de furia corrió hacia allí y la abrió.

—Pregúntale a él si no me crees. —Abigayle caminó hacia la puerta con dignidad, disfrutando con el dolor de su hija—. Un último consejo: más vale que seas obediente y olvides tu carácter terco y batallador, querida. Maximilian no es un calzonazos como tu padre, y sabrá ponerte en vereda como te tuerzas ni un poquito. Los St. John son muy orgullosos y poderosos, y pueden hacer lo que quieran sin temor a pagar las consecuencias. No serías la primera St. John díscola que va a parar al manicomio. Piénsalo bien antes de hacer cualquier tontería.

En el día de su boda, Win, en lugar de ser una novia feliz y radiante, parecía una condenada camino del patíbulo. Apenas sonrió, y cuando lo hizo, sus labios se torcieron en una mueca dolorosa.

Antes de llevarla al altar, Norbert, con el corazón destrozado al verla tan infeliz, volvió a preguntarle si estaba segura de aquello, asegurándole que si, a última hora, decidía no casarse con el marqués, él estaría de su lado y la apoyaría, mandando al infierno a toda la alta sociedad.

Pero Win sabía que no podía echarse atrás ahora. Su destino estaba echado y no tenía más remedio que aceptarlo y seguir adelante.

Durante la ceremonia, casi no pensó en Trevor, y las pocas veces en que lo hizo, fue para odiarlo rabiosa por cobarde, por haber huido sin querer escucharla, sin darle ni siquiera la oportunidad de contarle la verdad.

Si él hubiera sido valiente, si la hubiera querido de veras, le habría propuesto huir los dos juntos.

Odiaba darle la razón a Abigayle, pero sus palabras, aunque cargadas de odio y dichas con el solo objetivo de hacerle daño a ella, no dejaban de ser ciertas: si Trevor la hubiese amado de verdad, se habría quedado, la habría buscado, le habría pedido explicaciones y la habría escuchado. Y, sobre todo, la habría salvado de este matrimonio que se estaba llevando a cabo en aquel preciso momento.

La ceremonia pasó sin que ella se diese apenas cuenta. Pronunció sus votos de manera mecánica, y se sobresaltó cuando Maximilian le dio un casto beso en la mejilla al final, después de que el capellán los declarara oficialmente marido y mujer.

Salieron de la iglesia con pompa y boato. Max caminaba altivo a su lado, y

ella le seguía cogida del brazo, sin prestar atención a la concurrencia.

Se sentía un objeto, como una mercancía ofrecida en un bazar vendido al mejor postor.

Max la ayudó a subir al carruaje. Era un hombre galante que mantenía las formas siempre, incluso cuando ardía de rabia al ver la mirada de desolación de su esposa.

¡¿Cómo se atrevía?! Acababa de convertirse en marquesa de Collingwood, un honor por el que mataría cualquiera de las damas solteras presentes. Todas se mostraban contritas por el hecho de que él hubiese salido del mercado matrimonial.

Pero la mujer que había tenido la enorme suerte de ser la elegida, se comportaba como si la hubiesen condenado a la horca.

Una vez dentro del carruaje, libres de las miradas de todo el mundo, Max la besó. Fue un beso cargado de ira y posesividad, destinado a hacerle saber qué y quién era ella, y a quién pertenecía. Odió pensar que Win estaría pensando en Trevor, en el cobarde que la había abandonado.

La cogió por las mejillas y arrolló su boca sin piedad, poseyéndola con aquel beso, obligándola a aceptarlo.

Win no luchó, ni se resistió. Aceptó el ósculo como buena esposa, a pesar de que los labios ansiosos la repugnaban y de que la humedad de su lengua hurgando en la boca le daban náuseas.

Se sobresaltó cuando la mano de Max se apoderó de un pecho y lo manoseó, ávido de sentirlo bajo la palma.

—Qué ganas de que llegue esta noche, ¿verdad, palomita mía? —jadeó sobre sus labios—. Voy a enseñarte un mundo de placeres y delicias al que te volverás adicta. —Deslizó una mano por dentro del corpiño y le acarició un pezón. Win permaneció inmóvil, sin responder a sus caricias—. Ninguna mujer que haya pasado por mi cama ha salido decepcionada de mis artes amatorias.

—¿Mi madre está entre esas mujeres?

Molesto por la pregunta, Max retiró la mano que le acariciaba el pecho y la miró con el ceño fruncido.

—¿A qué viene esta pregunta?

—Mi madre me ha contado la verdad, que hace años que sois amantes, y que solo te has casado conmigo por el dinero y para poder estar más cerca de ella. ¿Es eso cierto?

—¡Por supuesto que no! —Maldita Abigayle, ¿por qué tenía que

entrometerse en su matrimonio?—. La condesa está muerta de celos, cariño mío —le contestó con voz melosa, repartiendo besos ligeros por el hermoso mentón—. Hace tiempo que quiere meterse en mi cama pero yo nunca la he querido allí. ¿Cómo voy a preferir a un vejestorio de cuarenta años a mi esposa, una joven dama, hermosa, dulce e inocente?

—Yo... yo ya no sé si creerte —gimió Win mientras Max la acercaba más a su cuerpo e intensificaba las caricias.

—Te lo juro por mi honor, palomita mía. Esa es la verdad.

—¿También me juras por tu honor que jamás me serás infiel? Sé que los maridos suelen tener amantes y...

Maxi la chistó con suavidad y se apoderó de nuevo de su boca para hacerla callar. La besó lánguidamente, pasado ya el furor y la rabia por su tristeza.

—Te lo juro, amada mía. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

Win, joven e inocente como él había dicho, a la que habían enseñado que, para un caballero, su palabra era siempre sagrada, lo creyó.

—Lo siento.

—No sé de dónde has sacado esa terrible idea.

Max se hizo el ofendido, como si aquellas palabras lo hubieran insultado.

—No sé... yo... Lo siento mucho. ¿Puedes perdonarme?

—Quizá —contestó él con un brillo travieso en los ojos—, pero vas a tener que darme una prenda.

—¿Una prenda?

—Sí, un beso.

—¿Solo un beso?

—Un beso muy especial en un lugar especial.

El brillo de inocencia y curiosidad en los ojos de Win lo excitó todavía más de lo que ya lo estaba.

—¿Qué lugar?

Max llevó la mano inocente de Win hacia su entrepierna, donde la polla palpitaba, hinchada y deseosa de recibir atención.

—Un beso ahí.

Win intentó retirar la mano, completamente escandalizada, y lo miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa, con el rostro ruborizado.

—¿Ahí? ¡No! ¡Una dama no hace eso!

—Sí que lo hacen, y tú puedes hacerlo —le susurró, cariñoso, tentándola a lo prohibido—. ¿O es que me he casado con una cobarde?

—Pero... pero...

No podía. Aquello no estaba bien. Una dama no besaba a un caballero en su partes íntimas. ¡Eso era indecente!

—No debes tener miedo, es solo un beso...

—Pero es indecente —dijo con voz estrangulada.

—Eres mi esposa, paloma mía, y cualquier cosa que un hombre le pida a su esposa, jamás es indecente. Me has prometido obediencia, ¿no es cierto?

Su voz, melosa, no ordenaba ni exigía. Convencía, incitaba, provocaba, seducía.

Win no pudo resistirlo. El cúmulo de emociones que había acumulado durante los últimos días, la habían dejado en un estado en el que difícilmente podía resistirse a un hombre tan encantador como embaucador. Ruborizada hasta la punta de los pies, se agachó muerta de vergüenza y le dio un beso rápido al enorme bulto que hinchaba los pantalones de Maximilian.

Cuando intentó volver a incorporarse, la mano del marqués se lo impidió.

—Todavía no —le susurró, acariciándole el pelo—. Si quieres que te perdone tu desconfianza, debes darme ahí unos cuantos besos más, hasta que yo te diga que puedes parar.

Win sintió curiosidad. Jamás se había imaginado que aquella parte de la anatomía de un hombre podía crecer cuando recibía atenciones femeninas. Deslizó los labios para besarlos varias veces, y con la mano curiosa empezó a acariciarlo, sintiéndose extrañamente poderosa. ¿Ella estaba haciendo que Max gimiera de placer? ¿Que suspirara de gozo? ¿Que disfrutara con unas simples caricias y besos?

—Qué lista e inteligente es mi mujercita —gimió Maximilian, dichoso porque la curiosidad de su esposa le estaba proporcionando un maravilloso momento de placer—. Oh, sí, qué bueno... ¿Y si desabrochas las calzas, palomita mía? Necesito sentir tus labios sobre mi piel.

—Pero... estamos en un carruaje —intentó protestar ella—. Y pronto llegaremos...

—Falta media hora para llegar a casa, cielo mío, hay tiempo de sobra para unos cuantos besos —la sedujo con voz suave—, y un hombre tiene sus necesidades. Por favor, paloma, dame lo que necesito.

Win se dejó convencer. Quizá aquello no estaba bien. Quizá no era el hombre que amaba. Quizá hasta hacía unos instantes lo aborrecía. Pero Max se estaba mostrando paciente y cariñoso con ella, y era su esposo, el hombre con el que iba a compartir el resto de su vida.

—Está bien —susurró.

—Así me gusta, cariño mío.

Las manos inexpertas de Win desabrocharon el cierre de las calzas. El miembro saltó libre de restricción. Era largo y delgado, con un tono amarotado. Lo cogió con la mano y se sorprendió al sentirlo tan duro y suave al mismo tiempo. Lo lamió desde la base hasta la punta, y Max dejó ir un largo gemido de placer.

Animada por la reacción de él, Win sonrió. Aquello no estaba tan mal. Besó la punta y sintió una extraña satisfacción cuando él susurró lo bueno que era aquello que le estaba haciendo, lo feliz que se sentía.

—Métetelo en la boca, cielo.

—¿En la boca?

—Sí, por favor...

Verlo fuera de sí, atrapado por el placer, con la voz temblorosa, hizo que se sintiera engañosamente poderosa. Creyó que así lo haría feliz, y soñó con que quizá podrían tener una posibilidad de tener un matrimonio dichosos a pesar de que ella no lo amaba.

Win engulló el miembro poco a poco. Max le apoyó la mano en la nuca y le fue dando indicaciones entre suspiros, gemidos y temblores. Ella obedeció, sumisa y servicial, con la esperanza de forjar una unión que no la llevase a la más absoluta miseria.

Le acarició los testículos; chupó el eje con ansia, jugueteando con la lengua; se tragó la polla hasta el fondo de la garganta, obviando su incomodidad. Hizo todo lo que él le pidió hasta que, en un estallido de placer, Max se corrió en su boca, salpicándole el vestido y sus propias calzas.

—Debes tragártelo todo —le dijo con los ojos brillantes, empujándole suavemente la mandíbula para impedir que lo escupiera—. Es así como hacen todas las buenas esposas.

Win accedió y tragó, a pesar del sabor ácido y desagradable. Lo hizo porque él se lo pidió, porque no quería iniciar su matrimonio haciendo infeliz a su esposo, y porque si era su obligación como esposa, no quería fallarle y decepcionarlo.

—Me has hecho muy feliz, esposa mía —le dijo mirándola satisfecho. Le pasó un brazo por los hombros y la arrimó contra su costado, haciendo que su linda cabecita descansara en el hombro masculino—. Eres maravillosa, y va a ser muy fácil mantener mi promesa de serte fiel. ¿Qué hombre en su sano juicio se buscaría una amante si tiene una esposa como tú en su cama? Una

esposa cariñosa y obediente que le da todo lo que necesita. Ya verás lo bien que nos lo pasaremos. Estoy contando las horas para que llegue la noche y poder iniciarte en el mundo del placer carnal.

Capítulo siete

Llegaron a la casa ducal y, contra toda ceremonia, entraron y subieron las escaleras sin detenerse en el vestíbulo.

Win debería haber sido presentada formalmente al servicio allí reunido que estaba esperándoles, pero, ¿como iba a entretenerse con la evidencia en forma de mancha que tenía en el vestido? Se moriría de vergüenza. Tenía que llegar rápidamente a su dormitorio y cambiarse, antes de que llegaran los invitados al almuerzo con el que celebrarían la ceremonia.

Max, haciendo gala de su altanería, emplazó a los criados a volver a sus responsabilidades y obligaciones utilizando solo dos palabras. El mayordomo, acostumbrado al despotismo del marqués, ni siquiera se sorprendió.

—Estos son tus aposentos, señora marquesa —le indicó Maximilian haciendo una exagerada reverencia llena de florituras que hizo reír a Win.

Le abrió la puerta y entró tras ella. Se apoyó en la puerta y no dejó de mirarla durante los minutos que ella dedicó a observar el dormitorio: las cortinas de terciopelo gris, las paredes empapeladas, el diván ante el ventanal que daba a una pequeña terraza privada, la gran cama...

—Es todo muy bonito —dijo con reticencia.

—Si no te gusta, puedes cambiar lo que quieras. Tienes mi permiso.

—¿Y a su excelencia no le molestará?

—¿Al duque? ¿No lo has visto? Está que no cabe en sí de gozo porque por fin parece que estoy volviendo la redil. Te dará todo lo que le pidas, paloma mía.

—¿Y tu dormitorio? ¿Está muy lejos de aquí?

—En absoluto. —Sonrió con picardía mientras se acercaba a ella y la abrazaba por detrás—. Está aquí mismo. De hecho, estás en él.

—¿Vamos a compartir alcoba? —preguntó ella, sorprendida. Sus padres jamás habían dormido en la misma cama, por lo que no había ni podido imaginar que eso era posible.

—Por supuesto. No pienso dormir lejos de mi palomita.

—¿No será... incómodo? Cuando nos tengamos que vestir y... —El rubor le cubrió las mejillas cuando pensó que se vería obligada a vestirse y desvestirse con él presente.

—...y desvestir —terminó la frase por ella—, será una delicia estar presente y poder disfrutar de unas vistas absolutamente privadas de la mujer

más hermosa de Inglaterra.

Le dio un beso en el cuello, allí donde el pulso palpitaba, y deslizó la lengua dejando un camino húmedo hasta la oreja.

—Pero eso no es decente —susurró ella.

—¿Decente? Tienes razón —replicó susurrando divertido—, será extremadamente indecente.

—Maximilian, por favor... —Max deslizó una de las manos por la cintura, subiendo por el vientre, hasta posarlo sobre uno de los deliciosos pechos que estaban escondidos bajo el vestido—. He de llamar a Rose... Tengo que cambiarme de ropa...

—Yo te ayudaré, preciosa mía —le susurró mientras empezaba a desabrochar la interminable hilera de botones de nácar que cerraba el corpiño en la espalda.

—Pero... no puede ser, esto no está bien...

—En este dormitorio, cualquier cosa que yo desee, es posible, cielo mío.

Le quitó el corpiño y desabrochó la cintura para poder quitarle el vestido. Se afanó con las cuerdas del corsé y lo tiró al suelo, Aprovechó para acariciarle la piel a medida que iba quedando al descubierto, dejando besos húmedos y lascivos sobre ella, desenvolviéndola como si de un regalo se tratara.

—Qué hermosa y deseable eres... —susurró con reverencia llevándola suavemente hacia el espejo del tocador. Tiró de la camisola hasta dejar los pechos al descubierto, y los cubrió con las manos, mirándola a través del espejo, acariciándoselos—. No cierres los ojos, Winnifred, ni sientas vergüenza por lo que ves. Mírate.

Win abrió los ojos y lo que vio hizo que se ruborizara de pies a cabeza. Estaba completamente desnuda, con Max detrás, pegado a su cuerpo, que la miraba con ojos de lobunos, como si quisiera comérsela, intensos y brillantes por el deseo.

—Oh, Max... —gimió, porque su mirada y sus constantes caricias estaban reavivando en ella una necesidad que no comprendía y que se había iniciado en el carruaje—. ¿Qué estás haciendo?

—Darte placer, pequeña mía. Voy a darte lo que te debo por el placer que me has proporcionado durante nuestro corto viaje.

—Pero... siento... algo...

—Por supuesto, cariño mío, por supuesto...

Una de sus manos abandonó el pecho que estaba acariciando y se deslizó

lánguidamente por el vientre hasta el pubis descubierto. Empezó a acariciarla allí, entre las piernas, y Win sintió que sus piernas se doblaban y dejaban de sostenerla.

—¡Oh! —exclamó asustada cuando se vio tan débil.

—Tienes el vello suave como la seda...

Introdujo el dedo entre los pliegues y se deleitó con la humedad que encontró. Win se estaba excitando, lo que hinchó su vanidad masculina. A pesar de que no lo amaba, se estaba entregando a él y disfrutando con las caricias.

Sonrió, ufano. Pronto la tendría donde quería, totalmente entregada y el palurdo de Trevor Sugdon pasaría a ser historia.

—¿Te gusta, cariño mío?

—Oh, sí, mucho...

—¿Quieres más?

—Por favor... Siento... siento que me falta algo...

Win estaba aturdida y desconcertada. No comprendía cómo podía sentirse así, cómo podía desear que Max la acariciara tan íntimamente, si no lo amaba. Pero el deseo fue traicionero, y le hizo olvidar el amor para sustituirlo por la pura lujuria.

Al fin y al cabo, Max era su esposo.

—Lo que te falta, pronto llegará.

La mano que tenía sobre el pecho arreció sus caricias, las volvió más osadas y agresivas. Le pellizcó el pezón y la hizo gritar, pero no de dolor, sino de gozo. La mano entre la pierna encontró el camino de entrada y le introdujo un dedo en el coño, simulando el coito con él.

—Qué coñito tan delicioso —gimió Max detrás de ella sin dejar de acariciarla—. Me muero por estar dentro, por follarte, por chupar tu húmeda entrada y follarte con la lengua. Te gustará tanto, que gritarás y me suplicarás por más.

Los gemidos de Win eran cada vez más fuertes. Abandonada y sin fuerzas, Max la sostuvo con un brazo para que no cayera al suelo.

—Qué lástima —siguió—, que debamos parar porque están a punto de llegar los invitados.

—¡¡No!! —gritó ella presa de la desesperación. No podían dejarlo así. Ella... ella... necesitaba algo que todavía no había conseguido.

—¿No quieres que pare?

—¡No! ¡No pares!

—Suplícamelo.

—Por favor...

—Más.

—Te lo ruego...

—Has de ser más convincente, palomita mía, o voy a parar ahora mismo.

—¡¡No!! ¡¡Te lo ruego, por favor, no pares, te lo suplico!!

Win estaba al borde del llanto, desesperada por alcanzar algo que no sabía qué era pero que necesitaba para sobrevivir.

—Me gusta cómo me pides las cosas, cariño mío —le susurró al oído, exultante porque había conseguido lo que quería. Ella estaba fuera de sí, excitada hasta el punto en que había perdido la capacidad de razonar. No pensaba, ni recordaba; solo sentía, y lo único que sentía era lo que él le estaba haciendo.

El punto preciso al que quería llevarla.

—¿Te estoy haciendo feliz, paloma mía? —le preguntó intensificando las caricias.

—¡¡Sí!!

La cogió en brazos porque las piernas eran incapaces de sostenerla y la llevó hasta la cama. La depositó allí y se tumbó encima de ella, todavía completamente vestido. Introdujo un pezón en la boca y lo chupó con ansiedad, mordisqueándolo con pasión, haciendo que la cabeza de Win se agitara de un lado a otro, que sus gemidos se intensificaran, que las súplicas le salieran roncadas.

Maximilian desabotonó su bragueta y sacó el miembro, hinchado y palpitante. No podía esperar más. Estaba desesperado por hacerla suya, por poseerla al fin, por gozar dentro de aquel coño delicioso y virginal.

No pensó en ella. En su delirio pasional, se olvidó de que era virgen, de que debería ir con cuidado para no hacerle daño, de la barrera que tendría que romper antes de conseguir el ansiado premio.

La penetró de un solo golpe. Win se quedó rígida y emitió un quejido de dolor. Le clavó las uñas en los hombros y reprimió el impulso de empujarle para que se apartara de ella.

—Relájate —susurró él, moviéndose encima de ella. El roce de la polla dentro del coño le producía dolor. La excitación sexual se había evaporado, siendo sustituida por el dolor y los remordimientos—. Pronto pasará el dolor, cielo mío. Solo déjate ir.

Win no podía, ya no. En su mente, había traicionado a Trevor al disfrutar

con las caricias íntimas de Max, sin importarle a su conciencia que fuese su esposo ante los ojos de Dios.

Max empujaba, follándola con desespero, apoderándose de su boca para saquearla, aferrándose a las nalgas femeninas para acercarlas todavía más a su febril pelvis hasta que se corrió con violencia, llenándola con su semilla, dejando ir un largo gemido de satisfacción.

Se quedó quieto sobre ella, recuperando el resuello durante un par de minutos, sin ser consciente de que de los ojos de su esposa se deslizaba una lágrima solitaria que se perdió entre las sábanas.

—Lo siento, palomita —le dijo al incorporarse, pero eran palabras vanas porque no lo sentía en absoluto—. Me he dejado llevar por la pasión que me provocas y no he tenido cuidado con tu virginidad. La próxima vez será mucho mejor, ya lo verás. Ahora, deberías lavarte y vestirte; nuestros invitados estarán esperando.

Pulsó el tirador para llamar a la doncella y abandonó la alcoba para ir a su propio vestidor, dejándola sola y dolorida, sin preocuparse de su bienestar.

Iba satisfecho y feliz. Al final, la tonta modosa había resultado ser una tonta viciosa que se había entregado al placer con alegría e ímpetu, y estaba seguro de que iba a pasarlo en grande enseñándole todo lo que él había aprendido a lo largo de sus muchos años de devaneos amorosos.

«La convertiré en una adicta a mí, me convertiré en el centro de su mundo y se olvidará de una vez por todas del tonto del que cree estar enamorada».

Media hora más tarde, Maximilian bajó a la fiesta sin esperar a que Win estuviera lista. Quería encontrarse a solas con Abigayle para darle las gracias por entregarle tan alegremente a su hija. La había manipulado hasta que la condesa había hecho lo que él había querido, y le debía, por lo menos, su agradecimiento.

Ahora que ya tenía la dote, y una esposa joven y pura que doblegaría y modelaría a su voluntad y deseo, ya no la necesitaba para nada. ¿Para qué querría acostarse con una mujer como aquella? Sí, al principio de su relación había sido divertido ver cómo ella se esmeraba en satisfacer todos y cada uno de sus caprichos. La había sangrado económicamente todo lo que había podido, y también se había divertido mucho con ella, humillándola y obligándole a hacer cosas que ni una prostituta sería capaz. Pero la obsesión que Abigayle tenía con él, la fascinación que él despertaba en ella, junto a los

ataques de celos y la incesante demanda de atención, ya lo habían hartado.

Tenía a la hija, ¿para qué querría a la madre?

Saludó y aceptó las felicitaciones de todos los allí congregados con los que se cruzó. Al ver a Abigayle, de pie muy rígida al lado de su esposo, le hizo una seña disimulada con la mano para que lo siguiera y abandonó el abarrotado salón para dirigirse a la misma salita en la que se había fraguado su matrimonio.

Abigayle lo siguió presa del tormento. Habían pasado dos meses desde la última vez que había sentido las manos de aquel hombre recorrerle el cuerpo, y ansiaba desesperadamente entregarse a él, aunque fuese en un encuentro rápido en un rincón oscuro.

Al entrar, se echó en sus brazos, buscando con avidez la masculina boca, gimiendo de anticipación por lo que ella creía estaba por venir.

—Me has tenido abandonada —le dijo con voz temblorosa mientras le acariciaba el pecho por encima del chaleco. Desabrochó unos de los botones pero las manos de Max la detuvieron,

—No te he hecho venir para esto —le dijo con frialdad.

Abigayle apartó el rostro unos centímetros para poder mirarle a la cara. Sus ojos estaban fríos y la miraba con desprecio.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo nuestro se ha acabado. Búscate a otro amante.

—¡No! —siseó con furia, golpeándole el pecho con las mismas manos que lo acariciaban con devoción hacía un segundo—. ¡No puedes hacerme esto! ¡No, después de entregarte a mi propia hija!

—¿Y qué creías que ibas a conseguir cuando le confesaste que éramos amantes? ¿Que yo saltara de alegría?

—Winnifred tenía que saber la verdad para no llevarse una desilusión. Tenía que saber que eres mío, que me perteneces, que nunca serás suyo.

—Estás loca. —Se apartó de ella y se sirvió una copa con el decantador—. Querías arruinar mi matrimonio por culpa de unos celos absurdos, y lo que has conseguido es todo lo contrario. Por suerte, Winnifred es una muchacha muy crédula y confía en mí completamente.

—¿Y de qué te servirá la confianza cuando no sepa satisfacerte en la cama?

Abigayle hervía de rabia. Hablaba en siseos, consciente de que no podía ponerse a gritar con la casa llena de invitados que serían testigos de su humillación.

—Ya me encargaré de enseñarle, no te preocupes. —Dejó ir una risa divertida al ver la desesperación de su antigua amante. Se estaba divirtiendo de lo lindo haciéndola sufrir—. ¿De veras creías que, teniendo en mi cama a una versión mucho más joven e inocente de ti misma, iba a conformarme contigo? Win te superará con creces, querida mía. Está deseosa de aprender todo lo que yo pueda enseñarle. Ya me ha dado dos pruebas evidentes de ello. —Abigayle, hecha una furia, se abalanzó sobre él para arañarle la cara. Max la frenó de un bofetón y la tiró al suelo. Se agachó, enfurecido, la agarró del pelo y tiró de él para decirle al oído—: tendrías que haberla visto chupándome la polla en el carruaje, de camino hacia aquí. O cómo se ha abierto de piernas en cuanto hemos cruzado la puerta del dormitorio, deseosa de que la desvirgara. —Le dirigió una sonrisa satisfecha, dedicada solamente a mortificarla y causarle dolor—. Y tú, será mejor que te estés calladita si no quieres que te arruine del todo, zorra. Disfruta de tenerme por yerno y de las puertas que se te abrirán por estar emparentada con los St. John; pero, nunca, jamás, vuelvas a intentar arruinar mi matrimonio o te hundiré en la miseria más absoluta y degradante. Sabes muy bien que una sola palabra de mi madre, y la alta sociedad te considerará una paria y te dará la espalda. ¿Te ha quedado claro?

La empujó y salió de allí a grandes zancadas, satisfecho consigo mismo. Por fin se había quitado de encima y de su cama a aquella tonta ambiciosa que ya lo tenía aburrido, y ahora podría dedicarle todo su tiempo a su deliciosa esposa.

Hasta que también se aburriera de ella.

«Bueno, cuando eso pase, ya veré qué hacer».

Minutos más tarde, Norbert Sterling, el padre de Winnifred, se le acercó con su sonrisa confiada iluminándole el rostro. Le palmeó la espalda con cariño y se congratuló en voz alta por que tener a un yerno como él era una verdadera suerte.

La gente a su alrededor asintió complacida, dándole la razón, sin ser conscientes del brillo de desagrado que había en los ojos del conde.

—Ten mucho cuidado con lo que haces con mi hija, marqués —le susurró sin perder la sonrisa ni un segundo.

—¿Perdón?

Max giró el rostro hacia él, sorprendido por el tono acerado de su voz.

—Si tengo la más mínima sospecha de que la haces infeliz, o algún daño,

te mataré sin importarme las consecuencias. Por tu propio bien, te aconsejo que te conviertas en un marido ejemplar. ¿Te ha quedado claro?

Max palideció. En el brillo afilado de los ojos del conde, vio que no era una amenaza vana. Aquel hombre lo mataría si creía que no era un buen marido para su hija.

—Amo a su hija, milord —contestó poniendo en su voz toda la convicción de la que era capaz, con un tono ofendido que convencería a cualquiera.

Pero no a Norbert. El conde sabía demasiado bien qué clase de hombre era su yerno.

—Recuerda lo que te he dicho.

Se alejó de él sin perder la sonrisa, y Max entrecerró los ojos, furioso.

¿Cómo se atrevía a amenazarle? ¿A él? ¿Al marqués de Collingwood, futuro duque de Broswich?

Pero la amenaza en sí no le preocupó demasiado porque estaba convencido de que, en poco tiempo, Winnifred dependería emocionalmente tanto de él que en lo único que podría pensar sería en hacerlo feliz.

«Ya me ocuparé yo de que tu hija acabe aborreciéndote, querido conde», se juró.

El almuerzo terminó. Todos los invitados fueron desfilando por el vestíbulo para marcharse a su casa. Norbert, cansado y deseando poner punto y final a aquella pantomima, buscó a Abigayle para marcharse a casa.

La condesa, todavía aturdida por la manera en que Maximilian la había tratado, no opuso resistencia y subió al carruaje, seguida por el conde, que dio la orden al cochero de ponerse en marcha hacia Stratton Manor.

—¿Qué? —preguntó Abigayle, saliendo de su estupor—. ¡Yo no pienso irme al campo! La Temporada todavía no ha terminado y no pienso abandonar Londres.

—Se me acabó la paciencia, Abigayle. He soportado tus desplantes, tus insultos, tus humillaciones; incluso tus infidelidades, sin decir nunca nada. — Abigayle abrió mucho los ojos al oír la voz tensa de su marido, en la que había una violencia implícita que la asustó—. Sí, sé hace tiempo que tienes un amante, aunque no supe que era el marqués hasta que fue demasiado tarde para cancelar la boda sin que Win saliera perjudicada. Por eso he permitido este enlace. Pero tú, que eres la culpable de todo este embrollo, que has manipulado a todo el mundo para lograr tu ambicioso objetivo, no vas a disfrutarlo.

—¿Qué te has creído? —preguntó la condesa, girándose hacia él, no reconociendo al hombre que le estaba hablando con palabras iracundas cargadas de rencor—. ¿Crees que te tengo miedo?

Norbert le sonrió, y aquella sonrisa fría y sin alma casi la asustó. Casi. Llevaba demasiado tiempo pensando que la bondad de Norbert era falta de carácter o decisión, que estaba casada con un cobarde.

—No te preocupes, ya me lo tendrás.

—¿Es que acaso ahora vas a empezar a pegarme? —se burló, sabiendo que jamás se atrevería a hacer algo así.

—No me hará falta ponerte una mano encima para castigarte por lo que has hecho, querida esposa —contestó con sarcasmo—. Me basta cancelar todas tus cuentas y dejar de pagar todas y cada una de tus facturas. Se acabaron las visitas a Londres, los vestidos caros, las joyas, y las fiestas. Se acabó venir a Londres durante la Temporada. Stratton House permanecerá cerrada indefinidamente a no ser que yo deba venir a Londres para algo concreto. Y se acabó tu asignación mensual para caprichos. Incluso no vas a tocar un céntimo del presupuesto dedicado al mantenimiento doméstico, ni sus libros de cuentas. Mi administrador ya está informado al respecto y ha sido debidamente avisado de que, si cede a tus súplicas o amenazas, será despedido sin referencias, así que será inútil que vayas a atormentar al pobre hombre. No vas a volver a ver ni un solo penique, querida esposa. Nunca más. Voy a enterrarte en Stratton Manor para el resto de tu vida.

—Si haces eso, te abandonaré. Provocaré un escándalo que te dejará en ridículo.

—¿Crees que esa amenaza me va a detener? Adelante. Vete —se burló—. ¿Quieres que ordene al cochero que se detenga? Puedes bajarte aquí mismo y empezar tu carrera como prostituta, o como mendiga, porque te quedarás con nada mientras yo sigo mi vida tan ricamente, en mi casa, bajo el techo de mi enorme mansión, y con mi abultada fortuna. ¡Seguro que cualquiera de tus admiradores se precipitará para convertirme en su mantenida! Puede que incluso algunos de ellos se peleen para conseguir tal honor. —La miró con frialdad, esperando su reacción ante sus palabras. Abigail lo miraba con el rostro muy pálido, viendo por primera vez con qué clase de hombre se había casado—. ¿Qué? ¿No dices nada? Entonces, ¿te quedas aquí o seguimos viaje hacia Stratton Manor? —El silencio más absoluto llegó como respuesta—. Eso pensaba.

Capítulo ocho.

La India, año 1830.

Trevor estaba tumbado en la cama, desnudo, mientras leía la carta de Paul.

Las ventanas del dormitorio estaban abiertas y dejaban pasar una ligera brisa, húmeda y bochornosa, que sacudía las cortinas y la mosquitera que rodeaba la cama.

Desde que había llegado a la India hacía ya cinco largos años, cada mes recibía una carta de su hermano en la que le mantenía informado de las noticias que hacían referencia a su casa y sus vecinos. Le hablaba de la familia, de las bodas, los nacimientos y las muertes de toda la gente con la que había crecido; de las cosechas, los arrendatarios, de los estropicios de las tormentas y la nieve en invierno, y de las reparaciones que se llevaban a cabo.

Trevor creía que lo hacía para que no dejara de tener presente todo lo que había dejado atrás, para crearle añoranza y, de alguna manera, impulsarlo a volver a casa.

Pero aquella carta era diferente. Paul le hablaba en ella de la muerte del conde de Stratton, de lo repentino que había sido el ataque al corazón que se lo había llevado y de lo desolados que estaban todos. Norbert Sterling había sido un buen hombre, apreciado por todos sus vecinos por su amabilidad y su buen talante.

También le hablaba de Winnifred.

Nunca la había mencionado antes en sus cartas, pero en aquella sí lo hizo. La marquesa de Collingwood había ido al entierro de su padre llevando a su hija, y estaba embarazada por segunda vez.

La rabia lo sacudió. Arrugó la carta y la tiró al suelo y se quedó mirando al techo.

Pensar en Win todavía le dolía. Mucho. A pesar de todo lo que había hecho para lograr olvidarla, no lo había conseguido.

Pensó en que quizá debería enviarle una carta de condolencias. Sería lo propio, pero desechó la idea con rapidez. ¿Qué iba a decirle? No se veía capaz de escribir una nota fría y desapasionada. El odio que sentía acabaría desbordándose y le diría algo inapropiado, y no deseaba que ella supiera de

sus desesperación, de que, a pesar de los años transcurridos, todavía seguía muy presente en su corazón.

Una mano de dedos delgados y uñas largas y coloridas, se deslizó por su pecho y se enredó en el vello.

Indira, su amante, acababa de despertarse y lo miraba con ojos codiciosos.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó con voz somnolienta—. Pareces enfadado.

Trevor miró a aquella belleza india que se mostraba desnuda y desinhibida, tumbada a su lado. Tenía la piel morena, el pelo largo y lacio tan negro como una noche eterna, y los ojos oscuros. Los pezones, tostados, se mostraban desafiantes, provocándolo a besarlos, chuparlos y lamerlos.

La señora Ranjib, esposa de uno de los médicos que trabajaban con él en la clínica.

«Me he vuelto un cínico», pensó al darse cuenta de que no sentía ni un poco de remordimiento por acostarse con aquella mujer.

—Estoy enfadado porque yo tengo ganas de follar y tú estabas dormida —le contestó, echándose sobre ella de improviso, aplastándola con el peso de su cuerpo.

—Como si eso te hubiera detenido antes —contestó con una carcajada al sentir cómo su polla crecía al rozarse contra ella.

—Pero, a veces, en contra de lo que piensas, me gusta que mi amante se muestre activa mientras realizamos el coito —bromeó él.

Indira lo atrapó con las piernas, rodeándole la cintura con ellas, y empujó la pelvis hacia él.

—¿Activa, como así? —lo provocó con una sonrisa lasciva.

—Algo así.

La besó con agresividad. Pensar en Win lo había enfurecido, y necesitaba sacar la rabia que todavía tenía en su interior. Le mordió el labio a su amante, la volvió a besar con violencia, chocando los dientes, penetrándola con la lengua mientras su polla hacía lo propio en el coño húmedo y bien dispuesto de Indira.

Ella gritó, de placer y de dolor al mismo tiempo, mientras lo acompañaba en las furiosas embestidas, apretándole los glúteos con las manos, clavándole allí las largas uñas pintadas de colores.

Trevor le cogió el pelo y tiró hacia atrás, para obligarla a mostrarle el cuello desnudo. Le mordió allí donde el corazón palpita, lamiendo después la marca rojiza que le había dejado mientras ella gemía de placer.

Trazó un camino húmedo de besos y saliva hasta uno de los pezones oscuros. Lo mordisqueó con placer haciendo que la punta se pusiera dura como un clavo. Indira arqueó la espalda, ofreciéndose más a él, necesitando más, más duro, más rápido, más duro.

—Me fascina cuando te pones en plan tan zorrón, Indira —le susurró al oído, mordisqueándole el lóbulo—. ¿Lo heces así también con tu marido?

Indira se tensó y lo empujó para apartarlo y mirarlo con enfado.

—¿Por qué me hablas de él ahora?

—Porque me apetece.

Sonrió, ladino, y la volvió a besar de manera muy ruda, reiniciando los envites. Sus pelvis chocaban con desespero, y los gemidos volvieron a llenar el silencio del dormitorio hasta que los gritos de ambos en pleno éxtasis los sustituyeron.

Cuando terminó de vaciarse en su interior, Trevor se levantó y paseó desnudo por la habitación. Recogió la carta del suelo y la tiró a la papelera.

No, no le enviaría una carta de condolencias a Win. Al único que apreciaba de veras era al conde, y a él de poco iban a servirle sus palabras lamentando su muerte.

—Vuelve a la cama —le susurró Indira, removiéndose remolona sobre la cama.

—No. Será mejor que te vayas.

—¿Me estás echando de tu cama?

—Sí, quiero estar solo.

Indira se incorporó y lo miró ceñuda.

—¿Qué noticias has recibido que te tienen de tan mal humor?

—Nada que a ti te interese. ¿Tú marido no te estará esperando en casa? —contestó con un gruñido.

El muchacho amable y educado hacía tiempo que había desaparecido para ser sustituido por este hombre de veinticinco años, huraño, poco hablador y bastante gruñón y mal educado, al que poco le importaban los sentimientos de los demás.

—Mi marido estará muy ocupado en la clínica, atendiendo a sus enfermos —contestó ella con desdén.

—El doctor Ranjib hace un estupendo trabajo y no deberías menospreciarle.

—No le menosprecio en absoluto —se defendió Indira—. Solo me molesta que sus enfermos sean más importantes para él que yo.

—Ya. Por eso estás aquí, conmigo, en lugar de estar en tu casa esperando su regreso.

—Estoy cansada de tener que estar esperándole siempre. Si me hiciera el suficiente caso, no habría tenido la necesidad de buscarme un amante.

Indira se levantó y caminó hacia él contoneando las caderas, provocándolo descaradamente. Se arrodilló ante él y alzó el rostro para poder mirarlo, sonriendo con lujuria.

—¿Qué te gustaría que te hiciera? —le preguntó con un susurro sensual.

—Ya te lo he dicho, que te vayas.

Indira no se dio por aludida y le puso las manos en las caderas desnudas. Acercó el rostro a la polla que se estaba despertando y la acarició deslizando su mejilla a lo largo del eje.

Trevor la agarró del pelo y tiró de él para apartarla.

—Eres una puta desvergonzada —le dijo sonriendo, muy complacido con su amante.

—Y por eso te gusto tanto —contestó ella con los ojos brillantes por el deseo.

Trevor rodeó su polla con la mano, agarrándola por la base. Ya estaba bastante dura y levantada. Indira se relamió los labios y abrió la boca, esperando que él se la introdujera.

Lo hizo sin dudarlo. Enterró la polla en su boca casi hasta el fondo, dejando ir un gruñido de satisfacción cuando la lengua de ella, inquieta y traviesa, empezó a lamer el miembro que iba hinchándose por momentos. Tenía los ojos cerrados y en su rostro había señales inequívocas de su gozo.

Sí, a Indira le gustaba que la tratara así. La excitaba su agresividad en la cama, su falta de delicadeza o ternura, y su despotismo intransigente cuando la follaba.

—Sí, así, lo haces muy bien, casi tan bien como una puta profesional.

También le gustaban las palabras sucias. La excitaban tanto con unas buenas nalgadas en el trasero.

Pensar en su hermoso y perfecto culo lo excitó a él.

Quizá era el momento adecuado.

Tiró de su pelo para apartarla de él. Indira dejó ir un gruñido frustrado y lo miró, ceñuda. No le había gustado que le quitara de la boca su juguete.

—Es hora de otros juegos más intensos —le dijo, y su mirada brilló de anticipación—. Eres una mujer muy mala.

—Sí, lo soy, doctor Sugdon —contestó ella todavía de rodillas. Trevor

había enredado su melena azabache entre sus dedos y tiró de él para obligarla a levantarse.

Era una mujer bastante menuda y a duras penas le llegaba a los hombros.

—Voy a tener que castigarte para que aprendas a tener el debido respeto por tu marido.

—Sí, doctor. Lo que usted me ordene.

Aquel juego de posesión los encendía a los dos. Indira siempre se estaba quejando de la poca atención que recibía por parte de su marido, pero es que no todos los hombres estaban preparados para lidiar con una mujer como ella y Ranjib era demasiado apocado y educado como para conseguirlo.

—Ofréceme tu culo, descarada.

Indira sonrió cuando lo vio coger el cinturón y enrollarlo en la mano derecha. Corrió hacia la cama, posó la cabeza sobre el colchón y, con los pies bien firmes en el suelo y las piernas separadas, le ofreció su jugoso y apetecible trasero.

—¿Así está bien, doctor?

Trevor se acercó a ella y pasó la mano libre sobre las nalgas, acariciándolas.

—Está perfecto, Indira.

Dio un paso atrás y lanzó un golpe con el cinturón. El cuero chasqueó cuando chocó contra la sensible piel. Indira gimió, más de placer que de dolor. Le dio tres golpes más, los suficientes como para enrojecer su piel morena y convertir su coño en un volcán a punto de derramar la lava.

—Tienes un culo precioso —susurró Trevor, soltando el cinturón y acariciándose con ambas manos, recorriendo con los dedos las marchas que había dejado en él—. Me fascina el tono de tu piel después de un buen castigo. Y no tienes ni idea de cuánto me excitan tus gemidos... ¿o sí? Sí, creo que sí, y por eso los exageras, ¿no es cierto?

—No, doctor —jadeó ella, moviendo el culo para provocarlo y que la penetrase. Trevor la rozaba con la polla y la estaba volviendo loca.

—¿Es esto lo que quieres? —le preguntó con sorna, poniendo la punta en la entrada.

—¡Sí, doctor!

—¿Y cómo te he enseñado que has de pedir las cosas?

—¡Por favor! ¡Por favor, doctor, lo necesito! ¡Se lo suplico!

Trevor la penetró de una embestida, enterrándose hasta la base. Mientras empujaba rítmicamente, le acarició y le pellizcó los pezones, y le dio varias

nalgadas con la mano abierta sobre el ya dolorido trasero.

Indira gritaba de placer mientras su cuerpo se sacudía al mismo ritmo de las embestidas. Suplicaba más, casi llorando, desesperada.

Las piernas le fallaron y cayó sobre la cama. Trevor se precipitó sobre ella sin dejar de empujar ni un solo segundo. Con la boca en el oído, empezó a susurrarle obscenidades de todo lo que quería hacerle algún día, siendo muy explícito, hasta que ambos se corrieron.

Trevor se apartó, disgustado consigo mismo.

Con cada palabra que había pronunciado, no era la imagen de Indira la que veía, sino la de Win. Win atada, amordazada, desnuda, expuesta y sometida, rogándole que la hiciera suya. Win, con su hermosa melena rubia esparcida sobre la cama, mirándolo con sus hermosos ojos verdes, ofreciéndole su pechos blancos como el nácar y suplicándole que la follara.

Maldita fuese.

Maldita mil veces.

Inglaterra, año 1830.

A Maximilian se lo llevaban los demonios después de hablar con el doctor que había atendido el parto de Win.

Otra niña.

Otra jodida niña.

Como si no hubiese tenido suficiente con la primera, después de cinco años de matrimonio solo tenía dos hijos, y ambas eran hembras.

Abandonó Collingwood Park, la casa solariega que pertenecía al marquesado, aquel mismo día, sin molestarse a entrar en el dormitorio de su mujer. ¿Para qué? Aquella tonta respondona no le había dado el varón que tanto anhelaba.

Salió con el carruaje en dirección a Londres, dispuesto a olvidarse de su familia y de las responsabilidades que su padre le había obligado a aceptar aquel mismo año.

Su padre.

En cuanto recibiera la noticia de que tenía otra nieta, clamaría al cielo y lo llamaría a él a su presencia para vociferar hasta desgañitarse, llamándolo

inútil y otras lindezas por el estilo. ¡Como si fuese culpa suya que su mujer no sepa parir varones!

Lo peor de todo, era que se vería obligado a volver a su cama. La diversión de los primeros meses desapareció al darse cuenta de que su mujer no era tan boba como él creía, y que nunca conseguiría que comiera de su mano tal y como él pretendía.

Tenía un carácter de mil demonios que afloró a la superficie en cuanto se dio cuenta de que era un jugador empedernido, un borracho sin remedio, y un mujeriego sin ganas de redimirse. Cuando estaban bajo el mismo techo, el ambiente estaba tan tenso siempre que podía cortarse el aire con un cuchillo; eso, cuando no estaban discutiendo a gritos.

Y en la cama... ella se mostraba fría y apática. Nunca le había negado su derecho de alcoba, pero no acudía contenta y feliz, con ganas de aprender como al principio, mientras todavía podía mantener el engaño de ser un tonto enamorado.

Cuando ella se percató de que el amor que tan abiertamente le había declarado era una farsa, le cerró también las puertas al placer y dejó de colaborar y de obedecerle.

La muy puta.

Por eso Win decidió abandonar Londres y trasladarse al campo, para estar lejos de él y de sus manos lascivas, algo que a Maximilian le pareció muy bien. Con ella lejos, podía abandonarse tranquilamente al juego, a la bebida y a los brazos de sus amantes ocasionales.

No la necesitaba para nada.

«Para una cosa sí, para conseguir un maldito heredero que no llega», rectificó.

Un heredero para el ducado y para que su padre el duque pudiese morir tranquilo de una vez.

Nunca un hijo había deseado tanto la muerte de su progenitor. El maldito duque que lo tenía bajo su zapato, controlándolo con el dinero, sin subirle la asignación ni cuando se casó y fue padre. No, el muy maldito se quedó con el control de la dote de Win y se limitó a entregarle como regalo de bodas el control de Collingwood Park para que lo administrase, advirtiéndole que de ahí tenía que sacar el dinero para mantenerse él y su familia.

De un puñetero pedazo de tierra y de sus arrendatarios. Una propiedad cuya administración le daba dolores de cabeza y de la que no sacaba lo suficiente para mantener sus muchos vicios.

En un esclavo, en eso lo había convertido, a él, el marqués de Collingwood, heredero de uno de los ducados más prestigiosos y antiguos de Inglaterra.

«Soy un maldito cobarde que no se atreve a enfrentarse a su padre» se despreció.

Pero el viejo moriría pronto. Ya llevaba tiempo enfermo y los médicos no daban mucha esperanza. Cuando eso sucediera, Maximilian se mearía encima de su tumba y arrasaría con todo el patrimonio de los St. John.

«Total, nunca voy a tener un heredero. Para que lo herede un primo lejano que ni siquiera conozco, mejor me lo pateo en juergas y borracheras».

Lady Agibayle Sterling, condesa viuda de Stratton, había regresado a Londres al día siguiente del entierro de su marido, hacía ya varios meses, después de permanecer recluida en el campo durante los últimos años.

El pobre Norbert, tan tonto como bueno, le había dejado en herencia un buen estipendio que le permitía mantener el alquiler de una pequeña casita allí, aunque no en MyFair, donde estaba la casa condal, sino en otro barrio menos distinguido, algo que nunca le perdonaría.

En cuanto escuchó del solitario regreso de Maximilian a Londres, no pudo evitar ir a hacerle una visita. Seguía obsesionada con él, y necesitaba verlo, sentirlo piel contra piel, que él la poseyera y la hiciera suya.

Max la recibió sin dudarle, en sus aposentos privados en la casa ducal. En plena borrachera auto compasiva, a duras penas se tenía en pie ni se dio cuenta de que la dama que había venido a visitarlo era Abigayle. Tampoco reaccionó cuando esta empezó a quitarle y a quitarse la ropa mientras lo conducía al dormitorio.

No protestó cuando lo tumbó encima de la cama y se apoderó del miembro con la boca, lamiéndolo con devoción, introduciéndoselo hasta la garganta, provocándole hasta que, a pesar del alcohol ingerido, empezó a responder, hinchándose y endureciéndose.

—¿Esto sabe hacértelo tu mujer? —le preguntó sonriendo satisfecha al ver el resultado de su trabajo.

—Mi mujer es una inútil —balbuceó él entre jadeos—. Lo único que quiero de ella es un heredero, y solo sabe parir niñas.

—Nunca debiste abandonarme —le recriminó, posicionándose sobre él para cabalgarlo como una amazona. La polla estaba lista y ella la deseaba

llenándola—. Yo era tu dama, tu paloma, tu cielo. Eras mío, y de nadie más. Te di todo lo que me pediste, hasta a mi propia hija. Mi dignidad. Mi orgullo. Mi amor. Y me dejaste, maldito seas. Y, a pesar de eso, te sigo deseando y te necesito, Maximilian. Oh, Dios, cuánto te necesito.

Maximilian abrió los ojos y vio el rostro de Abigayle sobre el propio. Lo observaba mientras lo cabalgaba con dureza. No supo si aquello era real o una alucinación, pero no le importó.

—No debería haberme casado con Winnifred. Tú tuviste la culpa, maldita bruja —alargó la mano y la tomó por el cuello, empezando a apretar—. Debería castigarte por haberme arruinado la vida. ¡Cómo no me di cuenta de que la hija de una mujer estéril como tú, que solo fue capaz de llevar a término un único y maldito embarazo, no podría darme un heredero!

Abigayle no estaba asustada. A pesar del enfado de Max, que le estaba echando las culpas de sus propias decisiones, y de que le había rodeado el cuello con las manos y la estaba asfixiando, la condesa no tenía miedo.

No era la primera vez que jugaban a aquel juego. A Max lo excitaba ahogarla. A ella, sentir que la vida se le escapaba. A continuación, el orgasmo que llegó fue avasallador, inmenso, magnífico, y la dejó exhausta y sin energía.

Cayó sobre Maximilian, sin fuerzas para moverse. Ningún músculo la obedecería durante unos minutos. Sonrió durante un segundo, creyendo que se había salido con la suya. Volvía a estar en la cama de su marqués, y ya no volvería a echarla de su lado.

Craso error.

Max se enfureció consigo mismo por haberse dejado llevar por la lujuria con esta mujer a la que ya no podía soportar ni mirar. Era vieja, con los pechos caídos, arrugas en el rostro y vientre blandengue. ¡Qué asco! A él le gustaban las mujeres jóvenes de pechos turgentes y piel sedosa.

La sacó de la cama a empujones, tirándola al suelo sin contemplaciones, para arrastrarla por el pelo hasta dejarla tirada en el pasillo, para avergonzarla en su desnudez imperfecta y ajada.

No le importaron sus gritos de dolor, ni las súplicas que ella le dirigió. Lo amaba, lo amaba a pesar de todo, no podía evitarlo. Era como una enfermedad, una obsesión que no podía quitarse de la cabeza, a pesar de la manera tan brutal en que la estaba tratando.

Se aferró a su pierna, suplicándole que no la echara de su lado, que haría lo que él le pidiese.

—¡Coge tu maldita ropa y lárgate de aquí, vieja bruja! —le gritó,

empujándola con el pie para despegarla—. ¡Eres una maldita zorra sin un gramo de dignidad!

En un arrebato, cogió la ropa femenina esparcida por el suelo, y se la arrojó a la cara, cerrándole después la puerta en las narices.

Abigayle, humillada hasta lo más profundo, se levantó temblando y se vistió en silencio, sin proferir ni una sola queja o súplica más, y abandonó el lugar decidida a no volver nunca jamás en su vida.

Win se presentó en Londres un mes después, harta de espera el regreso de Maximilian, sabiendo que estaba malgastando el poco dinero que la heredad les proporcionaba, llegó dispuesta a hacerlo entrar en razón.

¡Tenían dos hijas, por el amor de Dios, una apenas recién nacida!

Su llegada provocó un pequeño alboroto entre el personal de la mansión londinense, pues sus habitaciones llevaban meses cerradas sin ni siquiera ventilarse, y la habitación infantil no estaba preparada.

Se apresuraron a dejarlo todo listo en un santiamén, temiendo la llegada del marqués, pues intuían en el ceño fruncido y el nerviosismo de la marquesa que no estaba muy contenta con el comportamiento de su esposo.

Ellos tampoco estaban felices. Tener que soportar las idas y venidas de todas las fulanas y los amigos borrachos de milord, era una tortura, sobre todo para las pobres criadas que tenían que soportar los tratos vejatorios e indecentes de aquellos hombres que se llamaban a sí mismos caballeros pero que se comportaban como rufianes.

—¿Dónde está mi marido, Perkins? —le preguntó al mayordomo cuando por fin sus hijas y ella estuvieron debidamente instaladas.

—No lo sé, milady.

—No me mienta.

—Milady...

El mayordomo dudaba en decirle la verdad. Las diferencias matrimoniales de los marqueses no eran su problema, y no quería verse involucrado.

Al final, Win se compadeció del pobre hombre.

—Está bien, Perkins, no se preocupe. Seguramente pasará la noche en alguna casa de lenocinio, o en algún club, gastándose el dinero que no tenemos. Puede retirarse.

El mayordomo palideció al oír aquella confidencia. Las damas no hablaban de dinero en público, y mucho menos, con sus criados.

Win estaba muy cansada. De su matrimonio, de Maximilian, de tener que aguantar su mal genio, sus desplantes y, sobre todo, de su falta de sentido común. Y de su falta de honor.

Había quebrantado todas las promesas que le había hecho. Todas. No se había dejado ninguna por romper. ¿Amarla? ¿Hacerla feliz? ¿Serle fiel? Nada se había cumplido.

Sinceramente, al principio había creído que con el paso de los años y el nacimiento de sus hijas, acabaría cambiando, dejando de lado la vida de disipación y despilfarro, para convertirse en un hombre sensato y responsable que cuidaría de su familia.

Pero no había sido así.

Cada año que pasaba, era peor. Cada día se acumulaban más y más deudas, sin que él dejara de gastar un dinero que ya no tenía. El administrador principal del duque de Broswich, que supervisaba las cuentas de los marqueses de Collingwood, había ido a verla para ponerla sobre aviso del excesivo gasto de su esposo, y de las noticias que había recibido sobre las cuantiosas deudas que estaba acumulando, advirtiéndola de que, si no frenaba aquel comportamiento, pronto se verían en la miseria más absoluta y el duque no movería ni un solo dedo por ayudarles. Ni siquiera a sus nietas.

Como si ella pudiera hacer algo al respecto.

Aquella noche cenó en sus aposentos y se acostó temprano, teniendo por seguro que Maximilian no llegaría a casa hasta el amanecer. Durmió poco y mal, dando vueltas en la cama,teniéndose que levantar cada pocas horas para darle el pecho a su hija, algo que Maximilian también había osado recriminarle cuando nació Margaret, su primera hija.

—Para eso están las amas de cría —le dijo con evidente disgusto al ver cómo ponía al bebé en su pecho para que se amamantara.

—Tengo leche más que suficiente. No necesito que otra mujer críe a mi propia hija.

—Se te caerán los pechos, por Dios. No quiero a una esposa ajada y con los pechos caídos.

A Win aquello no le importó. Ya había llegado a un punto en que sabía perfectamente cuan superficial y egoísta era su marido, y había tomado la decisión de no dejarse influenciar por las palabras destinadas a herirla.

Al amanecer, antes de que despuntara el sol, se levantó y se vistió, y se dispuso a esperar el regreso de Maximilian en los aposentos de él.

Este llegó poco después, apestando a alcohol y a perfume barato. Su ropa, que antes siempre había estado perfecta, ahora lucía arrugada y sucia. Llamó a su ayuda de cámara tirando del cordón, sin darse cuenta de la presencia de Win, y maldijo porque no se presentó de inmediato.

—Simon no vendrá —le dijo, levantándose del sillón en el que lo había estado esperando—. Le he dicho que no respondiera a tu llamada.

—¿Qué demonios haces tú aquí? ¿Y por qué le das órdenes a mi criado? —le preguntó arrastrando las palabras.

—Porque tenemos que hablar y no quiero interrupciones. ¿Dónde has estado toda la noche?

—En el maldito club, bebiendo con unos amigos.

Max se quitó la chaqueta y el chaleco hasta quedarse en mangas de camisa. Los tiró al suelo con furia.

—Ya, y por eso apestas a perfume barato. ¿Nunca te cansas de mentirme?

—¿Cómo te atreves a hablarme así! Lo que tienes que hacer es largarte y dejarme en paz. Vuelve al campo, con las ovejas y las vacas, que es donde te corresponde.

—Allí estaría si tú no estuvieses aquí, malgastando el poco dinero que tenemos y creando deudas que no podemos pagar.

Las voces iban subiendo de tono. Max gritaba más que ella, furioso por su insolencia. ¿Cómo se atrevía a cuestionarlo? ¿A él? ¿Al marqués de Collingwood?

—¡Eso no es asunto tuyo!

—¡Por supuesto que lo es! ¡Tenemos dos hijas, Maximilian! Margaret crece muy deprisa y necesita ropa nueva, ¡ropa que no puedo pagar! Los proveedores han dicho que no nos surtirán más si no pagamos las facturas pendientes. ¡Lo entiendes?! ¡No vamos a tener para comer si no pagamos lo que se les debe! Los arrendatarios se quejan de que las últimas tormentas han derrumbado el granero y no te has preocupado de ordenar que lo reparen. El puente que une las dos partes de la finca, está en mal estado y los carromatos no pueden pasar sin riesgo de caer al río. La vaquería está sin techo y las vacas han dejado de dar leche.

—¡Deja de atosigarme! —le gritó, alzando el puño—. ¡Pago a un administrador para que se encargue de esas cosas!

—¡El administrador no puede hacer nada si no hay dinero! ¡Dinero que tú estás dilapidando sin control!

Maximilian respiró hondo. Le dolía la cabeza. Le palpitaba como si allí

dentro tuviera un herrero afanoso machacando el yunque con un martillo gigantesco. Se llevó las manos a las sienes y se frotó con los dedos.

—Mira —habló, intentando calmarse porque quería terminar con aquella discusión para poder acostarse—, las mujeres no entendéis de estas cosas. Deja que tu linda cabecita deje de preocuparse y úsala para aquello que sí sirve: lucir peinados. Hablar de dinero y de deudas te pone muy fea.

—Deja de ser tan condescendiente conmigo —contestó ella con desprecio—, mi cabeza sirve para mucho más. Sirve para darme cuenta de la clase de hombre que eres, un irresponsable incapaz de hacer nada bien. Un inútil.

—Y para sostener esa boquita que tanto me gusta follar —contraatacó él riéndose, queriendo zaherirla. Se abalanzó sobre ella sin darle tiempo a reaccionar y la aferró por los brazos, sacudiéndola—. Si no dejas de darme la lata, te meteré la polla en la boca, a ver si así consigo que te calles.

—¡Eres un obsceno, y un mal educado! —gritó, intentando desembarazarse de aquellas manos que eran como garfios.

—Y a ti te gustaba que fuese así, ¿recuerdas? Al principio, me rogabas por mi polla, suplicabas para que te la metiera bien profundo, y gemías. ¿Te acuerdas de nuestra primera vez, eh, palomita mía?

—Me engañaste, maldito seas, haciéndome creer que me amabas. Yo solo quería que fueses feliz, esperando que así, tú pudieses hacerme feliz a mí.

—Sí, sí, claro, palomita —se burló Max, y se apoderó de su boca con violencia, apresándole la cabeza por la nuca, obligándola a aceptar la intromisión de la lengua.

Win intentó resistirse. Incluso pensó en cerrar la boca y morderle la lengua con rabia. Solo Dios y ella supieron por qué no lo había hecho. Quizá por el miedo a su reacción, porque, aunque nunca la había pegado antes, había visto en sus ojos muchas veces el deseo de hacerlo.

—Ahora, vamos a follar, palomita mía —le dijo cuando sus bocas se separaron.

—¡No!

Win se sacudió, intentando desasirse.

Max se rio de sus inútiles esfuerzos. Quizá estaba bastante borracho, pero seguía siendo más alto y fuerte que ella.

—Ya lo creo que sí —susurró contra su oído mientras la sujetaba con fuerza contra su propio cuerpo.

Bajó una mano hasta apoderarse de las nalgas femeninas y las apretó.

—¡Suéltame!

Win buscó su cara y lo arañó. Con un grito de rabia, Max la apartó de un empujón, tirándola sobre la cama, y le dio una bofetada que la dejó aturdida.

—Es tu obligación como esposa, palomita mía —siseó mientras se echaba encima de ella y le rompía el corpiño hasta dejarle los pechos al aire para poder manosearlos a placer—. Te abrirás de piernas y me acogerás dentro de tu precioso coñito. Me has puesto muy cachondo con tu rebeldía, así que más vale que seas complaciente.

Win intentó arañarlo de nuevo, pero Max le agarró los brazos y la inmovilizó poniéndoselos por encima de la cabeza. La sujetó con una mano mientras con la otra se apresuraba a levantarle las faldas.

—No, por favor, Maximilian, te lo suplico —lloró Win.

—¿El qué me suplicas, cariño mío? —se burló—. ¿Que te folle como a una ramera? ¿Es eso? Tranquilo, pienso hacerlo ahora mismo.

Se desabrochó los pantalones y la penetró con brutalidad. Win gritó de dolor pero se quedó quieta. No tenía nada que hacer, y luchar solo le provocaría dolor y lo enfurecería más. Intentó que su mente volara lejos de allí, distanciarse de su cuerpo y de lo que le estaba pasando para poder soportarlo, pero Max no se lo permitió.

—Estoy harto de ti —le dijo al oído mientras la empalaba sin contemplaciones—. Estoy harto de tus reproches, de tus quejas y de tu frialdad en la cama. Eres una mujer insoportable que debe aprender de una vez cuál es su sitio —decía entre jadeos y resoplidos—. Las putas solo sirven para una cosa, y todas las mujeres lo sois.

Se corrió con un grito, derramando su semilla en el interior de Win, y se levantó inmediatamente para contemplar su obra.

Win, avergonzada, se incorporó temblorosa e intentó cubrirse con las manos y Maximilian se rio de ese gesto de recato.

—Te odio —le dijo ella entre sollozos.

—Ódiame todo lo que quieras, pero nunca, jamás, vuelvas a recriminarme nada, ni a discutir conmigo. Yo soy el amo y señor, soy tu dueño, igual que lo soy de esa cama, o del sillón que está delante del fuego. Eres una más de mis propiedades, y no te queda más remedio que callar y asumirlo de una vez. —Tiró del cordón para llamar a su criado y se volvió hacia ella—. Deberías aprender de tu madre. Ella sí sabe cuál es su lugar. Estuve con ella en esa misma cama, hace un mes, ¿lo sabías? Siempre está bien dispuesta a abrirse de piernas y dejarse follar por mí.

—Nunca más vas a ponerme una mano encima —siseó Win entre dientes,

con la voz cargada de ira—. Y es repugnante que hagas ese tipo de comparaciones.

—¿Y piensas que me importa tu opinión? Te pondré la mano encima siempre que quiera, palomita mía. Eres mi esposa, ¿recuerdas? Follaré contigo hasta preñarte de nuevo, a ver si esta vez eres capaz de parir a un varón que pueda heredarme. Al fin y al cabo, es por lo único que me casé contigo, para tener un hijo y por tu maldita dote, y ¡no puedo disfrutar de ninguna de las dos cosas! Así que seguirás pariendo hasta que me lo des, más vale que vayas haciéndote a la idea.

Capítulo nueve.

La India, año 1835.

La vida en Delhi no era plácida ni tranquila para Trevor Sugdon. La miseria era la misma que en los barrios pobres de Londres, pero las enfermedades eran muy diferentes. En un país tropical, las epidemias eran constantes y muy virulentas, y el riesgo de los médicos de acabar contagiados era muy alto; pero a pesar de eso, lo fascinaba investigar para encontrar la curación.

Trevor tenía una especial habilidad para indagar, suponer y descubrir. Era como un detective de las enfermedades, y en el hospital en el que trabajaba a las órdenes del doctor Riardon, sus ideas siempre eran escuchadas porque había demostrado, más de una vez, que sus suposiciones eran acertadas.

Podría haberse dedicado a atender exclusivamente a la élite de ingleses que vivían en la ciudad, como hacían la mayoría de médicos blancos, pero conocer al doctor Riardon lo había hecho cambiar de opinión pocos meses después de llegar a Delhi.

Aquel día, estaba hablando con una enfermera después de diagnosticar un nuevo caso de malaria, cuando Riardon se le acercó.

—¿Ha oído hablar de Sundar Desh, doctor Sugdon? —le preguntó cuando la enfermera se hubo alejado.

—No, ¿por qué?

—Es un pequeño país al norte de aquí, a pocos días de viaje. Es muy rico y parece que muy importante en las rutas de comercio con China, por eso Inglaterra está negociando un tratado comercial con ellos.

—Siempre es fascinante aumentar mis conocimientos, pero, ¿hay algún motivo específico para esta esta conversación, doctor?

El doctor Riardon se rascó la barba y se colocó bien los anteojos que tenían tendencia a resbalarse hacia la punta de la nariz.

—Tienen una epidemia de cólera especialmente virulenta en Ratpur, la capital, y el maharajá le ha exigido al Gobernador General que envíe a sus mejores médicos o rompa las negociaciones. Sir Charles está en una posición un tanto precaria, ya que está ocupando el cargo provisionalmente hasta que la Corona tome una decisión, y no quiere que la firma del tratado se retrase o acabe siendo un fiasco. Por eso está pidiendo voluntarios entre todos los

doctores que residen en la India.

—Y creyó que me interesaría.

—¿Me equivoco?

Trevor sonrió. Por supuesto que no se equivocaba. Sería una experiencia magnífica, y sería una gran oportunidad para poner en práctica algunas de las ideas que había tenido.

—Me conoce demasiado bien —contestó con agradecimiento.

—¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Casi diez años, doctor.

—Casi diez años trabajando bajo mi tutela. —Riardon le palmeó el hombro, pensativo—. Si a estas alturas no lo conociese muy bien, me consideraría un idiota, doctor Sugdon. Vaya a hacer las maletas y diviértase.

Trevor soltó una carcajada y se marchó del hospital inmediatamente.

No, la vida no era plácida ni tranquila en Delhi, pero sí muy interesante.

Sundar Desh era un pequeño estado, pero acumulaba grandes riquezas en su territorio. La fertilidad de su tierra era idónea para el cultivo del azafrán, especia muy valorada en Europa y que se vendía a precios exorbitantes; su cercanía con el Himalaya y el acceso a las cabras que producían la lana llamada *pashmina*, habían proporcionado el desarrollo, igual que en Cachemira, de una pequeña industria textil artesanal, cuyas telas eran muy codiciadas por las damas de la aristocracia de toda Europa; y también poseía las dos únicas miras de oro de la región, minas muy productivas y cuya explotación ansiaba conseguir Inglaterra.

Con tanta prosperidad y riqueza, era normal que la capital, Ratpur, fuese suntuosa y muy hermosa, con calles bellamente adornadas y empedradas, y casas de fachadas inmaculadamente blancas.

Pero tanta belleza ocultaba también pobreza y podredumbre, miseria e ignorancia.

No tenían ni un hospital y Trevor tuvo que pelear, desde el primer momento, con el resto de doctores que habían acudido a la llamada del Gobernador General, todos ávidos de alcanzar la fama y el prestigio, médicos que a duras penas habían tenido contacto con las enfermedades que tan cruelmente atacaban a la población menos favorecida porque se limitaban a atender las jaquecas y los partos de las damas pudientes, y a tratar la gota de los caballeros más obesos.

Su fervor consiguió convencerlos de habilitar un edificio como hospital,

en el que poder tener juntos a todos los enfermos de Ratpur, y de la utilidad de distribuir hospitales de campaña en los barrios más afectados, donde los enfermos recibirían atención hasta que pudieran ser trasladados.

Pero no escucharon sus locas teorías sobre la importancia del agua tanto en el tratamiento como en la propagación del cólera.

Trevor estaba convencido de que era fundamental mantener a los enfermos bien hidratados, y de que tenían que sanear las aguas antes de suministrarlas a la población; la higiene también era fundamental, y era imprescindible tener las salas del hospital relucientes, así como todo el instrumental médico, además de cocinar bien los alimentos antes de dárselos a los enfermos. Sus observaciones durante años sobre la enfermedad y su propagación, lo habían llevado a esas conclusiones.

En la capital de Sundar Desh el agua se conseguía de pozos, ya que no había ningún río cercano. Los pozos, argumentaba Trevor, eran el foco de la infección, y había que filtrar el agua antes de que la población pudiese utilizarla.

Pero la mayoría de doctores presentes, ridículamente aferrados a su ignorancia y cerrados a la modernización de la medicina, se burlaron de él, negando la relación entre el agua y la enfermedad.

—¡La enfermedad la produce un miasma del aire! —gritaban exacerbados.

Trevor, furioso por su ignorancia y testarudez, decidió acudir a la única persona en Sundar Desh que podía obligarles a seguir sus instrucciones: el maharajá Sabase Chamakadaar.

Se presentó en palacio y solicitó una audiencia. El maharajá, un hombre vigoroso y en la plenitud de la vida, con ojos profundos e inteligentes, sabedor del momento peligroso que estaba viviendo a causa de aquella enfermedad que estaba diezmando la población de su pequeño estado, lo recibió casi inmediatamente, y escuchó con atención toda su exposición, de principio a fin.

Estaban en un pequeño jardín, rodeados de flores exóticas y árboles frondosos, en cuyas ramas hacían nido los pájaros más exóticos. El maharajá estaba sentado en el borde de un estanque, observando el deambular errático de los peces de colorido intenso que nadaban en el agua.

—Así que el problema son los pozos —murmuró. Metió la mano en el agua y la dejó quieta. Varios peces acudieron al instante, creyendo que aquello que asomaba era comida para ellos, y se dedicaron a golpear con la boca los dedos del príncipe—. ¿Y dice que ha tratado otros casos de cólera con esas mismas medidas y han resultado beneficiosas, doctor Sugdon? —le preguntó al

fin.

—Así es, Su Alteza. He tratado varios casos en el hospital de Delhi, y la mayoría de pacientes sobrevivieron. Si no se imponen las medidas que le he sugerido, habrá muchas más víctimas, Alteza

Sabase asintió con la cabeza, sin dejar de admirar los peces que seguían intentando comerle los dedos sin resultado.

—Es un hombre muy seguro de sí mismo, doctor. Me inclino a creer sus teorías. —Sabase se levantó y sacudió el agua de la mano. Un criado acudió al instante con un paño para secársela—. Usted se hará cargo de dirigir el hospital de Ratpur. Pondré a su disposición todo lo que necesite para poner en marcha su plan y el resto del equipo médico, tanto inglés como nativo, deberán obedecerle sin cuestionarlo.

—Muchas gracias, Su Alteza.

—Espero que no me falle, doctor Sugdon.

Trevor entrevió la amenaza que conllevaba aquella frase dicha al descuido. Un escalofrío le recorrió la columna. Se irguió y miró a su interlocutor con mucha dignidad.

—No pienso fallarle, Alteza.

—Bien, porque las consecuencias, tanto para usted como para mi pueblo, pueden ser muy dramáticas.

Sebase hizo un gesto distraído con la mano y Trevor se inclinó en una reverencia antes de marcharse.

Hubo un gran revuelo al saberse la noticia de que Trevor Sugdon era el máximo responsable del funcionamiento del hospital, y de que todo el resto de doctores debían seguir sus indicaciones y órdenes. Muchos se quejaron airadamente al cónsul británico, exigiéndole a este que hablara con el maharajá para que revocara la orden, y en contestación, fueron amonestados severamente. Inglaterra les necesitaba, y si el Príncipe Sabase había decidido que el doctor Sugdon era el indicado para asumir la responsabilidad, debían aceptarlo o pagar las consecuencias.

Algunos decidieron que se iban. Otros se quedaron, aunque a regañadientes, esperando que los planes de Trevor resultaran inútiles y poder regocijarse en su fracaso.

El flamante director del hospital ordenó la construcción de varios filtros de agua, unos depósitos enormes enclavados en lo que eran los jardines, que se llenaron con varias capas alternativas de arena, piedras y carbón. Allí se

filtraba el agua que después se utilizaba para dar de beber a los enfermos, para cocinar, y para lavar la ropa del hospital, todos los utensilios (desde lo más básico como platos o vasos, hasta el instrumental médico) y a los propios pacientes.

Por orden del maharajá, también se construyeron depósitos iguales al lado de todos los pozos de Ratpur, y por orden real quedó terminantemente prohibido utilizar cualquier agua que no hubiese sido previamente filtrada.

Durante semanas, hubo colas para conseguir el agua necesaria para subsistir; pero, al cabo de un mes, la epidemia había sido erradicada con un porcentaje mucho más bajo de lo habitual de víctimas mortales.

Sumamente complacido, el príncipe Sabase firmó el tratado con Inglaterra, y ofreció a Trevor un puesto permanente en su palacio, como médico real, con unos incentivos tan buenos que no pudo negarse.

«Así que, ahora, este es mi hogar», pensó mientras se paseaba por las suntuosas habitaciones que el príncipe había designado para él en el mismo palacio. Cortinas de raso, tapices de seda, jarrones de porcelana china, estatuas de mármol, figuritas de oro... la decoración era ostentosamente deliciosa en cada una de ellas.

Incluidas las dos muchachas que Sabase le había regalado, dos jóvenes mujeres versadas en el sexo tántrico, fuese lo que diablos fuese eso.

—¿Le apetece un baño, milord? —le preguntó una de ellas, una exuberante morena de ojos almendrados, menuda y de curvas insinuantes, en un perfecto inglés.

Trevor se rio al oírla llamarlo así.

—No soy ningún milord. Llámame doctor Sugdon.

—Como a usted le plazca, doctor Sugdon. Yo soy Lirio, y ella —prosiguió, señalando a su compañera, una mujer de cabello castaño y ojos de un color casi dorado—, se llama Loto. Estamos aquí para servirle en todo lo que usted necesite.

—¿En todo lo que necesite?

—Absolutamente todo, doctor.

—Entonces, un baño estará bien —aceptó, mirándolas con apreciación. Eran muy hermosas, ambas. Iban envueltas en un *sari* de seda roja decorados con filigranas bordadas con hilo de oro, con un hombro descubierto. Debajo no llevaban el tradicional *choli*, una especie de camiseta corta que las mujeres hindúes se ponían debajo para mantener cubiertos los pechos, por lo que sus

pezones se marcaban sin disimulo. Trevor se pasó la lengua por el labio, disfrutando de las vistas—. ¿Hay alguna bañera lo bastante grande para que quepamos los tres en su interior?

Lirio se rio llevándose los dedos a los labios de manera muy modesta.

—No, en Sundar Desh no usamos bañeras, doctor. Son pequeñas e incómodas, por eso se las dejamos a los ingleses. Pero usted ha salvado a nuestro pueblo, por lo que Su Alteza ha decidido que sus dependencias debían tener acceso a uno de los magníficos baños que tiene este palacio. Si es tan amable de seguirnos...

Ambas se pusieron en marcha, dando pequeños pasos cortos e insinuantes. Balanceaban tímidamente las caderas mientras caminaban, y la seda del *sari* se pegaba a las maravillosas nalgas.

Trevor sintió que se excitaba ante la idea de disfrutar de un baño relajante recibiendo las atenciones de aquellas dos exóticas y maravillosas mujeres.

Atravesaron un par de estancias hasta llegar a su destino.

Trevor se quedó embelesado.

El «baño» era en realidad una habitación mucho más grande que el dormitorio, con dos «pequeñas» piscinas llenas de agua clara y transparente. Una era de agua caliente y de ella emanaba una nube de vapor constante. La otra era de agua fría y en la superficie había, flotando, múltiples pétalos de rosa.

Unos amplios ventanales se abrían sobre uno de los múltiples jardines interiores del palacio, y en el lado opuesto, varios divanes extraños que, según le contó Lirio, se usaban para relajar y dar masajes.

—Deberíais dejar de usar esta ropa rígida y almidonada, doctor —le sugirió Lirio mientras lo ayudaba a desvestirse—. Tenéis un cuerpo espléndido y nuestra ropa tradicional os sentaría divinamente. Resaltaría vuestra masculinidad, y os aseguro que es mucho más cómoda. Os sentiríais libre con ella.

—Puede que me decida a seguir tu consejo.

—Y, para nosotras, sería mucho más fácil desnudarlo, doctor —añadió Loto, hablando por primera vez, quitándole la camisa y arrojándola al suelo.

Trevor le alzó la barbilla empujándola con delicadeza con un dedo.

—Entonces, debería empezar a usarla inmediatamente —susurró con tono seductor.

Loto sonrió con timidez y bajó la mirada mientras le desabotonaba el pantalón. Lirio se agachó para quitarle los zapatos.

—Está muy tenso, doctor. —Loto se puso detrás de él y empezó a darle un masaje los hombros.

—Es cierto. Deberíamos hacer algo al respecto, ¿no crees, hermana? —contestó Lirio arrodillada ante él.

Tiró de los pantalones hasta dejarlo completamente desnudo. De rodillas ante él, observó con interés la polla erguida que se alzaba, orgullosa, ante ella. Se relamió los labios y alzó el rostro para mirar a Trevor. Este le devolvió la mirada y una sonrisa le asomó en los labios.

—Adelante, es toda tuya.

—Con el tiempo, le enseñaremos todos los secretos que poseemos, doctor —dijo Lirio antes de empezar a lamerle la verga.

—Pero empezaremos con algo básico y sencillo —acabó la frase Loto, abrazándolo por detrás después de haberse desecho del *sari* con un solo movimiento.

—Estoy deseando aprender —musitó Trevor, perdido entre el placer que le estaban proporcionando las caricias.

Loto le besó el cuello, los hombros, bajó lentamente por la espalda hasta llegar a los glúteos. Mordió las nalgas con suavidad, provocando en Trevor un estremecimiento de satisfacción.

Lirio le besó la polla, la lamió, y acabó engulléndola hasta el fondo, mientras con las manos dedicaba lentas y atormentadoras caricias a los testículos.

Trevor gimió, abandonado al placer. Posó las manos sobre la cabeza de Lirio para mantener un punto estable en su tembloroso mundo. Con cada caricia, cada beso, cada movimiento de aquella lengua maravillosa y traviesa, su excitación aumentaba. Los testículos le dolían y tenía la polla tan tensa que parecía que pudiera romperse en cualquier momento.

Estaba tan perdido en su mundo de placer y dicha, que cuando notó que Loto le introducía un dedo por el ano ni siquiera le pareció extraño o antinatural.

Al contrario.

El gozo aumentó tanto, la estimulación de aquel punto subió tanto el placer, que estalló en un orgasmo avasallador que lo hizo gritar hasta quedarse ronco mientras se aferraba con ambas manos a la cabeza de Lirio y empujaba su polla con violencia dentro de aquella deliciosa boca para derramarse en ella.

—Esto... ha sido...

—Su primera experiencia con nuestro arte, doctor —dijo Lirio,

levantándose y ayudándole junto a Loto a llegar hasta la piscina de agua caliente.

—Dentro de un rato, le enseñaremos mucho más —continuó Loto, mientras entraban en el agua.

Trevor se preguntó si acaso en realidad no habría muerto durante la epidemia y había llegado al cielo.

Inglaterra, año 1835.

El duque de Broswich murió a principios de aquel año. Maximilian heredó el ducado y se llevó una desagradable sorpresa: las arcas ducales estaban vacías.

Durante los últimos cinco años, el marqués de Collingwood se había cargado de deudas, prometiendo a los prestamistas que cobrarían hasta el último penique en el momento en que él pasara a ser el duque de Broswich. Estaba convencido de que su padre nadaba en la abundancia y de que su negativa a hacerse cargo de las deudas que había contraído se debía únicamente a su tacañería.

Pero no era así.

La larga enfermedad del anterior duque lo habían llevado a desatender sus asuntos y a tomar muchas decisiones equivocadas ante las inútiles protestas de su administrador, y la inmensa fortuna había menguado hasta casi desaparecer.

El nuevo duque se vio obligado a vender todo lo que pudo, lo que no era mucho, ya que la mayoría de las heredades que no estaban vinculadas al título habían sido hipotecadas durante los últimos cinco años para hacer frente a los gastos que generaban, ya que la producción agrícola había dejado de ser suficiente para mantenerlas, y, al no poder afrontar los pagos, el Banco de Inglaterra se quedó con ellas.

Huyendo de los acreedores y de los cotilleos de sus pares, Maximilian se refugió en Broswich Park, la mansión campestre en la que Winnifred vivía desde que decidió abandonar Londres para alejarse de él cinco años antes.

No fue bien recibido, pero no le importó. Broswich Park estaba a pocas horas en carruaje de la ciudad de Leeds, en Yorkshire, una ciudad lo bastante grande para tener un par de clubs de caballeros, algunos prostíbulos lujosos, y buenas casas de juego.

Y lo bastante lejos para que las noticias sobre su ruina tardasen en llegar.

Su plan, tan desesperado como estúpido y burdo, era simple: robarle las joyas a Winnifred y empeñarlas para poder jugar y así empezar a recuperarse.

En ningún momento se le pasó por la cabeza que sería mucho mejor invertir ese dinero en una de las fincas, para modernizarla y aumentar la producción.

Intentó entrar en el dormitorio de su esposa aprovechando que esta había salido a pasear junto a las niñas y la institutriz, y maldijo cuando se dio cuenta de que ambas puertas, la principal y la que comunicaba ambos dormitorios, estaban cerradas con llave.

—Maldita zorra —murmuró, contrariado.

Sin rendirse, obsesionado con las valiosas joyas que sabía que Winnifred había recibido en herencia después de la muerte de su padre, buscó al mayordomo, que tenía una llave maestra, y lo obligó a abrir la puerta.

El hombre, intimidado por la violencia y las amenazas que Maximilian profirió, se apresuró a obedecer pero, en cuanto el duque entró en el dormitorio y él pudo escapar, envió a un lacayo en busca de la duquesa para contarle lo que estaba pasando.

Winnifred llegó antes de que Max lograra marcharse con un botín mucho más escaso de lo que había imaginado.

—¿Dónde están el resto de joyas? —le preguntó, avasallándola, sosteniendo el puñado de alhajas en una mano—. Recibiste muchas más de las que hay aquí.

—Las he tenido que ir vendiendo el Leeds, por supuesto. ¿Cómo crees que logro pagar las facturas? —le respondió con insolencia.

—Pues tendré que conformarme con estas —gruñó Max, molesto por los inconvenientes.

—¿Conformarte para qué? ¿Qué vas a hacer con ellas?

—Empeñarlas, por supuesto.

—Y, después, gastarte el dinero que te den en putas y juegos de azar, ¿no?

Winnifred estaba muy enfadada. Cerrar con llaves las dos puertas no había sido suficiente para mantenerlo alejado de su dormitorio. Supo que su esposo intentaría algo así en cuando apareció en Broswich Park, pero jamás imaginó que pudiera zarandear y amenazar al mayordomo para conseguir la llave maestra.

Qué tonta había sido.

Debería haber requisado todas las llaves al personal para evitarlo.

—En qué y con quién me lo gaste, es asunto mío —gruñó Max,

enfadándose.

—Es asunto mío, porque las joyas son mías.

—Eres mi esposa, por lo tanto, son mías. Todo en esta casa es mío, absolutamente todo.

—¡No puedes malgastarlo! —Win intentó razonar con él, apelar a su amor paternal, aunque dudaba de que este existiera. Hacía años que Maximilian le había demostrado que no tenía sentimientos ni corazón—. Es gracias al dinero que saco de estas joyas que nuestras hijas pueden comer caliente cada día.

—¿Nuestras? —La risa de Maximilian sonó hueca y abyecta—. Dudo mucho que esas dos niñas sean hijas mías.

Winnifred palideció. Las pocas veces que se habían visto durante aquellos cinco años, Maximilian la había insultado y agredido de forma habitual, pero nunca, jamás, la había acusado de serle infiel.

—¿Cómo puedes decir algo así? Sabes perfectamente que son hijas tuyas.

—¿De verdad? —contestó con sorna, decidido a hacerle daño—. Entonces, dime, ¿por qué no has sido capaz de parir un varón para mí? En mi familia, las mujeres siempre han parido varones. Pocas niñas han nacido llevando el apellido St. John. Mi hermana Amanda fue una excepción y, ¿sabes una cosa? siempre ha habido rumores de que no es hija de mi padre. ¿Con quién me pusiste los cuernos? ¿Eh? —Se acercó a ella con dos zancadas, tirando las joyas al suelo con furia. Winnifred dio dos pasos intentando alejarse de él, pero Max la agarró por los brazos y la zarandeó antes de que pudiera lograrlo—. Son de ese medicucho, ¿verdad? ¿Te has visto con él en secreto? ¿Aprovechasteis para follar como conejos a mis espaldas?

—¡Estás loco! ¡No he sabido nada de Trevor en todos estos años! ¡Y yo no soy como tú, que te acuestas con cualquiera! ¿Crees que no lo sé? Malgastas lo poco que nos queda en putas y amantes. ¡Para ellas sí hay dinero, ¿verdad?! ¡Pero no para tu familia, maldito seas! Nos obligas a vivir como indigentes y pronto tendremos que soportar la vergüenza de oír llamar a la puerta a todos tus acreedores. ¡Somos la comidilla de toda Inglaterra!

—¡Que se vayan todos al infierno! ¿Quiénes se creen que son? ¡Yo soy el duque de Broswich! ¡Todo el mundo debería besar el suelo que yo piso! ¡Tú, la primera! ¡Maldita la hora en que me dejé enredar por tu madre para casarme contigo! ¡Eres una inútil buena para nada!

Win forcejeó, intentando liberarse para poder escapar. LE daban miedo los ojos inyectados en sangre con los que Maximilian la miraba, y el brillo lascivo que emitían sus ojos. El duque se relamió y dejó ir una

carcajada al divertirse con los esfuerzos inútiles de ella.

—Nada de escapar de mí, palomita —le susurró, tirando de ella para arrastrarla hasta la cama—. Tu furia me ha puesto muy cachondo, así que te toca cumplir como buena esposa.

Win no opuso resistencia. Sabía por la amarga experiencia que no era buena idea intentarlo. Dejaría que satisficiera su lujuria mientras la insultaba y le exigía que le suplicase más. Se vería obligada a fingir que disfrutaba, porque sino, era mucho peor.

La tiró sobre la cama y le levantó las faldas para arrancarle los pololos. Sonrió con satisfacción y codicia, porque aquello era suyo, de su propiedad, y maldito si alguna vez otro hombre la había tocado allí.

Se echó encima de ella y se desabrochó los pantalones. Win, debajo de él, no se movió ni se quejó cuando la embistió con violencia y empezó a empujar dentro de ella con dureza. Empezó a gemir, aunque no sentía nada más que repugnancia.

Hacía dos años que, cada vez que él aparecía y se le echaba encima, simulaba. Porque la última vez que se negó a hacerlo, había acabado con un ojo morado y dos costillas rotas, y sin dinero para pagar a un médico que la atendiese.

Fingió deseo. Gimió como si estuviese disfrutando. Le suplicó más cuando él la miró con dureza y esa sonrisa cruel que le aparecía en la boca cuando estaba sopesando la idea de golpearla. Gritó cuando él estalló en un orgasmo y sacudió su cuerpo, dejando que las lágrimas se le escaparan.

—¿Ves como eres una puta? —le dijo riéndose, mirándola con desprecio mientras se levantaba—. Disfrutas cuando te follo aunque me digas que no, zorra. A lo mejor debería ponerte a trabajar en un burdel, quizá hasta conseguirías sacarnos de la miseria. —Soltó una carcajada estruendosa y Win se estremeció de miedo, porque supo que estaba barajando seriamente la idea—. Substaría a la duquesa de Broswich. Muchos hombres pagarían por follarte, palomita.

Win se incorporó y se bajó la falda para cubrirse. Le temblaban las manos, pero no de dolor ni de vergüenza, sino de rabia y de odio. Lo observó mientras se abrochaba el pantalón y se agachaba para recoger las joyas que había tirado al suelo.

«Ojalá te mueras pronto», deseó con todas sus fuerzas, y se maldijo a sí misma por haberse acobardado diez años antes, cuando aceptó casarse con él en lugar de negarse y huir a la India a buscar a Trevor.

«Papá me hubiese ayudado», pensó con tristeza.
Sí, hasta probablemente la hubiese acompañado.
Si hubiera sido valiente...

Pero fue una cobarde, y llevaba años pagando esa cobardía viviendo en un auténtico infierno.

Inglaterra, año 1837.

Hacía dos años que no veía a su marido, desde el día en que le robó las joyas y se marchó a Leeds a jugar. Poco después se enteró de que lo había perdido todo y había regresado a Londres.

Allí vivía desde entonces, aunque no sabía donde.

La casa ducal había sido cerrada y despedido todo el servicio, y cada día amanecía rodeada por los acreedores que tenían la vana esperanza de que Maximilian apareciera por allí en algún momento.

La alta sociedad y los periódicos sensacionalistas se burlaban de él. Era habitual que a la semana aparecieran varias viñetas satíricas con él de protagonista. Lo llamaban el Duque Moroso, el Duque Vagabundo, el Duque Indigente... Tenía una gran cantidad de mote insultantes.

Win también había tenido que despedir a casi la totalidad del servicio y ponerse manos a la obra para sacar adelante a sus hijas y que estas no pasaran hambre y demasiadas privaciones. Convirtió la finca en una pequeña granja con gallinas, algunos cerdos y vacas; y los parterres, antaño llenos de flores, ahora estaban adornados con tomates, cebollas, puerros, patatas y otras hortalizas.

A su lado solo se había quedado Rose, la doncella. No quiso marcharse porque todavía la carcomía la culpabilidad que sentía por haberle hecho el juego a la condesa. Win la había perdonado porque comprendió que la muchacha no tenía más remedio que obedecer a Abigayle y entregarle todas las cartas que le había escrito a Trevor, pero Rose no era capaz de perdonarse a sí misma.

Estaba convencida de que si ella no se hubiese doblegado a la voluntad de la condesa, su señora ahora sería feliz casada con el doctor en lugar de ser una desdichada en manos de un sinvergüenza.

—Rose, voy a ir hasta el pueblo a ver al carnicero. Todavía nos debe el dinero de los dos cerdos que le suministramos la semana pasada —le dijo a la

doncella mientras se ponía el chal sobre los hombros.

Habían cerrado todas las habitaciones de la casa, excepto su propio dormitorio, la cocina y las habitaciones del ama de llaves, que ahora ocupaba Rose. Win dormía junto a sus dos hijas, todas en la misma cama, porque no había dinero para comprar suficiente leña en invierno. Por eso se pasaban la vida en la cocina, el único lugar que se mantenía cálido durante todo el día.

—Muy bien, señora —contestó Rose mientras removía el puchero en el que estaba haciendo la comida.

—Niñas, portaos bien y no hagáis enfadar a Rose, ¿de acuerdo?

Margaret, de once años, era una niña inteligente y avispada que iba a convertirse en una mujercita muy hermosa. Era rubia, como ella, y en los ojos lucía el mismo tono de verde, un esmeralda brillante y hermoso.

Win tuvo un pinchazo en el corazón cuando pensó en que en pocos años le llegaría el turno de buscar marido y, ¿quién querría casarse con ella?

Roxanna, la menor, estaba sentada en el suelo jugando con una muñeca de trapo y ni siquiera levantó la mirada cuando le dio un beso en la mejilla para despedirse.

—Cuida de tu hermana, cielo —le dijo a Margaret dándole un abrazo.

—Mamá, estarás de vuelta en una hora. No hace falta que dramatices cada vez que te despides para ir al pueblo.

Win se rio porque Margaret tenía razón.

—Es verdad, — le dijo, acariciándole el pelo con ternura—, pero es una hora que paso alejada de vosotras y se me antoja una eternidad.

—Nosotras también te echamos de menos cuando te vas —contestó la niña, y se abrazó a su cintura. Win le dio un beso en el pelo.

—Intentaré a ver si puedo comprarte algunas cintas para el pelo, ¿de acuerdo? Hace tiempo que no te regalo nada.

A Margaret le encantaban las cintas para el pelo. Cuando era más pequeña, le gustaba que su madre la sentara delante del tocador y le peinara el pelo poniéndole muchas cintas de colores en él. Le hacía trenzas o coletas, y entretejía las cintas con el pelo.

—No es necesario, mamá. Guarda el dinero para cosas importantes.

Pobre Margaret. Win sintió pena por su hija y maldijo a su padre por ser un maldito irresponsable. Cada día que pasaba lo odiaba más, no ya por lo que le había hecho a ella, sino por todo el dolor y las privaciones a las que había condenado a sus inocentes hijas.

—Bueno, ya lo veremos.

Salió de la casa por la puerta de la cocina y enfiló el camino con seguridad, directa al pueblo.

Una hora más tarde, después de cobrar el dinero que le debían y de ver que era imposible comprarle ni siquiera una pobre cinta a Margaret, regresaba a casa abatida y desesperada.

Mientras permanecía en Broswich Park, apartada del resto del mundo, podía sumergirse en una falsa realidad y aparentar un mínimo de felicidad. Jugaba con sus hijas, les leía cuentos, reían mucho. Incluso se ponía en la piel de una institutriz y les daba clases para que no malgastaran su inteligencia. Por suerte, el difunto conde se había esmerado en pagarle a los mejores para que la instruyeran a ella, y ahora podía poner en práctica sus conocimientos para ayudar a sus hijas y que, el día de mañana, no fuesen una totales ignorantes.

Pero cuando abandonaba el refugio que era Broswich Park, se daba de bruces con la realidad más aterradora. Veía las miradas de las gentes de pueblo, cargadas de lástima, y las sonrisas tristes que le dirigían, y se volvía consciente de la verdad de su vida, y entonces empezaba a tener miedo.

¿Qué pasaría el próximo invierno, cuando no tuvieran suficiente leña para el fuego? ¿Cuando la comida se terminara? Ya no le quedaba nada que pudiese vender. Nada. Había arrasado con todo lo que había en la casa, a pesar que la mayoría de cosas ni siquiera podían venderse porque estaban inventariadas y formaban parte de todo aquello que estaba vinculado al título.

Había vendido cuadros, muebles, las cortinas, alfombras, sus vestidos más lujosos...

El invierno pasado, cuando se quedaron sin leña, tuvieron que romper las puertas y utilizarlas para la cocina. Acabó con las manos llenas de ampollas sangrantes por culpa del hacha.

«Ya no son las manos de una dama», se dijo, mirándolas. Estaban llenas de callos, y con las uñas estropeadas.

Suspiró, esforzándose por quitarse de la mente las nubes negras que la torturaban. En un rato volvería a estar junto a sus hijas, y sonreiría. Por ellas.

Oyó el ruido de los cascos de un caballo que se acercaba. Corrió a esconderse entre los matorrales que bordeaban el camino. Una mujer sola, en mitad de la nada, era una presa fácil si la persona que se acercaba no tenía buenas intenciones.

Nadie del pueblo se atrevería a hacerle daño, pero por allí transitaban viajeros de todo tipo y era necesario ser prudente.

Observó al jinete mientras se acercaba, y se le aceleró el corazón cuando

reconoció a aquella figura gallarda sobre un semental blanco.
¿Trevor?

Capítulo diez.

Hacia algo más de un mes que Trevor había regresado a Inglaterra. Lo había hecho requerido por su hermano Paul porque su padre estaba muy enfermo, al borde de la muerte, y quería volver a verlo antes de morir.

Por suerte, el diagnóstico alarmista del doctor no llegó a producirse. Estaba enfermo, sí, pero con la adecuada medicación, una dieta estricta y mucho reposo, su corazón podría aguantar latiendo muchos años más, y cuando Trevor llegó después de tres meses de viaje, lo encontró con su habitual buen humor, sentado en el jardín, admirando la primavera.

Pensó en regresar a Sundar Desh. No es que allí tuviese una vida propiamente dicha, pero las responsabilidades cada vez más grandes en cuestión de salud que el maharajá había ido poniendo en sus hombros, lo mantenían ocupado. Las reformas en el pequeño estado habían sido muchas, pero había logrado formar un buen equipo que seguiría el camino que él les había indicado, así que realmente ya no era necesaria su presencia allí.

Además, ahora, gracias a la generosidad de Sabase Chamakadaar, era un hombre rico, y volver a ver a su familia, y conocer a los nuevos miembros (sus hermanos se habían casado y todos tenían hijos), había despertado en él el anhelo de formar su propia familia. Casarse, ser padre, establecerse definitivamente en un lugar, quizá abrir su propia consulta... todas esas cosas que un hombre empieza a desear cuando la juventud deja paso a la madurez.

También se enteró de los últimos chismes. Maximilian St. John estaba arruinado y era el hazmerreír de toda Inglaterra, y la pobre duquesa sobrevivía a duras penas, recluida en Browich Park junto a sus dos hijas.

Volver a saber de Win abrió de nuevo las heridas, y el rencor y el odio que creyó haber dejado atrás, se manifestaron con virulencia.

¿De veras había creído que podría volver a Inglaterra y seguir con su vida como si tal cosa, sabiendo que ella no estaba en la otra punta del mundo? Solo tenía que subirse a su caballo y cabalgar unos cuantos días para poder verla.

Luchó contra aquella idea. El odio y el rencor no eran buenos consejeros, y él ya no era el mismo hombre que había huido doce años atrás. Intentó convencerse de que la necesidad de verla y de cobrarse la deuda pendiente acabaría pasando, que se esfumaría en cuando volviera a adaptarse a los cambios, igual que había desaparecido al cabo de unos meses de llegar a la India.

Pero en la India Win estaba muy lejos, fuera de su alcance.

Ahora, estaba a unos días de distancia.

Se dijo que iría pero no se acercaría a ella. Que solo quería disfrutar de verla sumida en la miseria, que eso sería suficiente para su ánimo vengativo y así se calmaría. Se acercaría hasta Broswich, la observaría desde lejos, y después se marcharía, satisfecho y convencido de que la Justicia Divina era poderosa y real.

Pero cuando la vio en el pueblo, saliendo de la carnicería, guardando con esmero un puñado de monedas como si fuesen el tesoro más valioso del mundo, el corazón empezó a latirle muy deprisa.

Estaba mucho más delgada, casi demacrada. Su pelo, antaño luminoso como el sol, lucía apagado. Sus ojos ya no vibraban con la alegría que transmitía a todo aquel que la rodeara.

Sintió lástima por ella, y la compasión lo fustigó hacia el resentimiento.

Ella no merecía piedad por su parte. Lo había traicionado de la peor manera. Era una mujer manipuladora y mentirosa, se dijo, que se merecía todo lo malo que le pasara. Él había sufrido mucho por su culpa, se había visto obligado a abandonar su patria, su familia, sus sueños, a causa de ella. Se había alejado durante doce años de todo lo que le era amado y querido, solo por ella.

La antigua rabia renació, y el deseo de castigarla fue más fuerte que su sentido común o su misericordia, así que cogió su caballo y fue tras ella, siguiendo el mismo camino por el que ella había desaparecido.

—¿Trevor? ¿Eres tú de verdad?

Win salió de entre los arbustos en los que se había refugiado. Estaba feliz de volver a verlo y deseó poder echarse en sus brazos, pero la mirada adusta que él le dirigió desde encima del caballo, la detuvieron.

Había algo mal en él, algo que no estaba bien.

Trevor la miró de arriba abajo, evaluando su aspecto, como quién mira un objeto que está intentando decidir si comprar. Sus ojos eran fríos y se detuvieron durante unos segundos en los pechos, haciendo que Win tuviera deseos de cruzar los brazos para protegerse de su mirada.

—Sí, soy yo —contestó con altivez sin molestarse a bajar del caballo.

—Qué... sorpresa más inesperada. Una gran casualidad que nos hayamos encontrado. Creí que todavía estabas en la India. ¿Cuándo has regresado?

—Regresé hace un mes, y no, no es una casualidad. En realidad, estaba

buscándote, Su Excelencia.

Pronunció las últimas dos palabras con desprecio, como si las escupiera porque le repugnaban demasiado tenerlas en la boca.

Win se sintió zaherida por su tono de voz, y molesta por la evidente arrogancia con la que la estaba tratando.

Tragó saliva, pensando en marcharse de allí, pero Trevor parecía decidido a seguir aquella conversación. No le quitaba los ojos de encima, y la miraba con una sonrisa sarcástica en los labios, divirtiéndose con aquella situación que a ella le estaba resultando tan incómoda.

—¿No vas a preguntarme que para qué te estaba buscando?

—No me interesa —contestó ella.

Había soñado con aquel reencuentro durante doce largos años, y ahora que se producía, nada era como lo había imaginado.

—Quizá deberías interesarte. Tengo una oferta para ti que no podrás rechazar.

—No. No sé quién eres, pero no eres el Trevor que yo conocía.

Empezó a caminar por el borde del camino, esperando que él no la siguiera, pero Trevor dejó ir una carcajada, se bajó del caballo y se puso a su lado, cogiéndola del brazo con una mano mientras con la otra mantenía sujetas las riendas del animal.

—No vas a escaparte tan fácilmente, querida. Vas a escuchar mi oferta, y la vas a aceptar, porque te proporcionará el dinero suficiente para poder vivir con tranquilidad durante una temporada.

No tenía pensado hacer aquello cuando llegó a Broswich, pero al verla, el rencor se había mezclado con el deseo insatisfecho que había arrastrado durante doce años, y aquella era la perfecta oportunidad de librarse de ella para siempre.

—La vida es una caja de sorpresas, ¿no te parece? —le dijo mientras caminaba a su lado—. Tú te casaste con un duque y estás en la miseria más absoluta. Yo, que era un pobre desgraciado, ahora nado en la abundancia. ¿Lo sabías? No, por supuesto que no. Ahora soy un hombre muy rico, querida Winnifred.

Win se sobrecogió, porque él jamás la había llamado por su nombre completo, y aquello se le antojó que era el presagio de que algo muy malo iba a ocurrir.

—Me alegro mucho de que las cosas te hayan ido bien. ¿Qué quieres de mí, Trevor? —preguntó con voz quejumbrosa.

Estaba tan cansada, y el único recuerdo bueno de su vida, lo único que la ayudaba a salir adelante y a mantener la esperanza, se estaba disolviendo ante sus ojos.

—Bueno, he decidido que, al fin y al cabo, me das mucha lástima, y he pensado en que podría ayudarte. Siempre, claro está, que tú me des algo a cambio.

—No entiendo que quieres decir.

Quiso caminar más deprisa. Temía lo que él iba a decirle, era como si lo adivinara y no quería oírlo. No en boca del único hombre que había amado en su vida.

—Es muy sencillo. —Trevor la obligó a detenerse y a girarse para mirarlo a la cara. Ella alzó el rostro. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero en lugar de sentir piedad por ella, aquello lo acicateó a ser todavía más cruel y vengativo—. Hace doce años, te vendiste por un título. Esta noche, te venderás a mí por cien libras. Siempre me he preguntado qué sentiría si te tenía en mi cama, desnuda y deseosa, y quiero saber la respuesta.

—¿Estás proponiéndome que me prostituya?

—Bueno, no será tan diferente de lo que haces con tu marido. Te abriste de piernas con él para conseguir un ducado. Siento mucho que las cosas no salieran como habías imaginado, la vida es así. —Apretó el cepo sobre el brazo de Win y tiró de ella para obligarla a acercarse más a él, hasta que sus cuerpos se tocaron. Le habló dejando entrever la rabia, con los dientes apretados—. Y ahora, el pobre desgraciado al manipulaste, engañaste y rompiste el corazón, te ofrece la oportunidad de conseguir el dinero suficiente como para vivir unos meses sin privaciones. Piénsalo, Winnifred. Con cien libras podrás alimentar bien a tus pobres hijas hambrientas.

—Mis hijas no pasan hambre —protestó, y era cierto. No comían grandes manjares, pero no les faltaba un plato caliente en la mesa, ella se ocupaba de que así fuera.

—Quizá ellas no, pero tú sí. Es evidente. —Chasqueó la lengua mientras volvía a barrerla con la mirada—. Estás muy desmejorada, querida Win, pero así y todo, te haré el favor de follar contigo a cambio de cien libras. Piénsalo bien. —Aceró los labios a su oído para susurrarle—: Con ese dinero podrás llenar la despensa; comprar la suficiente leña para pasar el invierno; quizá, comprarte algún vestido nuevo. Este que llevas es horrible y está lleno de remiendos.

—¡No! —exclamó, empujándolo para deshacerse de él—. ¡No voy a

aceptar!

Trevor la soltó y se echó a reír mientras daba un par de pasos hacia atrás y se disponía a montar a caballo.

—¿Estás segura, querida? —Se afianzó sobre el caballo y le palmeó en el cuello—. Si cambias de opinión, envíame una nota a la posada del pueblo.

—¡No lo haré!

—Que tengas muy buenos días, querida Winnifred. Yo contaré las horas hasta que reciba tu nota aceptando mi trato.

Sonrió con burla y espoleó al caballo, alejándose de ella sin mirar atrás.

Win retomó el camino, enfadada con Trevor, con el destino, con la vida.

No iba aceptar, de ninguna de las maneras se rebajaría a aceptar una propuesta tan escandalosa como aquella. Le habían quitado todo, pero su dignidad y su orgullo permanecían intactos. No iba a venderlos por cien libras.

«La despensa llena y leña para todo el invierno».

—¡No! No puedo venderme así, no a Trevor.

«Tus hijas pasan frío en invierno. Necesitan ropa de abrigo, que la del año pasado se les ha quedado pequeña».

—Ya me las arreglaré. Todavía falta mucho para el invierno.

«¿Tu orgullo y tu dignidad les proporcionará lo que necesiten cuando la nieve caiga y ellas tiriten de frío?».

No. Su orgullo y su dignidad no las mantendría calientes, ni les conseguiría ropa de abrigo, ni les pondría un plato de comida en la mesa.

Cuando llegó a Broswich Park, vio a sus hijas en el huerto, con la espalda doblada sobre la tierra, trabajando.

Sus pequeñas manos se llenarían rápidamente de callos.

Ahogando los sollozos que le oprimían el pecho, subió corriendo las escaleras hasta su dormitorio y escribió una nota dirigida a Trevor.

Trevor se alejó de Win enfadado consigo mismo. Enfadado porque todos los sentimientos que había mantenido ocultos durante años, enterrados en lo más profundo de su memoria, habían regresado sin desearlos. Todas las emociones, el deseo de protegerla, cuidarla y amarla, se habían hecho presentes sin que pudiera evitarlo.

Pero luchó contra ellos, y venció.

No podía volver a enamorarse de una mujer que le había amargado la vida

de una manera que no hubiese podido ni llegar a imaginar. Le había roto el corazón de la peor forma posible, tratándolo como si él no hubiese significado nada para ella. Arruinó sus sueños, sus ganas de vivir, sus esperanzas. Él hubiese dado la vida por Win, pero ella lo despreció como si no valiese nada.

Rabioso y ahogando las ganas de gritar, espoleó todavía más al caballo, obligándolo a establecer un galope enloquecido, buscando desahogar toda la furia que lo estaba arrollando, pisoteando toda la calma, la paz y el sosiego que había conseguido tras doce años de recuerdos dolorosos.

Quizá no había hecho bien en volver. Quizá, al comprobar que su padre estaba bien, debería haber regresado a la India. En Sundar Desh lo recibirían con alegría. Loto y Lirio se habían despedido de él con lágrimas en los ojos, y le habían asegurado que lo echarían mucho de menos. Y Sabase Chamakadaarlo había llamado hermano y le había asegurado que siempre habría un lugar para él a su lado.

Allí, Trevor Sugdon no era el cuarto hijo de un pequeño terrateniente, un don nadie sin más fortuna que su profesión. En Sundar Desh era un hombre importante y respetado, amigo personal de maharajá y su consejero máspreciado.

Pero aquella vida no le satisfacía del todo. Era como si todo fuese falso, como si fuese un actor interpretando un personaje, y el verdadero Trevor permaneciese escondido, observando pero sin intervenir en su propia vida.

El verdadero Trevor estaba resurgiendo aquí, como un muchacho de veinte años cuya dignidad había sido aplastada y denigrada, y clamaba pidiendo venganza al mismo tiempo que suplicaba a Dios que ella lo siguiera amando.

Porque ese era el problema.

Trevor Sugdon seguía amando a Winnifred Sterling, a la muchacha que había sido, o que él había creído que era, una mujer honesta, sincera, alegre y vital, que lo hacía reír y soñaba con convertirse en su esposa.

Una mujer que, en realidad, jamás había existido.

Llegó a Broswich e hizo una parada en la taberna. Necesitaba tomarse una cerveza, algo que le suavizara la garganta y lograra deshacer el nudo que se había instalado allí.

La tabernera que le sirvió lo miró con apreciación y le dedicó una sonrisa muy significativa. Trevor llevaba meses sin copular, y pensó que podría divertirse un rato con ella. Era una chica bastante guapa y parecía limpia, pero la imagen de Win se interpuso. Win, con las ojeras tan marcadas. Con el pelo sin brillo. Mucho más delgada de lo que la recordaba.

Tan hermosa como siempre.

No. No era a la tabernera desconocida a la que quería en su cama.

Era a Win.

Y por Dios que iba a conseguirla.

Salió de allí y regresó a la posada. Se estaba preparando para bajar a cenar, cuando le entregaron la nota que tanto ansiaba: Win había aceptado su propuesta.

Capítulo once

Win había preparado el pabellón de caza para recibir a Trevor. Había quitado las sábanas que cubrían los muebles y había dedicado el día entero a quitarle el polvo. Estaba sudada y pegajosa, así que se lavó a conciencia y se puso el único camisón bonito que le quedaba, un recuerdo de su boda, que había permanecido escondido en el armario durante todos estos años.

Trevor llegaría en cualquier momento, e iban a convertirse en amantes.

Seguía amándolo, no podía evitarlo. Las palabras duras que le había dirigido durante su breve encuentro no podían cambiar eso. Él todavía estaba dolido por lo que había pasado, y quizá aquel era un buen momento para intentar explicarle la verdad. Tenía la esperanza de hacer que la escuchara, y era una oportunidad de saber qué se sentía al estar en sus brazos y hacer el amor con él.

Con Max, había llegado a aborrecer el sexo. Cabía la posibilidad de que con Trevor fuese igual de odioso, pero quería saber. Necesitaba saber.

«Trevor busca vengarse de ti por el daño que le hiciste».

Era posible, y no le importaba. De alguna manera, se lo debía. Pero a pesar de todo, no iba a poder quitarle la satisfacción de estar entre sus brazos, de ser amada por él. Sería un buen recuerdo que llevarse a la tumba.

«Qué patética me he vuelto», se rió de sí misma.

¿Dónde habían quedado todos sus sueños? Hechos ceniza, quemados por culpa de Abigayle y de Maximilian. Nunca llegaría a perdonarlos por aprovecharse de su inocencia.

Se miró en el espejo y tuvo ganas de llorar. Tenía la piel demasiado oscura por culpa de las horas pasadas bajo el sol, trabajando en el huerto; y las manos ásperas y con callos. Con veintinueve años, aparentaba cuarenta, se dijo con horror. Y estaba tan cansada de la vida.

A veces, cuando la quietud de la noche la descubría desvelada, se preguntaba si no sería mejor acabar con todo. Morir no sería tan duro como seguir viviendo llena de dolor y pena, y terriblemente asustada del futuro que la deparaba el destino. Pero entonces miraba a sus hijas y se daba cuenta de que no era capaz de acabar con su vida. Sus hijas la necesitaban viva.

Se sentó ante el tocador y deshizo el severo moño en que siempre recogía su pelo ahora. Lo cepilló a conciencia, negándose a ver las canas que lo poblaban, obviando que ya no estaba tan brillante y lustroso como antes.

¿Se llevaría Trevor una desilusión al verla? En el camino, la había

observado detenidamente, pero allí estaba cubierta por el vestido, que ocultaba los pechos caídos y las estrías del vientre.

No importaba.

Una noche. Solo quería eso. Una sola noche con él, aunque al amanecer todo volviese a ser la pesadilla en que se había convertido su vida, por una noche podría soñar que todo era diferente.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron.

Ya estaba aquí. Trevor había llegado.

Trevor encontró con facilidad el antiguo pabellón de caza en la que Win lo citó, a pesar de la oscuridad de la noche y de no conocer la zona. Tal y como ella le había explicado en la nota, el camino lo había llevado directamente hasta allí.

Era un lugar tranquilo y alejado, rodeado de un frondoso bosque, con un estanque artificial en la parte delantera que debía haber sido muy bonito en otros tiempos, pero que estaba abandonado.

Llamó a la puerta preguntándose si realmente quería hacerlo.

Sí, se dijo, fustigando la llama de la rabia y la pasión.

Cuando Win abrió la puerta, Trevor se quedó sin respiración. Solo llevaba un camisón casi transparente que dejaba entrever todas y cada una de sus curvas. Los pezones, oscuros y erectos, se marcaban perfectamente bajo aquella tela. El pelo le caía en cascada por los hombros y el reflejo del fuego encendido en la chimenea, tras ella, lo hacía brillar como antaño.

La miró y le dirigió una sonrisa torcida.

—Estoy deseando arrancarte la ropa que llevas puesta.

Win se sonrojó. Extendió la mano hacia adelante y le exigió:

—Primero, mis cien libras.

Trevor dejó ir una carcajada. Sacó un fajo de billetes del bolsillo y contó el dinero con parsimonia, billete a billete, poniéndolos en aquella pequeña mano que, observo, ya no era delicada y suave.

Le sorprendió un pinchazo en el corazón al ver las durezas, signo inequívoco del trabajo duro que realizaban a diario.

Cuando terminó de contar, Win cerró la mano sobre el dinero y fue hasta la chimenea para guardarlo dentro de una cajita.

—Te vendes muy barata, ahora. La última vez, tu precio fue un ducado.

—La última vez me tendieron una trampa y la única persona que podía

haberme ayudado, fue tan cobarde que decidió salir huyendo.

Trevor no contestó. No se creía ni una palabra. ¿Una trampa? Win solo quería que sintiera lástima por ella y hacerlo sentir culpable a él, y no iba a conseguirlo.

Se acercó a ella con dos zancadas, la tomó por la cintura y se apoderó de su boca en un beso agresivo y posesivo. La invadió con la lengua sin esperar respuesta por su parte. La saboreó a conciencia. Sabía a menta, y todavía olía a lirios frescos.

Cuando las manos de Win se aferraron a sus hombros, sintió cómo su masculinidad se hinchaba. La apretó contra su cuerpo, exacerbado, y se odió por sentirse de nuevo como cuando tenía veinte años y la amaba con todo su corazón.

Se apartó de ella bruscamente.

Win lo miró con los ojos velados por el deseo. Inspiró profundamente, buscando recuperarse de la impresión que había supuesto aquel beso demoledor, y sonrió, burlona.

—Vaya, parece que el inocente Trevor Sugdon ha aprendido algunas cosas durante sus años en la India.

Había aprendido y había cambiado. Se había marchado siendo un muchacho, y ahora era un hombre, con las facciones duras, el pelo ensortijado y una mirada intensa que la hacía temblar.

—He aprendido mucho más que algunas cosas, y voy a ponerlas todas en práctica contigo. Desnúdate —le ordenó secamente.

Win se rio. Estaba nerviosa e intentaba simular ser una mujer mundana y con experiencia, aunque ni ella misma sabía por qué. ¿Quizá porque le daba miedo no estar a la altura de lo que él esperaba de ella?

—¿Te has convertido en uno de esos caballeros que disfrutan de tener delante de sí a una mujer desnuda, mientras él sigue totalmente vestido?

—No puedes ni imaginarte en qué clase de hombre me he convertido.

Win se encogió de hombros, pero aquellas palabras le produjeron un conato de miedo.

Deslizó uno de los tirantes del camisón, dejando que resbalara lentamente por el hombro, bajo la atenta mirada de Trevor. Deslizó el otro, y con él, el camisón cayó al suelo quedando como un charco a sus pies.

Trevor caminó a su alrededor mientras se quitaba el pañuelo de seda del cuello. Observó su cuerpo sin llegar a tocarla, disfrutando al ver el rubor que empezaba a cubrirlo, y cómo luchaba para que sus manos no corrieran a tapar

pudorosamente la mata de rizos del pubis.

Estaba avergonzada por su descarado escrutinio.

Cuando volvió a estar frente a ella, dejó el pañuelo suspendido ante sus ojos durante unos segundos, antes de cogerle las muñecas y atárselas firmemente.

—¿Por qué me atas? No me gusta —protestó con firmeza.

—Has de obedecer, Win. Recuerda que he pagado, y las putas hacen lo que sus clientes les ordenan.

Se sintió insultada y humillada. Max la había llamado puta muchas veces durante su matrimonio, pero aquella palabra jamás le había dolido tanto. Quizá era porque nunca se había sentido como tal, hasta aquel momento.

—No soy una puta —protestó con un hilo de voz, una frase con la que quería convencerse a sí misma y que provocó una leve risa en Trevor.

La ató con suavidad en el poste de la cama, con los brazos por encima de la cabeza. En esa postura la obligaba a curvar la espalda, como si le ofreciera descaradamente los pechos para su disfrute.

Win no se opuso. Su cuerpo temblaba como una hoja de otoño y los pezones se le pusieron duros como diamantes.

—¿Vas a hacerme daño? —le preguntó, temerosa.

Trevor la miró con seriedad. ¿Por qué le hacía aquella pregunta? Vio el temor en sus ojos y supo la respuesta. Maldijo en su interior. Max la había maltratado, estaba seguro.

Tuvo deseos de ir en busca del maldito duque y romperle a puñetazos todos los huesos del cuerpo. Su afán de protegerla y consolarla creció, a pesar de su propia oposición.

—No —le dijo en un tono suave, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—. Solo voy a darte placer —le prometió.

Eso es lo que haría. Lirio y Loto le habían enseñado bien. Gracias a ellas, conocía bien las zonas erógenas de una mujer, y la manera de excitarlas. Haría sufrir a Win, sí, pero usando las palabras y el placer como castigo.

Se quitó la chaqueta y el chaleco, y se desabrochó la camisa. Ella lo miraba y se pasó la lengua por los labios, apreciando lo que veía. Tenía los hombros anchos y fuertes, y el pecho lleno de vello ensortijado. Sintió el deseo de hundir la mano allí y acariciarlo. Seguro que sería suave como la seda.

Trevor se derritió al ver el deseo en los ojos de Win. El azul se arremolinaba como nubes de tormenta, y tuvo que esforzarse por mantenerse

distante como hasta aquel momento. No podía dejarse llevar por la pasión y los sentimientos, o ella volvería a utilizarlo y a romperle el corazón.

Le acarició un pecho, jugueteando con el pezón, sin dejar de mirarle el rostro. Estaba a punto de perderse en aquellos ojos que eran como el Mar del Norte, tempestuosos e imprevisibles. Apretó el pico rugoso y se lo llevó a la boca para chuparlo. Win gimió por primera vez, y aquel sonido le pareció celestial. Le ofreció la misma atención al otro pecho, provocándolo con boca y dedos, apretándolo, masajeándolo, acariciándolo.

—Trevor, por favor —suplicó Win, sintiendo que el placer se arremolinaba en su vientre.

La boca masculina abandonó los pechos para descender lentamente por el vientre. Se entretuvo en el ombligo, lamiéndolo con ganas, y siguió bajando hasta llegar al nido de rizos.

De rodillas ante ella, miró hacia arriba. Los ojos de Win estaban fijos en él, curiosos, sin comprender qué pensaba hacer.

—Pon una pierna sobre mi hombro —le ordenó con voz ronca por el deseo, golpeando con la mano el lugar, y un rubor incandescente se apoderó de todo el cuerpo de ella.

Trevor se rio. ¿Podía ser que después de doce años de matrimonio, pudiese aparentar ser tan inocente como el día en que se separaron? No, no se lo creía. Era una consumada actriz y estaba utilizando todos los recursos posibles para hacerlo caer de rodillas ante ella de nuevo.

Bueno, de rodillas ya estaba, pensó con ironía, pero por un motivo completamente diferente.

Win obedeció con reticencia y cuando Trevor tuvo aquel coño tan deseado ante los ojos, no pudo evitar admirarlo. Era muy bonito, todo rosado y húmedo, con el clítoris asomando con timidez.

A pesar de todo, Win estaba excitada. No podía negarlo ni podía esconderlo. Las pruebas estaban ante sus ojos.

Acercó los labios y pasó la lengua sobre la humedad que manaba de su coño. Se relamió con su sabor, dulce y salado al mismo tiempo. Olía a lirios y a deseo. Le separó los labios vaginales con dos dedos para poder acceder con más profundidad. Win dejó ir un largo gemido cuando pasó la lengua de abajo arriba, y la única pierna que tenía apoyada en el suelo, se le aflojó. Trevor la sujetó por las nalgas y la atrajo más hacia su ansiosa boca. La penetró con la lengua, jugando con ella al gato y al ratón, provocándola para retirarla y oírla gruñir en protesta.

«Soy un gato con la nariz sumergida en un plato de leche», se burló Trevor de sí mismo.

Win estaba muy excitada. Su respiración era errática. Jadeaba y gemía mientras balanceaba las caderas en dirección a él, ofreciéndose y reclamando más atención.

Trevor se excitó más al oírla. Tenía la polla atrapada en el pantalón, tan hinchada que creía que acabaría reventando la prenda. Los gemidos eran como música a sus oídos.

La penetró con la lengua, introduciéndola dentro del coño como si fuese su polla. Lamió con ganas mientras usó un dedo para atender al clítoris, tan solitario y abandonado. Siguió mientras Win empezaba a temblar, y siguió cuando ella estalló en un orgasmo apoteósico que la dejó laxa y rendida, con la cabeza caída hacia adelante y los ojos cerrados.

Estaba aturdida. Nunca había sentido nada semejante. Max se había limitado a enseñarle cómo darle placer a él, sin molestarse en ser recíproco. Jamás había sentido aquella calor recorrerle el cuerpo, ni cómo la piel se volvía tan sensible que un simple aliento sobre ella podía estremecerla; mucho menos había llegado a estallar en un orgasmo delirante que casi le arranca la cordura.

—¿Disfrutaste igual cuando le entregaste al duque lo que era mío?

La voz dura de Trevor la sacó del entumecimiento que se había apoderado de su cuerpo. Parpadeó, sorprendida, y se dio de bruces otra vez con la dura realidad.

Trevor la miraba acusador. Había tenido que obligarse a salir de aquel ensueño que había sido darle placer. Tenía que arrancarse las garras que estaban aprisionando de nuevo su corazón, rendido a los pies de una mujer que lo había destrozado.

—Poco derecho tienes a recriminarme nada, cuando tú no luchaste por mí —le contestó apartando la mirada, completamente avergonzada por haberse dejado llevar por la pasión. Se había derretido en sus brazos, olvidando lo que él buscaba: venganza.

—¿De qué me hubiera servido luchar, si tú ya habías tomado la decisión de casarte con él? Te dejaste arrastrar por tu propia ambición, y mírate ahora.

Trevor se levantó y se limpió la boca con la manga de la camisa.

—Si eso es lo que piensas que ocurrió, entonces no tengo nada más que decir —contestó ella, dolida por su acusación.

—Me parece perfecto —replicó él—, porque esa boca es mejor usarla

para otras cosas más placenteras, ¿no crees? —La miró de arriba abajo y se rió—. Eres una puta magnífica. Nunca había visto a una tan ruborizada por el placer después de tener un orgasmo. ¿Es igual con tu marido?

Escupió la última pregunta. Quiso permanecer frío y distante, pero pensar en el duque sacaba lo peor de él.

Win no contestó. ¿Cómo iba a admitir que, en todos los años que llevaba casada, su marido jamás se había preocupado del placer de ella? ¿Que al principio había sido un completo desastre, y al final, simplemente la violaba porque ella se negaba a aceptarlo de buena gana? ¿Que yacer con Max era doloroso y humillante?

No, no iba a darle más munición para que la despreciara. Ya tenía suficiente.

Pero no hizo falta que ella hablara. Su silencio fue más que significativo y, sin saber por qué, Trevor se sintió exultante de alegría y satisfecho consigo mismo.

—Así que el duque pordiosero es un completo inepto en la cama. Debiste llevarte una gran decepción después de todo lo que se decía de él, ¿no? —se burló.

Win siguió en silencio, con el rostro girado hacia la ventana que mostraba una noche espléndida, con el cielo lleno de estrellas. ¿Por qué había tenido que acudir a la cita, sabiendo que él la humillaría? Porque pudo más el deseo de estar con él, que el miedo al dolor que pudiera causarle.

Trevor se quitó la ropa que todavía llevaba puesta y se mostró ante ella en una magnífica desnudez. Le cogió el rostro y la obligó a mirarlo. Win tragó saliva cuando bajó los ojos hacia la longitud de su polla. Era enorme y se convenció de que no le cabría. La de Max era más pequeña y delgada y le producía mucho dolor. Con esta, sería insoportable.

Pero no dijo nada. Apretó los dientes y la mandíbula y se dispuso a soportarlo. Él creía que se lo debía, y si ofreciéndole su dolor y su humillación lograba que él pudiese dejar atrás el pasado, se sacrificaría.

Lo amaba. A pesar de todo seguía amándolo con una fuerza inusitada. Jamás lo había olvidado. No había conseguido arrancárselo del corazón, y estaba dispuesta a entregarle la vida si era lo que él le exigía a cambio de su perdón.

Trevor se acercó a ella y la giró sin desatarla del poste. Le pasó las manos por la espalda hasta aprisionar los glúteos, deslizándolas hacia adelante, acariciándole el vello púbico y recorriendo el vientre hacia arriba hasta llegar

a los pechos.

—Me gusta verte así, sometida a mí, pudiendo hacer contigo todo lo que quiera, acariciarte dónde y cómo quiera, sin que puedas hacer nada por evitarlo. Disfrutar de la suavidad de tus pechos, pellizcarte los pezones hasta que gimas, frotar mi polla entre tus glúteos...

La desató del poste, pero volvió a atarle las manos, esta vez a la espalda. La empujó con suavidad para que se subiera encima de la cama, y la obligó a posar la cabeza sobre la almohada.

Win le ofrecía su trasero perfecto, blanco y puro. Tanteó la entrada entre los glúteos con la punta de la polla.

—La próxima vez, te tomaré por aquí. Abriré tu ano y deslizaré mi polla en su interior.

—No habrá próxima vez —contestó Win con voz temblorosa. Quería mantenerse fuerte, pero estaba a punto de romperse.

—Ya lo creo que la habrá —replicó Trevor con un gruñido. Se inclinó hacia adelante hasta que el pecho chocó con la espalda femenina, y le susurró al oído—: Serán todas las veces que yo quiera. Cuando yo chasquee el dedo, tú acudirás a mí y me darás placer. Porque me lo debes. Porque lo deseas. Porque necesitas el dinero que te daré a cambio. Son tres buenas razones, ¿no crees?

Trevor tanteaba con la polla, buscando la entrada del delicioso coño mientras hablaba. Win se forzó a relajarse. Por propia experiencia, sabía que si estaba tensa el dolor era mucho mayor. Con Max se había convertido en una experta, pero hacía dos años, gracias a los cielos, que no la visitaba ni la forzaba; pero cuando él la empaló con furia reprimida, tuvo que parpadear, sorprendida, porque lejos de ser doloroso, había sido extrañamente placentero.

—Tu coño está mojado, empapado por los flujos del placer —gruñó Trevor, empujando sin compasión dentro de ella una y otra vez mientras hablaba—. Eres mi puta, Win, y lo serás hasta que yo decida que me he cansado. Si crees que vas a poder escaparte de mí, es que estás loca. No tienes a nadie, cariño, tu marido es un imbécil que va escondiéndose por los tugurios más escabrosos e infectos de Londres, y sé muy bien en la miseria en la que tú vives. Necesitas mi dinero, Win, y a cambio de él harás todo lo que yo te pida.

A pesar de las duras palabras, a pesar de la violencia con la que Trevor la estaba follando, Win volvía a estar en el maravilloso camino que la llevaría al

orgasmo. La insultaba con dureza, quería humillarla, pero en sus actos veía ternura y amor, aunque él lo negara.

Podría haber hecho como Max, arrancarle la ropa, pegarla y después penetrarla sin prepararla, forzándola brutalmente, provocándole dolor mientras la embestía con salvajismo. Ella no habría podido defenderse.

Pero no lo había hecho.

La había besado y acariciado por todo el cuerpo. La había vuelto loca dándole más placer en un rato, que Max en toda su vida. Incluso en aquel preciso momento, cuando seguía atada e indefensa, y a su merced, en lugar de aplastarla con su cuerpo, más grande y pesado, se preocupaba por sostenerse con los codos sobre el colchón.

No. Trevor no la odiaba. A pesar de sus palabras, la trataba con ternura y consideración. A pesar de su agresividad, no le había hecho daño. A pesar del desprecio que destilaban sus ojos cuando la miraban, no podían ocultar la calidez que se escondía detrás.

Sí, iba a entregarse a él todas las veces que él la requiriera. Haría todo lo que le pidiera. Se comportaría como la puta que decía que era. Lo amaría y le entregaría su corazón, aunque después se lo partiera.

Porque era justo.

Porque aunque ella no había sido la culpable, le había roto el corazón. Porque su amargura era responsabilidad de ella.

Porque lo deseaba.

Porque después de doce años sufriendo abusos y humillaciones, se merecía tener a un hombre que la amase, aunque él lo negara.

Trevor se enardeció al oír los gemidos de Win. La cogió por los hombros y la levantó hasta pegarle la espalda a su pecho, sin dejar de empujar dentro de ella. Le acarició los pechos con tosquedad, pellizcando los pezones, haciendo que ella dejara caer la cabeza hacia atrás y la apoyara en el hombro masculino.

—Sigues siendo hermosa —gimió, desesperado—. Me sigues volviendo loco, y quiero follarte hasta quedar completamente agotado.

—Oh, sí —gimió ella, loca de placer, empezando a correrse.

Gritó, con el cuerpo estremecido, el brazo de él sosteniéndola por la cintura, manteniéndola pegada a él mientras seguía martilleándola con la polla en el interior de su coño.

—Joder, joder, joder... —exclamó mientras se corría, dejando que el placer fluyera por todo el cuerpo hasta transportarlo a otra época y otro lugar

que nunca habían sido.

Por unos instantes, los doce años transcurridos no existían, y volvió a ser aquel Trevor enamorado, inocente y generoso, ilusionado con el futuro que tenía ante sí.

Cayeron sobre la cama, de lado. Él no la había soltado, y la mantenía pegada a él. Sus respiraciones agitadas estaban acompasadas y el sudor resbalaba por la piel. La cabaña olía a sexo, la leña crepitaba en la chimenea, y todo parecía maravilloso y especial.

Pero el momento mágico pasó. Trevor volvió a la realidad. Los doce años de separación, le pesaron de nuevo sobre los hombros. El dolor regresó, más agudo que de costumbre. La rabia, la pena, la necesidad de desquite...

—Te ha gustado, ¿eh? —se burló de ella, dándole una palmada en la nalga—. Quién hubiera dicho que la pequeña, dulce e inocente Win se convertiría en una mujer tan viciosa. —La tapó echándole las mantas por encima y se dio la vuelta—. Duerme un poco y descansa, que en un rato estaré listo para una segunda ronda. Todavía faltan muchas horas para que llegue el amanecer.

Una hora después, Trevor estaba de nuevo encima de ella. Los trucos del sexo tántrico que Lirio y Loto le habían enseñado eran espectaculares y obraban maravillas en la recuperación de un hombre.

Win no se despertó cuando le desató las manos para atarla al cabezal de la cama, ni cuando la empezó a estimular para que su coño se empapara, acariciándola con los dedos, y chupándole los pezones. Gimió dormida aún, pero no abrió los ojos hasta que él la penetró.

—Oh —gimió al verse reducida de nuevo—. Suéltame, por favor. Quiero acariciarte.

—Nada de eso —contestó él mientras la besaba en el cuello y gemía por el placer de follar ese coño tan dulcemente estrecho, que se acoplaba a su hinchada polla como un maldito guante—. No quiero que tus manos de furcia me toquen.

—Entonces, te tocarán mis piernas —replicó ella, rodeándole la cintura con ellas, empujando su pelvis para salir al encuentro de la verga de su amante.

Aquello era delicioso. Sus palabras ya no dolían. Podía pasar sobre ellas como si fuesen un simple charco de agua limpia, que aunque salpique, no te mancha.

—Oh, Dios —gimió Trevor, clavando los dedos en las femeninas nalgas

—. Voy a correrme en seguida.

Se paró y se separó de ella, sacando la polla del delicioso reducto en el que había estado tan feliz.

Win se quedó sorprendida, con las piernas separadas sin importarle que su coño estuviese tan a la vista, mirando la enhiesta verga que estaba suspendida ante ella. ¿Por qué se había separado? ¿Por qué la había dejado sin llegar a culminar?

—Por favor, Trevor, —le suplicó—, necesito llegar... Siento... Por favor.

Sus balbuceos eran incoherentes, como lo eran los movimientos desesperados de su cuerpo que lo buscaban a él.

Trevor la miró con malicia. Sabía que Win, como él, estaba al borde del orgasmo. Lo notó en las palpitaciones que le rodearon la polla hacía tan solo unos segundos. y por eso se había apartado. Esta vez, no iba a dejarla terminar. Esta vez, la dejaría con las ganas de volver a sentir el maravilloso placer del orgasmo.

—Esta vez no, cielo —le dijo, y empezó a acariciar su propia polla con la mano, más fuerte y más rápido, hasta que el orgasmo lo alcanzó y su semen salió despedido, salpicando a Win, llenando sus pechos y su vientre.

Jadeante, Trevor se dejó caer a un lado sin decir una palabra. Respiró profundamente intentando recuperar el control y, cuando lo consiguió, se levantó de la cama, recuperó la ropa que había quedado tirada en el suelo, y sacó el reloj de bolsillo de su chaqueta para mirarlo.

—¿A dónde vas? —preguntó ella, desconcertada, sintiendo la insatisfacción y el dolor del placer no conseguido. Su útero pulsaba, anhelante por algo que ya no llegaría.

—A lavarme y vestirme. Son casi las cuatro de la madrugada. Hora de volver a la posada.

Win tiró de las ataduras. ¿No pensaría dejarla allí, así, no? Tragó saliva, asustada de verdad por primera vez en toda la noche. Se sentía sucia, con el cuerpo salpicado de semen pegajoso. La había marcado como a un animal, como si ella solo fuese un recipiente en el que verter su semilla. La había ensuciado a propósito para humillarla.

—Suéltame.

—Todavía no —contestó sentándose en la cama para ponerse los pantalones y los zapatos.

Se vistió con parsimonia, disfrutando del nerviosismo de ella, cada vez más alterada por la posición en la que estaba, atada en la cama sin posibilidad

de desatarse, completamente desnuda, llena de su semen.

—Por favor —suplicó Win al borde de las lágrimas. Ya no estaba tan convencida de su amor. Quizá estaba viendo algo que no existía. Quizá solo era tierno para que ella se relajara y que la humillación final fuese más efectiva.

Como así había sido.

Una vez vestido, Trevor se acercó hasta ella. La miró de arriba abajo con una sonrisa torcida en los labios, apreciando lo que veía. Le pasó el pulgar por los labios y deslizó la mano por el rostro, el cuello hasta los pechos. Los manoseó fríamente, como si no sintiera nada al tocarlos, como si simplemente estuviera toqueteando un objeto, una propiedad, algo sin vida.

—Te has portado muy bien —dijo finalmente. Subió la mano a los labios y le introdujo el pulgar en la boca y le acarició la lengua y el paladar—. Y seguro que esta boquita puede darme muchas sorpresas. —Sacó el dedo empapado en saliva y lo deslizó de nuevo hasta los pezones, mojándolos—. Mañana probaremos algo nuevo. Te espero aquí a la misma hora. Y no se te ocurra faltar, o iré a buscarte, ¿entendido?

Desató el nudo del lazo de un tirón y se lo guardó en el bolsillo.

Se marchó sin mirar atrás, sin ver cómo ella se encogía sobre sí misma, se hacía un ovillo sobre la cama y estallaba en un llanto desgarrador.

Capítulo doce

La noche siguiente, Win no apareció.

Trevor estuvo esperándola durante dos horas, maldiciendo y jurándose que lo pagaría.

Se había pasado el día recriminándose por su comportamiento. El rencor sacaba lo peor de sí mismo, a un hombre en el que no se reconocía y que no le gustaba. Pero cuando pensaba ella, y se percataba de cuánto la amaba todavía, esa furia se hacía más fuerte y lo hacía desear ser más cruel y vengativo con ella.

La amaba, seguía amándola a pesar de los años, a pesar del sufrimiento, a pesar del dolor. y follar con ella...

No. No había sido follar. Había usado esa palabra solo para hacerle daño, pero para él no había sido solo un coito. Le había hecho el amor, con las manos, con la boca, con todo su cuerpo. Como un tonto enamorado le había declarado su amor sin palabras con cada uno de sus actos.

Y ella lo había visto, había sido consciente de sus sentimientos.

Por eso había tenido la necesidad de humillarla al final, para demostrarle que esta vez no iba a poder jugar con él.

Pero no había captado el mensaje.

Por eso no se presentaba a su cita.

Iba a dejarlo esperando como un tonto enamorado.

No, no iba a permitirlo.

Se marchó, furioso, pensando en cómo vengarse al día siguiente.

Apenas durmió en toda la noche. Se levantó cansado y furioso todavía. A media mañana, cuando el sol ya estaba alto, cabalgó hasta Broswich Park, y se presentó en la puerta principal, golpeándola con exigencia para ver a la duquesa.

La doncella que le abrió lo miró con los ojos desorbitados, asustada por la agresividad de su mirada, y le hizo pasar, temerosa, hasta un pequeño salón que había al lado del vestíbulo.

Allí espero, paseándose como un león enjaulado, conteniéndose a duras penas. Apretaba los puños y tensaba la mandíbula hasta hacer que los dientes chirriaran. Tuvo que ahogar las ganas de rajar el cuadro que había sobre la chimenea apagada, un cuadro que mostraba a una sonriente Win al lado de su

marido.

Aquello lo enfureció todavía más.

Cuando Win apareció, cerró la puerta tras de sí y se quedó allí, a una distancia prudente de él, lejos del alcance de sus manos.

—¿Estás loco? —susurró—. ¿Qué haces aquí?

—Te dije que si no te presentabas, vendría a por ti. Eres de mi propiedad, ¿recuerdas? Si te cito a una hora en un lugar, tú acudes.

—No pienso volver a citarme contigo, nunca más.

—¿En serio? —Trevor torció la sonrisa llena de malicia y la alcanzó en dos zancadas. La aplastó contra la puerta con su propio cuerpo y la besó con desesperación, un beso que la reclamaba como suya, que le obligó a aceptar cogiéndola del pelo y tirando de su cabeza hacia atrás—. Puedo hacerte la vida mucho más difícil, o mucho más fácil, Win.

—No voy a volver —contestó ella, jadeando por el beso. Temblaba de pies a cabeza, y sus pezones, escondidos bajo el vestido, se habían puesto duros.

—Eres una maldita zorra —susurró entre dientes.

Se apoderó de un pecho y empezó a acariciarlo sobre la ropa sin soltarla del pelo. Le separó las piernas a la fuerza, introduciendo la rodilla entre ellas, y su boca descendió hasta el cuello para lamerlo allí donde el pulso le martilleaba desesperado.

—Trevor, suéltame, por favor —le dijo jadeante.

—Me deseas —afirmó—. Me deseas y no puedes evitarlo. Mis caricias empapan tu coño de nuevo. ¿Quieres que lo compruebe? ¿Quieres que meta las manos bajo la falda para tocarlo?

—No... No voy a convertirme en tu puta —contestó ella con un gemido—. No voy a permitir que te aproveches de mi necesidad.

Trevor le desabrochó el vestido hasta que los pechos quedaron al descubierto. Se apoderó de un pezón con la boca, y Win se aferró a sus hombros con los dedos, clavándoselos, incitándolo a continuar, contradiciéndose con sus palabras.

—Tu necesidad no es solo de dinero, y lo sabes bien —jadeó él, levantándole la falda—. Tus gemidos son mucho más convincentes que tus palabras.

Ella intentó apartarlo, negarse a la evidencia de que estaba excitada y necesitada, pero la mano de Trevor, que empezó a acariciarle el coño, la hicieron desistir. Estaba empapada de deseo y se frotó contra aquella mano,

anhelante de sentirla, de gozar con sus caricias, de volver a tenerlo en su interior.

Dios, sí, lo necesitaba como al aire que respiraba. Sentir las manos masculinas sobre la piel la hacía sentirse viva, igual que cuando tenía diecisiete años y todavía tenía esperanza en el futuro.

Pero no podía. Él la destrozaría. Ahora lo sabía. El dolor, la traición, lo habían convertido en un hombre duro que jamás admitiría lo que seguía sintiendo por ella.

—No... no puedo... por favor...

—Sí puedes, y lo harás. Te espero en la cabaña, en una hora.

—No voy a ir...

Trevor dejó ir una risa divertida cargada de sarcasmo.

—Pues volveré y terminaré aquí lo que hemos empezado. ¿Te atreverás a arriesgarte a que tus hijas nos sorprendan cuando vengan corriendo a ver por qué su madre grita tanto?

—No... no te atreverías.

—No me conoces, Win. Ya no me conoces. —Se apartó de ella y la miró. Tenía el peinado deshecho, el vestido abierto con los pechos al descubierto, con las marcas de sus dedos y empapados en su saliva, y la falda medio subida, dejando a la vista la torneada pierna—. No me obligues a demostrarte en qué clase de hombre me convertiste.

Salió de allí convencido de que ella acudiría. No se atrevería a dejarlo plantado otra vez, o cumpliría su amenaza.

Trevor tenía razón en una cosa: su necesidad era mucho más profunda que el simple dinero.

Ya no recordaba qué era sentirse amada.

Tenía a sus hijas, por supuesto, y el amor que ellas le proporcionaban era puro, pero también venía cargado de preocupaciones y de responsabilidades que llevaba ella sola sobre los hombros.

Win necesitaba sentirse protegida, tener alguien a su lado que le aliviase la carga, que la abrazase con ternura y le dijese que todo iba a ir bien, que no estaba sola.

No iba a encontrar eso en Trevor, ya no, pero quizá, con un poco de suerte, alcanzaría vivir un pequeño espejismo durante un rato en el que podría volver

a ser aquella chiquilla de diecisiete años que era feliz porque estaba enamorada.

Aunque al final el sueño se rompiese de nuevo y quedase devastada.

No fue el dinero, ni las amenazas lo que la llevaron a acudir a la cita tal y como él le había ordenado, sino esa necesidad brutal de borrar doce años de pesadillas aunque solo fuese durante una hora.

Trevor la estaba esperando en la puerta de la cabaña. Le brillaron los ojos cuando la vio llegar, y durante un segundo fue como antaño. Se precipitó sobre ella y la besó con pasión, rodeándole el talle con los brazos y aprisionándola contra su duro cuerpo masculino.

Win se dejó llevar. Estaba ávida de caricias, de sus besos, de sus manos, tan grandes y fuertes. Le rodeó el cuello y hundió las manos en el pelo oscuro y ensortijado.

—Hace un día magnífico para estar encerrados —le susurró al oído sin soltarla—. Quiero hacer el amor contigo, aquí, bajo el sol.

—Trevor, no, alguien podría vernos.

—No seas tonta, mujer —le dijo, sacando el fajo de cien libras del bolsillo para ponérselos en la mano—. Será excitante.

A Win no le gustó la idea, pero accedió con un cabeceo. Trevor volvió a besarla y empezó a desabrocharle el vestido. Necesitaba volver a disfrutar de aquellos pechos magníficos, del tamaño justo para sus manos. Tiró del corpiño hacia abajo y los cubrió sin dejar de besarla muy profundamente. Ambas lenguas se arremolinaban y luchaban, explorando la boca del otro, chocando entre ellas, desesperadas.

—Me fascina que no lleves corsé —le dijo besándole la mandíbula, dejando que los labios descendieran por el cuello hasta los pechos.

—Con tanto trabajo que hacer, es un estorbo —contestó ella aferrándose a su chaqueta, exultante de alegría porque no la había atado y le permitía tocarlo.

La otra noche le había dicho que no iba a permitir que sus manos de ramera lo tocarán jamás, pero aquí estaba, deleitándose con el calor de su piel bajo las manos mientras él se apoderaba de un pezón y lo chupaba hasta hacerlo endurecer.

—Algún día, te vestiré de sedas —le prometió él—. Como a una hindú, con telas vaporosas tan sensuales que son un deleite para el que mira. Te verás muy hermosa, ya lo verás.

Win pudo imaginarse así vestida, y deseó que aquel día llegara pronto. Se

sentiría hermosa otra vez, igual que se estaba sintiendo amada en aquel momento.

Trevor estaba siendo tierno. Sus caricias parecían casi reverenciales. Nunca la habían tocado con tanto amor, ni acariciado con tanta suavidad.

Le deshizo el peinado, soltando el pelo rubio que cayó en cascada sobre los hombros. Volvió a besarla, aplastándola contra la pared de la casita que tenía detrás. Empezó a subirle la falda, dejando que su mano recorriera el camino, acariciando la pierna, la rodilla, el muslo, hasta llegar al centro de su placer.

—Estás mojada —susurró.

Win gimió y empezó a frotarse contra aquella mano que la acariciaba. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, abandonada completamente al placer. Volvía a parecer joven, como si aquellos doce años no hubiesen pasado.

Trevor cerró los ojos para no mirarla. Tenía la polla hinchada y estaba dolorido, y era en eso en lo que tenía que centrarse, en satisfacer su lujuria, no en pensar en lo hermosa que estaba, ni en cuánto la amaba.

Maldito fuese su corazón, que seguía latiendo por ella a pesar de todo el dolor que le había causado.

—Parece que lo estás disfrutando, a pesar de las quejas. —Tenía que defenderse de ella. Lo estaba hechizando, de nuevo, y necesitaba zaherirla para recordarse para qué estaba allí—. Eres muy licenciosa. —Se desabrochó los pantalones hasta liberar la enhiesta polla, dura como el acero. Le cogió la mano y la obligó a tocarla, a acariciarla de arriba abajo—. Quién me hubiera dicho que te convertirías en una mujer capaz de entregarse a plena luz del día, en mitad de un bosque, donde cualquiera puede verte. ¡No! No te tapes. —Win había dejado de acariciarlo, sonrojada por la vergüenza, y había intentado cubrirse los pechos desnudos con las manos. Trevor se las cogió y las alzó sobre su cabeza, inmovilizándola así—. Te deseo así, con los ojos brillantes por el placer, la piel ruborizada por la vergüenza, abierta a mí y a mis deseos.

Le cogió una pierna y la obligó a rodearle la cintura con ella. Entonces, la penetró de una estocada profunda, colmándola, y volvió a mirarla mientras iniciaba el vaivén placentero que los llevaría hasta el orgasmo.

—Vive la excitación que provoca el miedo a ser descubiertos. Te dará más placer, confía en mí.

¿Podía confiar en él? No, no debía, pero lo hizo de todas maneras.

Le devolvió la mirada y se perdió en los ojos chocolate que la

observaban. Se deleitó con su rostro adusto, con la mandíbula cuadrada, y los dientes apretados. Parecía que estuviera sufriendo, pero sabía que todo era por el placer que estaba recibiendo, que ella le estaba dando.

Se dejó llevar por las caricias, por los besos, por la inmensa polla que entraba y salía de su coño y que la hacía temblar de deseo y de gozo. Era suyo, en aquel momento, a pesar de todo, Trevor volvía a ser suyo, y eso era lo único que le importaba.

Trevor le soltó las manos y ella corrió aferrarse a su cuello. Las manos masculinas descendieron hasta las nalgas par izarla y poder empalarla con más dureza. Win le rodeó con la otra pierna también, cruzando los tobillo sobre el masculino trasero, y su encuentro se convirtió en un baile salvaje.

Trevor la machacaba con la pelvis y con su empuje la aplastaba contra la pared de la cabaña. Gruñía y gemía con la voz ronca. Hundió la nariz en el cuello de Win y la mordió. Le pellizcó un pezón, perdido en el torbellino de gozo, hasta que ella gritó, por el dolor y por el placer, exigiendo más, más fuerte, más duro, más rápido.

Win estalló en un orgasmo avasallador que la hizo gritar como nunca. Los pájaros del bosque iniciaron el vuelo, espantados por el alarido que casi parecía el de un animal moribundo. Trevor la siguió, en el orgasmo y en el grito, un aullido ronco que le nació en el mismo pecho, allí donde tenía el corazón.

Con la respiración entrecortada, la dejó caer lentamente hasta que los pies de Win volvieron a estar posados en el suelo. Estaba temblorosa, agotada y dichosa. Echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared, y Trevor vio su sonrisa satisfecha.

Se apartó de ella como si se hubiese quemado, dejándola huérfana del calor de su cuerpo. La miró de arriba abajo y se obligó a verla como lo que era: una prostituta que se vendía por dinero. Tenía los pechos al aire, con las marcas de sus dedos y rastros de saliva; la falda levantada, mostrando el coño que acababa de follarse; el pelo enmarañado, caído por los hombros.

Se abrochó el pantalón con movimientos fríos y comedidos, intentando contener la necesidad de cogerla en brazos y llevarla al interior para cuidarla, meterla en la cama y sostenerla con ternura entre los brazos hasta que se durmiera.

No, no habría besos tiernos, ni caricias lánguidas, ni palabras bonitas.

—Espero no tener que volver a ir a buscarte nunca más —le dijo con voz fría y altanera cuando volvió a estar recompuesto—. Esta noche acudirás a mí,

y lo harás cada noche hasta que yo me harte de ti, o me obligarás a ir a tu casa y follarte sin importarme nada ni nadie. ¿Has comprendido? —Era su amo, y lo sería hasta que decidiera dejar de serlo, y ella obedecería o tendría que atenerse a las consecuencias—. No me desafíes, Win. No te interesa hacerlo.

Caminó hacia el caballo que estaba paciando tranquilamente bajo el cobertizo, montó en él y se alejó al trote sin mirar atrás, dejándola sola, medio desnuda, despeinada, humillada y más sola que nunca.

Capítulo trece

El cuerpo de Maximilian salió despedido por el aire, atravesando la puerta del tugurio, impulsado por dos pares de manos fornidas que no pertenecían precisamente a unos caballeros.

—¡Y no vuelvas más por aquí! Maldito duque piojoso.

—Escoria inmunda —rezongó mientras se levantaba, tambaleándose a causa de la borrachera, y se sacudía la ropa con las manos—. ¡No se trata así al duque de Broswich! —gritó, alzando un puño amenazador.

—¡Lárgate si no quieres que te meta el puño por el culo! —gritó el dueño del tugurio, riéndose.

Maximilian se marchó. Caminó tambaleándose, tropezando con las piedras de la calle. De vez en cuando, se apoyaba en las mugrosas paredes de Whitechapel para evitar caerse al suelo.

Iba en dirección sur, hacia el Támesis.

Se paró en una esquina y sacó una botella que llevaba en el bolsillo, envuelta en papel. Se la llevó a los labios y maldijo cuando de allí no salió nada. La tiró contra la pared, formando estruendo, y los cristales se rompieron, esparciéndose sobre el suelo.

—Malditos sean todos —rezongó, pensando cómo iba a conseguir otra botella si ya nadie le fiaba.

Debía dinero en todos los tugurios de Londres, y ninguno de sus mal llamados amigos lo recibían ya en sus casas.

Siguió caminando y maldiciendo. Las putas que a aquellas horas paseaban por las calles en busca de algún cliente, se burlaron de él. Les gritó y las insultó. No hacía mucho, cualquiera de ellas hubiese matado por meterse en su cama.

No supo cuánto tiempo llevaba caminando cuando llegó al río.

Hacía rato que había dejado Whitechapel atrás y se había internado en Shadwell, donde se concentraba el mayor número de casas de opio. Fue empujado varias veces, zarandeado otras cuantas. Le robaron los zapatos y tuvo que escapar corriendo porque un maldito chino empezó a gritar en su maldito idioma acusándolo que quién sabe qué.

Con la cabeza nublada por el alcohol y los efluvios del opio que flotaban como una nube sobre el barrio a aquellas horas, se quedó mirando las aguas oscuras y mansas del Támesis.

Aquella no era su vida. Su vida se la habían robado. Él era el duque de Broswich. Su familia había llegado junto a Guillermo el Conquistador y había sometido aquellas tierras bárbaras. Los malditos acreedores que lo perseguían por todas partes, le debían un respeto. ¡Inglaterra le debía un respeto! ¡El maldito rey Guillermo IV le debía un respeto!

Gritó de rabia y frustración, y empezó a golpear con el puño el antepecho de piedra que lo protegía de caer al río.

Malditos todos. Malditos todos.

No podía seguir así.

Ante él vio la vida que le esperaba, llena de miseria, humillaciones y necesidades. Se miró la mano, hinchada y sangrante, y empezó a reír como un loco.

Todos se burlaban del duque moroso, piojoso, vagabundo y tantos otros motes que le habían puesto. Todos se reían de él y lo señalaban por la calle. A él, que era mil veces mejor que todos ellos juntos, cuya sangre era mucho más noble que la del propio rey.

Iba a darles una lección. Todos sentirían haberse reído a su costa. Les obligaría a inclinarse ante él. Sí, eso haría. Idearía un plan para vengarse de todos ellos.

Se sentó en el antepecho y dejó las piernas colgando sobre las aguas mientras en su cabeza maquinaba varias ideas. Matar al rey Guillermo le pareció buena idea, Sí, aquello haría que todos dejaran de insultarle y pasaran a temerle. El duque asesino, lo llamarían. Era mucho mejor pasar así a la historia que no como el duque pordiosero.

¿Cómo lo haría?

Tenía que buscar una buena idea, pero para eso, necesitaba darle un trago al a botella. La misma botella que ya no recordaba haber tirado y roto hacía unas horas.

Se revolvió, sentado sobre el antepecho, rebuscando en los bolsillos. ¿Dónde se había metido la maldita botella? Intentó quitarse la chaqueta para poder buscar bien con tan mala (o buena) fortuna que perdió el equilibrio y cayó al agua, dándose un fuerte golpe en la cabeza contra una de las piedras que sobresalían de la superficie.

Su cuerpo se hundió sin proferir ningún sonido.

Lo encontraron varios días después, flotando, hinchado como un globo, y solo lograron indentificarle gracias a que su nombre estaba bordado con hilo de oro en el interior de la chaqueta que no había logrado quitarse.

—Parece aturdida, señora. ¿Seguro que se encuentra bien?

Win alzó la vista de su plato y miró a Rose. Estaban sentadas a la mesa en la cocina, comiendo. La pequeña Roxanna, como siempre, jugaba con la comida, apartando los guisantes con cara de asco. Margaret la miraba a ella, esperando una contestación a la pregunta de la doncella.

«Está creciendo demasiado deprisa», se dijo, al ver el rostro preocupado de su hija mayor.

—Estoy bien, solo un poco cansada.

Era normal. Llevaba siete días seguidos acudiendo al pabellón de caza cada noche, y volviendo a su cama casi de madrugada, rezando para que ninguna de sus hijas se hubiesen despertado y descubierto que no estaba allí.

—No me extraña, mamá —le dijo Margaret—. Casi no duermes.

—¡Claro que duermo! —exclamó, ruborizándose.

—No es cierto. Llevo tres noches despertándome y tú no estás en la cama.

—Me cuesta un poco dormirme, y bajo a la biblioteca a leer y me quedo dormida allí, en el sofá —mintió.

Rose la miró con el ceño fruncido, porque sabía que no era cierto.

—Esta noche le prepararé una tisana para que la ayude a dormir, señora.

—No es necesario, Rose. Y esta conversación ha terminado. Comed, que no nos sobra la comida como para que andéis desperdiciándola.

Pensó en el motivo de su cansancio. Suerte que ya estaba ruborizada, porque recordar lo que Trevor le había hecho la noche anterior hizo que el calor se apoderara de sus mejillas y el anhelo ya conocido se instalara en su útero.

Deseó que fuese de noche otra vez, para poder encontrarse de él.

A veces, se preguntaba cómo podían gustarle las cosas que le hacía, o que le obligaba a hacerle a él. Como cuando le ordenó que le chupara la verga de rodillas ante él, completamente desnuda; o cuando la ató a la cabecera de la cama y se dedicó a torturarla con sus caricias y besos; o cuando le tapó los ojos y jugaron a la gallina ciega. Este último fue verdaderamente excitante. Trevor, totalmente vestido; ella, ciega y desnuda, recorriendo el salón principal del pabellón con las manos extendidas, buscándolo, mientras él se aprovechaba y la tocaba por sorpresa por todas partes. Acabó haciéndole el amor encima de la mesa.

Aunque él seguía llamándolo follar, para ella cada acto era un acto de

amor.

Volvía a amarlo a pesar de que no era el mismo hombre que se había marchado. A pesar del rencor que veía en sus ojos, y que él se esforzaba para hacérselo presente a cada momento. Seguía llamándola «su puta, y seguía pagándola, a pesar de que ella hubiese acudido igual a aquellos encuentros si se hubiese negado a darle el dinero.

Pero sabía que aquellas cien libras formaban parte del ritual de humillarla, y ella las aceptaba porque, a fin de cuentas, las necesitaba.

—Señora —le dijo Rose cuando las niñas habían terminado de comer y se habían retirado a dormir un rato la siesta—, disculpe por meterme donde no me llaman, pero está usted jugando con fuego.

—No sé de qué me hablas, Rose —contestó mientras retiraba de la mesa los platos sucios.

—Todos en el pueblo andan cuchicheando sobre el caballero que lleva una semana hospedado en el Ruiseñor, y acabarán sabiendo la relación que lo une a usted.

—¿De quién me hablas? Rose, tienes mucha imaginación.

—No soy tonta, señora. Sé que es el mismo señor Sugdon del que usted estaba enamorada, y no hay que ser muy lista para atar cabos.

—Rose, por favor.

—Estoy preocupada por usted, señora. El dinero que ahora tiene ha de salir de alguna parte, y le repito que no soy tonta. Margaret puede que se haya creído su mentira, pero yo no. Sé a dónde va cada noche, y sé que vuelve con dinero en el bolsillo. Señora —le dijo, cogiéndole las manos. La doncella tenía lágrimas en los ojos—, si en el pueblo se enteran de que... se vende a él por dinero... ahora le tienen lástima, pero si se enteran...

—Te estás inventando cosas, Rose —contestó, enfadada, tirando de las manos para soltarse.

—La seguí. Anoche la seguí hasta el pabellón de caza. Esas cosas se acaban sabiendo, señora.

—Basta ya, Rose. No te metas en mis asuntos. Hago lo que tengo que hacer para sacar a mis hijas adelante. ¿Preferirías que dejara que nos muriésemos de hambre esta primavera, o de frío el invierno próximo? Hago lo que tengo que hacer —repitió, y Rose la miró con mucha lástima.

Trevor estaba en el Ruiseñor, la posada de Broswich. Comía mientras contaba las horas que faltaban para que llegara la noche y reunirse con Win. Fantaseaba con qué hacerle aquella velada. Tenía varias ideas que le rondaban por la cabeza, y se excitaba al contemplar cada una de ellas. Quizá la haría correr desnuda por el bosque y le daría caza como si fuese un zorro; después, la follaría por detrás, como un animal, mientras ella jadeaba, y le exigía más. O quizá volvería a atarla del poste. O le exigiría que se masturbara. Seguro que una dama como ella jamás en la vida se había masturbado, y mucho menos teniendo a un hombre observándola. Sería humillante para ella, y muy excitante para él.

Sí, quizá sería eso lo que la obligaría a hacer.

—¿Doctor Sugdon? —La pregunta la formuló un hombre bajito y calvo que se había quedado de pie ante él.

—Sí. ¿y usted es?

—Soy el doctor Torriman, profesor de anatomía de Oxford. ¿Me permite que me siente?

Trevor le hizo un ademán invitándolo a unirse a él.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Llevo buscándolo desde que se supo de su regreso a Inglaterra, doctor Sugdon. En la Universidad estamos muy interesados en sus estudios sobre las enfermedades tropicales, sobre todo en los casos de cólera, y de sus innovaciones en Sundar Desh.

—Me siento halagado. ¿Ha venido hasta aquí para decírmelo?

El hombrecillo soltó una risita avergonzada.

—Por supuesto que no. Bueno, en parte sí. Verá, el doctor Schmell, al que usted conoce, es el decano de la facultad de medicina, y tiene una propuesta muy interesante que ofrecerle.

El doctor Schmell, el mismo que doce años antes le dijo que no tenía futuro en la medicina porque no era capaz de sacrificarse por su profesión y dejar de lado los asuntos de faldas.

Bueno, parte de razón había tenido. Si se había hecho un nombre, había sido porque había dejado de lado los asuntos de mujeres y se había centrado en su trabajo.

Algo que había cambiado desde que había regresado a Inglaterra.

—¿Y qué propuesta es esa? —se interesó.

—El doctor Schmell está deseoso de tenerlo como miembro del claustro de profesores, y he de decir que el rector está entusiasmado con la idea. Tenga

—se sacó un papel del bolsillo y se lo ofreció. Era una carta—. El propio doctor se lo explica todo ahí.

Trevor abrió la carta y la leyó con tranquilidad. En ella, Schmell lo alababa por su trabajo y le hablaba del maravilloso mundo de la enseñanza, de las grandes satisfacciones que daba, y de lo magnífico que sería poder contar con él como profesor para el próximo curso, y lo invitaba a su casa de Oxford a pasar una temporada, para que pudiese ver con sus propios ojos el excelso mundo de la docencia.

—Es una sorpresa que todavía siga vivo y bien de salud, después de doce años.

—Oh, el doctor Schmell, a sus setenta años, es un hombre lleno de energía.

—No puedo negar que la propuesta es muy interesante, pero acabo de regresar después de pasar muchos años fuera de Inglaterra, y todavía no he decidido qué hacer en el futuro. —Se guardó la carta en el bolsillo—. Dígale al doctor Schmell que estudiaré su oferta con atención, y pronto le daré una respuesta.

Capítulo catorce

Cuando llegó al pabellón de caza, Win lo estaba esperando y se echó en sus brazos en cuanto cruzó la puerta, feliz de verlo de nuevo. Buscó la boca masculina con avidez, preguntándose qué diablura se le habría ocurrido, dispuesta a disfrutarla con ganas.

Pero Trevor la apartó y la miró con seriedad.

Estaba allí para hacerla sufrir, no para hacerla feliz. Win parecía pletórica de alegría cada vez que se encontraban, y nada de las humillaciones que él le tenía preparadas, la mortificaban lo más mínimo. Obedecía sin rechistar, se doblegaba a sus deseos sin protestas ni quejas. Se reía y participaba gustosa de cualquier idea que él le dijese, por muy descabellada y humillante que fuera.

No, no había ido allí para hacerla reír. Había ido para hacerla llorar.

—Parece que mi puta preferida está contenta de verme.

Tuvo que recordarse qué era ella en realidad, una mujer interesada y sin corazón. Una egoísta ambiciosa que le había roto el alma. Una mujer a la que había pasado doce años odiando. Una mujer que solo estaba allí por su dinero, y nada más.

—Siempre estoy contenta de verte.

Ni siquiera le molestaba que la llamara puta. Ya no se ruborizaba, ni lo miraba con los ojos llameantes, ofendida por el insulto.

—Sí, supongo que cien libras por follarte un par de veces cada noche, alegran la vida a cualquiera, ¿verdad?

Win se apartó, rodeándose la cintura con sus propios brazos sin comprender a qué venía aquel ataque.

—No estoy aquí por el dinero. Lo acepto porque lo necesito para mis hijas, pero si no lo necesitase, vendría igualmente.

—Sí, claro que sí. —Trevor soltó una carcajada incrédula. ¿Hasta dónde pensaba llegar con aquella comedia? Qué buena actriz que era. Incluso parecía realmente ofendida por sus palabras—. Eres tan buena actriz, querida. Incluso casi me creo que sigues amándome. He tenido que recordarme por qué estás aquí. —Sacó las cien libras del bolsillo y las dejó suspendidas en el aire unos segundos antes de tirarlas al suelo—. Solo estás aquí por eso. Vamos, no te avergüences, agáchate a recoger el dinero.

—No estoy aquí por el dinero. Te amaba hace doce años, y te sigo amando

ahora. Puede que no te lo haya dicho, pero creo que mis actos hablan por sí mismos.

—¿Tus actos? ¿Te refieres a abrirte de piernas cada vez que te lo pido? ¿A chupar mi polla cuando me apetece? ¿A corretear desnuda por la habitación, ciega, mientras yo te manoseo? ¿A permitir que te ate a la cama y te folle? Eso lo hace cualquier puta a cambio de dinero, querida Winnifred. Cualquier puta. Lo único que yo sé es que te amaba, y tu ambición te llevó a casarte con otro. ¡Con un duque, nada menos!

—¡Fue una trampa! Yo no quería casarme con Maximilian. He intentado explicarte lo que pasó, pero nunca quieres escucharme. Mi madre me tendió una trampa, me llevó a aquella habitación con un engaño. ¡Yo ni siquiera sabía que Max estaba allí! Casi me viola allí mismo.

Win se retorció las manos, rememorando la vergüenza de aquel día. Miró a Trevor y vio que él no la creía. Su desprecio era evidente en la mueca de sus labios y en el desdén con que la miraba.

—Una trampa a la que seguro que fuiste de buen grado.

—¡No! Yo no sabía que...

—¡Basta!

—¡Si tú me hubieras dicho una sola palabra, una sola, habría huido contigo sin dudarlo! —estalló ella, harta de que él le echara la culpa de lo ocurrido cuando era solamente una víctima, una víctima de las maquinaciones de Maximilian y de Abigayle, pero también del orgullo indomable de Trevor—. ¡No me habría importado ni mi reputación, ni nada! Me habría ido contigo a la India, o al fin del mundo si así lo hubieras decidido, sin dudarlo ni un solo momento.

—Mientras —siseó entre dientes—, no haces más que mentir, una y otra vez. Quieres enredarme en tu red de mentiras para sacarme más dinero, ¿crees que no lo sé? ¡Es lo único que te importa de mí! Pero ya da igual. He venido a follarte por última vez, para demostrarte que eres una maldita puta que no mereces que nadie te ame.

—¿Me abandonas? ¿Otra vez?

—Yo no te abandoné, maldita zorra. —La cogió por la muñeca y la zarandeó—. Desnúdate. Ya he pagado por tus servicios, y no voy a irme sin un buen revolcón.

—¡No! ¡Así, no! Coge tu maldito dinero y márchate si eso es lo que quieres.

—Ah, no, querida. No me iré sin antes quedar bien satisfecho.

—Trevor, por favor...

La arrastró hasta la cama y la tiró encima de ella, arrancándole el camisón que llevaba puesto. Se echó encima de ella, aplastándola con el peso de su cuerpo.

Win lloraba. Los sollozos eran incontenibles y surgían de su temblorosa garganta.

—¿Lloras? —le cogió las manos y se sacó el pañuelo del cuello para atarla al cabecero. Win intentó luchar mientras suplicaba y repetía «así, no, por favor, así no», pero no consiguió apartarlo de sobre su cuerpo—. tus lágrimas de esta noche serán un buen pago por todas las lágrimas que yo derramé por ti, por todas las noches de insomnio, por el dolor con el que he tenido que vivir desde entonces, por el regusto amargo de la traición que nunca he podido quitarme de la boca. —La cogió por las mejillas y la obligó a mirarlo a los ojos—. Te odio. Mi odio es tan profundo no tiene final. Mi deseo por ti es como una enfermedad que me pudre por dentro, porque no quiero desearte, y voy a arrancarte de mi corazón a cualquier precio. —Se incorporó lo justo para poder girarla y ponerla boca abajo. Le levantó las caderas, liberó la polla y la penetró con dureza—. Voy a follarte así, a cuatro patas, como un animal, como se folla a una puta fea y vieja, sometida a mi voluntad y mi deseo, porque para mí no eres nada, ni significas nada, ni siento nada por ti, porque desde tu traición, mi corazón está yermo y seco y es incapaz de sentir nada.

—Por favor, por favor —siguió suplicando Win entre lágrimas aun cuando él se había callado, mientras la taladraba ferozmente con la verga—. Lo siento, lo siento, siento todo lo que has sufrido, todo el daño que te he causado, pero soy inocente, te juro que soy inocente... Todavía te amo, Trevor, siempre te he amado...

—Todos los reos juran que son inocentes mientras los llevan al cadalso, pero la mayoría en realidad, son culpables. Como tú.

Win siguió llorando, sabiendo que sus protestas eran inútiles, que él nunca la escucharía, ni la creería, ni la perdonaría. Su alma, su corazón, se rompía con cada embestida, con cada uno de los gemidos masculinos, con cada uno de sus jadeos de lujuria. ¿Cómo podía hacerle esto? ¿Cómo? Después de una semana compartiendo juegos y placer, ¿cómo había podido volverse tan repugnante como Maximilian?

La estaba rompiendo. El recuerdo que quería atesorar para el resto de su vida, estaba deshaciéndose como un helado de Gunters dejado al sol. Como la

nieve a la llegada de la primavera, y pronto no quedaría nada de él.

Trevor se corrió con fuerza dentro de ella. Se levantó de la cama, se abrochó los pantalones y la desató. Win se hizo un ovillo, con el camisón roto hecho harapos. Él sacó un puñado de billetes y se los tiró encima.

—Esto es por el camisón. Que no se diga que no pago lo que rompo. Al fin y al cabo, ahora soy un médico respetable, ¿verdad?

Win no se percató de cuándo él se marchó. No oyó la puerta cerrarse, ni el galope del caballo. Seguía llorando y maldiciéndose por haberle entregado de nuevo su corazón, por pensar que él también la amaba, por creer que todavía tenía una pequeña esperanza de arañar un poco de felicidad.

Al día siguiente, Win estaba más demacrada que nunca. Se había pasado la noche en el pabellón de caza, llorando hasta quedarse dormida. Al amanecer, se había vestido y había regresado a la mansión.

Caminó por el prado como si fuese una muerta en vida, con los ojos apagados, la sonrisa marchita y unas terribles ganas de morir.

Rose la encontró sentada en los escalones exteriores que llevaban a la cocina. Estaba lloviznando y se le había empapado la ropa, pero ella parecía no notarlo.

—Dios mío, señora, ¿qué ha ocurrido?

La cogió del brazo y la obligó a levantarse y a entrar a resguardo. La empujó hasta el fuego del horno mientras le frotaba los hombros para que entrara en calor. Win la siguió sin oponer resistencia, como si fuese una muñeca sin voluntad propia.

—Se acabó, Rose —murmuró con voz trémula y perdida—. Ya podrás respirar tranquila. Trevor se ha marchado y no va a volver.

—Oh, señora...

—Anoche me dijo cosas horribles. Me odia, Rose. Me culpa por lo que pasó. Cree que soy egoísta, y ambiciosa, y que lo abandoné para casarme con el duque.

—Eso es horrible, señora.

Win se derrumbó en el suelo y volvió a llorar. Rose se arrodilló a su lado y la abrazó contra su pecho sin importarle que la ropa se le mojara.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a seguir adelante?

—Tiene dos hijas, señora, que la necesitan. Por Dios, ni se le ocurra hacer

una tontería. Piense en esos ángeles que dependen de usted.

—Por ellas sigo adelante, Rose, solo por ellas.

—¿Qué le ocurre a mamá?

La voz de Margaret, asustada, la obligó a recuperar el sentido común. Sus hijas no podían verla así, hundida y desesperada. Se limpió las lágrimas con las manos y forzó a sus labios a formar una sonrisa.

—Nada, cielo. Se me ha caído un botón, y Rose está ayudándome a buscarlo. ¿Qué haces tan temprano levantada?

—Estaba mirando por la ventana y he visto que se acerca un carruaje.

—¿Un carruaje?

Win se levantó como un resorte. ¿Un carruaje? ¿Quién podía venir en él?

«Trevor», pensó.

Trevor, que había recapacitado y había decidido creerla, y venía para pedirle perdón y para decirle que la amaba, que nunca había dejado de amarla, y que se quedaría a su lado para siempre, que nunca más volvería a dejarla sola, ni a hacerla sufrir.

Sí, seguro que era Trevor.

La esperanza renació y salió corriendo de la cocina, subió los peldaños de dos en dos, y corrió por el jardín hasta rodear la casa y llegar a la entrada principal.

El carruaje se había detenido. Un lacayo con un uniforme abrió la puerta.

Bajó un hombre alto y grueso que no reconoció.

—¿Su excelencia? —preguntó, sorprendido de ver allí a aquella mujer con los ojos hinchados y enrojecidos, el pelo revuelto y el vestido empapado.

—¿Quién... quién es usted?

—Soy el magistrado Severus Nickeldom, excelencia. Y vengo a notificarle la trágica muerte de su esposo. Su excelencia Maximilian St. John, duque de Broswich, fue hallado muerto flotando en el río Támesis hace dos días.

La semana que siguió a tan funesta (o deseada) noticia, Win la pasó entre brumas. Al dolor provocado por la marcha de Trevor, se unió la incertidumbre de no saber qué iba a ser de ellas.

Rezó para que el nuevo duque fuese un hombre compasivo y le permitiera quedarse para ayudarlo a levantar la heredad de nuevo. O que quizá les cediera, a sus hijas y a ella, el pequeño pabellón de caza para vivir en él. Se conformaría con eso, y sería agradecida si llegaba a ocurrir. A pesar de los

recuerdos que habían impregnado aquellas paredes, la cabaña era confortable y se adaptarían bien.

Pero las noticias que llegaron no fueron buenas.

Su primo más cercano resultó ser un primo en cuarto grado que tenía sesenta años y era vicario en un pueblo perdido de Escocia, y no quiso saber nada de herencias ni títulos nobiliarios, por lo que el título, con todas las propiedades y las deudas que acarrecaba, revirtieron en la corona.

Y Su Majestad no quería a unas inquilinas indeseadas.

Tenían tres días para marcharse.

Win miró al hombre que estaba ante ella dándole la noticia. Era el mismo magistrado que le había notificado la muerte de su esposo, el señor Severus Nickeldom.

Win había escrito a su madre el mismo día que supo de la muerte de Maximilian, preguntándole si, llegado el caso, les permitiría ir a vivir con ella a Londres. La humillación de verse obligada a pedir ayuda se unió a la vergüenza de verse ignorada, porque Abigayle no se dignó responder a su carta.

«¿Y si me presento y no nos acoge? ¿Qué haremos en Londres sin un lugar en el que refugiarnos?».

Pero no le quedaba otra alternativa.

—Su Majestad está al tanto de la precariedad en la que han estado viviendo, Excelencia —decía el magistrado cuando Win volvió a prestar atención a sus palabras—, por lo que le envía un presente de quinientas libras, y un carruaje para que la lleven, a usted y a sus hijas, a donde usted prefiera.

—Su Majestad es muy amable, magistrado. Ahora, si me disculpa, tengo que darles la noticia a mis hijas.

Aquella noche, en la cama abrazada a sus hijas, la angustia le oprimió el corazón y la garganta. Entre lo que todavía le quedaba del dinero que le había dado Trevor (no, dado no, pagado, se recordó), y las quinientas libras de Su Majestad, tenía suficiente para alquilar una casita en algún lugar y vivir durante un tiempo de forma modesta.

Pero, ¿y cuando se acabara el dinero? ¿Qué haría?

Tendría que ponerse a trabajar, lo que no sería un problema si no fuese porque nadie le daría trabajo a la esposa del duque mendigo. Además, ¿en qué podría trabajar si no sabía hacer nada?

—¿Qué vamos a hacer, mamá? —preguntó Marguerite apoyando su rubia cabecita sobre el pecho de Win.

No supo qué responderle.

Capítulo quince

Tras un mes de estar en Oxford, Trevor había llegado a la conclusión de que no podría vivir allí.

Era una pequeña ciudad llena de eruditos y sabios testarudos, obcecados con su propia inteligencia, determinados a conservar sus privilegios y obsesionados con cerrar el paso a las nuevas generaciones.

El doctor Schmell le había recibido como invitado en su propia casa, y no hacía otra cosa más que alabarlo constantemente, y hablarle de las infinitas grandezas de dedicarse a la docencia para poder moldear a las nuevas mentes y prepararlas para el futuro.

Pero, para el doctor Schmell, preparar a las nuevas generaciones de médicos para el futuro significaba perpetuar el presente.

Trevor no había ido hasta allí con la idea de considerar seriamente su oferta de formar parte del plantel de profesores de la universidad. Sabía que era un honor, pero estaba seguro de que la enseñanza no formaba parte de su vocación. Aceptó la invitación del doctor solo para tener una excusa para alejarse de Win, y de toda la mezcolanza de sentimientos que se manifestaban cuando estaba junto a ella.

Oyendo al doctor Schmell hablando sobre medicina, despreciando la mayoría de los nuevos descubrimientos, burlándose de las investigaciones que estaban en marcha, y asegurando que él tenía la total y absoluta certeza de que todo quedaría en agua de borrajas y las aguas en el mundo de la medicina volverían pronto a su cauce, que era el que siempre había tenido y en el que no había cambiado nada desde hacía más de tres siglos, empezó a preguntarse si él, de alguna manera, no estaría haciendo lo mismo con Win.

Se había atrincherado en su tozudez, cerrando todas las puertas a la posibilidad de haberse equivocado. Ni siquiera había querido escucharla cuando intentó contarle lo que había ocurrido realmente.

Se había pasado tantos años necesitando el odio y el afán de venganza para sobreponerse al dolor y no dejar que este lo hundiera, que cuando tuvo la oportunidad de recuperar todo lo que había perdido aquella fatídica noche, lo había despreciado por ser incapaz de escuchar y perdonar.

Se había mentado durante demasiados años, diciéndose que Win era una manipuladora capaz de hacer cualquier cosa por ambición, cuando en el fondo, sabía que no era así. Había llegado a creerse su propia mentira porque era la

única manera de poder sobrellevar el dolor y el hecho de que había sido un cobarde.

Un cobarde que huyó de Inglaterra sin esperar a que ella se explicara. La había juzgado y condenado en un solo instante, y había actuado precipitadamente, marchándose de allí sin preguntarse ni una sola vez si ella lo necesitaba.

Y Win lo había necesitado.

¡Qué estúpido había sido!

Si no fuese una tragedia, se echaría a reír allí mismo, delante de sus colegas.

Había castigado a Win por el dolor que ella le había causado, sin pararse a pensar en el que él le había causado a ella al huir de Inglaterra, solo, dejándola allí en manos del maldito duque y de su madre.

Porque ahora la creía.

Win nunca había sido una mentirosa. ¿Por qué la había convertido en una? Para proteger a su estúpido corazón; porque si aceptaba que ella decía la verdad, también tendría que aceptar que él había sido un cobarde.

Y lo había sido.

¡Por Dios, que lo había sido!

—Pues sí, lo encontraron muerto flotando en el río. Un digno final para el duque pordiosero, ¿no creen?

Trevor volvió a la conversación al oír el cotilleo. Estaba en una cena en el club masculino del que era socio el doctor Schmell, y estaba sentado a la mesa con otros profesores de la universidad. Habían estado hablando de cosas que a él le importaban más bien poco y se había abstraído con sus propios pensamientos.

Hasta que oyó hablar de St. John.

—Los miembros de las clases altas son unos disolutos sin conciencia. Desaprovechan sus vidas y los privilegios que Dios les ha concedido.

—Tiene toda la razón. Tengo más que comprobado que su paso por la universidad es un mero trámite para ellos. En lugar de aprovechar las clases para engrandecer su espíritu académico y sacar lustre de su pobre inteligencia, lo que hacen es iniciar la espiral de depravación que los lleva a terminar flotando en las aguas del Támesis.

—También es cierto que sin sus generosas donaciones, ninguna universidad podría sostenerse.

—¡Generosas donaciones! —exclamó Schmell con un bufido enfadado—.

Que después utilizan como un arma arrojadiza cuando amenazas con la expulsión a uno de sus retoños.

—Eso es lo que ocurrió el año pasado con lord Pamkin, ¿no es cierto?

De repente, Trevor se levantó.

No podía permanecer un segundo más en Oxford.

Maximilian St. John estaba muerto, lo que significaba que Win estaba libre otra vez. Estaría sola, asustada por el futuro, con dos niñas a su cargo. Se vería desamparada sin alguien a quién acudir en busca de ayuda.

Lo necesitaba a él.

A nadie más que él.

Volvería a Broswich. Aquella misma noche se pondría en camino. Escucharía todo lo que Win tuviera que decirle y después le pediría perdón de rodillas.

Abigayle acogió en su casa a su hija y sus nietas. Lo hizo a regañadientes, y solo porque vivía preocupada por el qué dirán, no porque le importaran lo más mínimo.

Le cedió una de las pequeñas habitaciones de invitados. Su casa estaba lejos de ser una mansión, se quejó.

—Es perfecta, madre. Estaremos bien, gracias.

Win intentó ser agradecida, al fin y al cabo podría haberle cerrado la puerta en las narices y no lo había hecho.

—Eso espero. Por cierto, quiero que sepas que yo no puedo mantenerlos. La herencia de tu padre a duras penas me llega para mantenerme a mí misma. Deberías pensar en...

—Madre, delante de las niñas, no. En cuanto nos instalemos, bajaré a hablar contigo.

Abigayle asintió y las dejó solas. Win suspiró. No quería hablar de dinero delante de Margaret y Roxanna. La segunda era demasiado pequeña, y la grande, demasiado lista. No sabía qué idea se le había ocurrido a su madre, pero teniendo en cuenta los antecedentes, estaba segura de que no le gustaría.

Las niñas estaban cansadas, así que envió a Rose a la cocina a buscarles un refrigerio y después las acostó para que durmieran una siesta.

Mientras, agotada por el viaje, sin haberse lavado para quitarse el polvo del camino, bajó.

Su madre la estaba esperando en el saloncito que había al lado del

pequeño vestíbulo. Estaba de pie al lado de la ventana, mirando hacia el exterior. Había empezado a caer una fina llovizna que golpeaba contra los cristales.

Cuando Win entró, se giró hacia ella y empezó a hablar sin esperar a que se sentara.

—Como te estaba diciendo, puedo ofrecerte un techo pero no tengo dinero para manteneros. Sois tres bocas que alimentar. —La miró largamente, escrutándola con ojo crítico—. Estás muy desmejorada —la criticó—, pero no me extraña. ¿Cuánto hace que no comes debidamente? No, no me lo digas. No importa. Yo me encargaré de que vuelvas a poner carne sobre esos huesos, y te dejaré alguno de mis vestidos. Rose puede encargarse de arreglarlos a tu medida. Tienes que estar presentable si queremos buscarte un protector. Conozco a unos cuantos caballeros que estarán encantados de ocupar ese lugar; siempre dijeron que eras una mujer desaprovechada estando en manos del crápula de Maximilian, que el demonio lo tenga bajo sus garras. Cualquiera de ellos te proporcionará casa, ropa, comida y joyas a cambio de dejarte querer y de ser bastante traviesa en la cama, algo a lo que supongo ya estarás acostumbrada gracias a tu difunto marido.

Win escuchó la diatriba de su madre sin interrumpirla, pero cuando llegó al final y se la quedó mirando esperando su confirmación, no se la dio.

—No estoy dispuesta a convertirme en la amante de ningún hombre, madre.

Abigayle torció los labios en una mueca de repulsión.

—No digas tonterías. No será muy diferente de estar con Maximilian, o con tu último amante, Trevor Sugdon.

Win palideció cuando oyó nombrar a Trevor. ¿Cómo se había enterado su madre? ¿Lo sabía alguien más? ¡Dios mío! Si había salido a la luz, sería su completa ruina.

No es que no estuviese ya arruinada, tanto económica como moralmente. Pero, hasta aquel momento, todo era culpa de Max, no de ella. Su reputación como dama seguía intacta a pesar de todos los avatares por los que había pasado.

Pero si se sabía que había tenido un amante, y que encima este le pagaba por tener sexo con ella...

El resto de caballeros de la alta sociedad pensarían que tenían el mismo derecho y ninguno la respetaría. Y las damas la despreciarían.

No podría relacionarse con nadie sin arriesgarse a sufrir humillaciones y

desplantes.

—Vaya, vaya —susurró Abigayle, mirándola con atención—. Así que es cierto. Has sido su amante. —Dejó ir una carcajada seca—. Vaya con la mosquita muerta. En cuanto supe de su llegada a Inglaterra, me imaginé que era cuestión de tiempo que acabaras abriéndote de piernas para él. Nunca le olvidaste, ¿no es verdad? Qué tonta eres. ¿Te folló a conciencia y después se largó?

—¡Madre! ¡No hables así! —protestó indignada por la falta de pudor de su madre.

—¿Por qué? Es la verdad, ¿no? —Volvió a reírse cuando su hija no contestó—. Así que lo hizo. Y tú, como una tonta, caíste. Te entregaste. Espero que, por lo menos, pudieses sacarle algo. Nunca hay que abrirse de piernas para un hombre sin que antes hayan sido generosos contigo, hija mía. Grávate a fuego esta lección, porque es la más importante de tu vida.

—No tengo que gravarme nada porque no pienso convertirme en una prostituta como...

—¿Como yo, ibas a decir? Muy bien, no lo hagas. No voy a obligarte. Pero si no quieres un protector que se ocupe de ti, y te empeñas en quedarte bajo mi techo, tendrás que pagarme un alquiler por la habitación. Mis rentas son limitadas, cariño, y no puedo permitirme el lujo de tener invitados que no paguen.

Broswich Park estaba vacío.

Trevor había ido hasta la casa solariega de los St. John y la había encontrado deshabitada. El huerto estaba abandonado, y la vaquería y el gallinero, vacíos.

No quedaba nada ni nadie.

Rompió una ventana para colarse en el interior. Recorrió toda la casa con la vana esperanza de encontrar alguna pista que le indicara a dónde había ido, pero no había nada.

Nada de nada.

Ni siquiera quedaban muebles, o cuadros en las paredes, o puertas que separaran las habitaciones.

La mansión era como un esqueleto, una carcasa vacía, ausente de vida.

Exactamente como se sentía él en aquel mismo momento.

«¿A dónde diablos ha podido ir? ¿Y cómo demonios voy a encontrarla?».

Como un idiota, buscó en todas las habitaciones con la esperanza de encontrar algo, una nota, lo que fuese, que le diese alguna pista por la que empezar a buscar.

«¿De verdad piensas que te dejaría una nota? ¿A ti? ¿Después de cómo la trataste? ¿De todo lo que le dijiste?».

Maldito fuese. Le había dicho que la odiaba, que no soportaba estar cerca de ella, y mil mentiras más destinadas a convencerse a sí mismo. Las había escupido con toda la rabia y el odio acumulado durante doce años, sin importarle el dolor en su ojos al escucharlas, ni ser testigo de cómo se encogía como si la estuviese golpeando físicamente.

¿Cómo había podido ser tan mezquino y cruel?

Se apoyó con las manos en la pared cuando el aliento empezó a faltarle y un dolor en el pecho le apretó el corazón. Cerró los ojos con fuerza para negarse unas lágrimas a las que no tenía derecho y soltó toda la rabia contenida en un único puñetazo contra la pared.

El dolor agudo en la mano lo ayudó a centrarse en lo más importante. De nada valían las lamentaciones ni las lágrimas. Debía concentrarse en encontrar a Win.

Pero, ¿por dónde podía empezar a buscar?

En la posada del pueblo encontró la respuesta a esa pregunta.

Había alquilado una habitación para pasar la noche, y estaba cenando en el comedor cuando oyó una conversación en la mesa de al lado. No solía prestar atención a las conversaciones ajenas, pero cuando oyó que hablaban de Win, paró atención.

—Es una auténtica pena, pobre duquesa —decía un campesino que estaba tomándose una cerveza.

Los otros dos cabecearon, dándole la razón.

—Dice mi mujer, que era amiga de su doncella, que vivían en la más absoluta miseria —dijo un segundo.

—Estos aristócratas son como buitres —añadió el tercero—. Cuando uno de ellos cae, el resto se echan encima para hurgar en los despojos.

—Desde luego. Mira que echarla a la calle, con las dos niñas...

Se callaron. Sabían que había sido el rey el que había dictaminado su desalojo, y ninguno se atrevió a criticarlo abiertamente, pero su opinión al respecto era muy clara.

—Y después de la vida tan dura que ha tenido. Mi Agatha era muy amiga de Rose, la doncella...

—Eso ya lo has dicho —protestó uno.

—...y las cosas que le contó... ponían la piel de gallina. Con lo buena que siempre fue su excelencia con todo el mundo.

—Es cierto. A mi Anna vino a verla después de dar a luz, y le trajo una canastilla con un montón de ropita de bebé que nos fue muy útil.

—Y a la señora Rowland, cuando tuvo las fiebres, la cuidó personalmente durante tres días hasta que llegó su hija de Londres para hacerse cargo.

—A veces parece que Dios castiga a las personas buenas de este mundo.

—No seas blasfemo, o el reverendo hará que te laves la boca con jabón.

—El reverendo... —chasqueó la lengua, disgustado—. Ese es otro que tal. Mucho sermonearnos, pero a la hora de la verdad, la caridad que predica no se ve por ninguna parte.

—¿A dónde creéis que habrá ido?

—¿Quién?

—Su excelencia.

—Mi Agatha dice que ha vuelto a Londres, a casa de su madre la condesa, una arpía de mucho cuidado. ¿Sabéis que dicen que la obligó con malas artes, a casarse con el duque? Que ella no quería porque amaba a un muchacho sin fortuna, pero no tuvo más remedio cuando sorprendieron al duque intentando forzarla. Rose se lo contó.

—Ese hombre estaba demasiado acostumbrado a salirse con la suya, sin importarle el daño que hacía.

—Tuvo un final merecido.

Volvieron a asentir en silencio. Miraron las cervezas y los tres campesinos dieron un trago al mismo tiempo.

—¿Qué será ahora de Broswich Park? Es una pena que esa heredad se mantenga improductiva. Las tierras son muy fértiles.

—A saber qué hará el rey con ellas. Desde luego, a mí no me extraña que el heredero haya rechazado hacerse cargo del patrimonio, teniendo en cuenta las deudas con las que viene.

Siguieron hablando un rato, pero Trevor ya no estaba escuchando.

Win estaba en Londres, en casa de la condesa viuda. Win, su Win, la muchacha que él amaba, la de corazón tierno, siempre preocupada por los demás.

Sintió que el corazón se le retorcía. ¿Cómo había podido tratarla tan mal?

¿Cómo había podido creer que ella...?

Se levantó para retirarse a su dormitorio. No iba a poder dormir. La conciencia lo martilleaba, tirándole a la cara todas las maldades que había empleado con ella. La manera tan despreciable en que la había tratado. Los insultos. Las humillaciones.

Y la última noche...

La última noche había abusado de ella. Como un ser despreciable y vil.

¡Cuánta vergüenza sentía!

¿Por qué se había dejado llevar por el rencor? ¿Por qué no la había escuchado? ¿Por qué se había empeñado en transformar a Win en una mujer egoísta y ambiciosa, cuando sabía que nunca, jamás, lo había sido?

«Tú eres el maldito egoísta y ambicioso. Te apartaste de ella por tu afán de convertirte en un médico reputado y famoso. La dejaste sola. Si hace doce años hubieras mandado al diablo al doctor Schmell, nada de esto habría pasado».

Si doce años antes no se hubiera sumergido en sus estudios como si fuese lo único importante de su vida, quizá habría podido protegerla. O si hubiese acudido a ella después del incidente con Maximilian, hubieran podido huir juntos a Gretna Green, casarse allí, y después ir a cualquier lugar del mundo, juntos.

En la India, no habría importado el escándalo que habría estallado en Inglaterra. Allí habrían podido ser felices. Ambos se habrían ahorrado años de sufrimiento y penurias. Win no habría estado indefensa en las manos de ese ser despreciable que había sido el duque.

Y todo era culpa de él. Por su maldito orgullo.

Pero iba a ponerle remedio. Buscaría a Win y se arrastraría si hacía falta, hasta que ella le perdonase.

Capítulo dieciséis.

El viaje hasta Londres se le hizo interminable. Se instaló en el Hotel Rudger, uno de los más lujosos de la ciudad, y se preparó a conciencia para ir a ver a la condesa viuda.

Aquella mujer siempre lo había despreciado, pero no iba a permitir que esta vez se burlara de él. Ya no era aquel joven de veinte años que se sentía inferior. Ahora era un hombre, con un prestigio a sus espaldas y una fortuna considerable.

—Está perfecto, señor —le dijo el valet que el hotel había puesto a su disposición.

—Tienes un don para hacer los nudos de la corbata. Toma —le dio una libra de propina, y el hombre abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Muchas gracias, señor! Si necesita algo más de mí, no dude en llamarme. MI nombre es Patrick Weston, señor.

—Ten por seguro que lo haré.

Abigayle Sterling lo hizo esperar media hora hasta que se dignó aparecer. Iba impecable, como siempre. Ni un solo pelo de su cabeza se escapaba del complicado peinado que llevaba. Pero ya no era joven, ni hermosa. Su juventud se había ajado y tenía el rostro cubierto por arrugas.

Sus ojos seguían igual, fríos y acerados, siempre calculando qué beneficio podía sacar de las circunstancias.

—Trevor Sugdon, qué agradable sorpresa —dijo al entrar, toda falsedad e hipocresía.

—No simule que se alegra de verme, milady. Ambos sabemos que no es cierto.

—Vaya, ¿el tiempo transcurrido te ha robado los buenos modales?

—El tiempo me ha enseñado que hay personas que no se merecen que sea amable con ellas.

—Vaya. ¿Qué te trae por aquí?

—He venido a ver a Win. He oído rumores de que está viviendo en esta casa. ¿Es cierto?

—No, lo siento, no está aquí. —No era del todo una mentira. Afortunadamente para ella, aquella mañana Win había salido a pasear con las niñas para aprovechar el buen tiempo que hacía y no estaba en la casa—. ¿Por

qué la buscas? ¿Acaso no tuviste bastante con la humillación de ser rechazado una vez, que vuelves a por más?

—Eso no es asunto tuyo.

—Se casó con Maximilian en lugar de contigo, Trevor. ¿Qué te hace pensar que ahora que se ha quedado libre de nuevo, va a querer tener algo contigo?

—Su matrimonio con el duque fue el producto de una encerrona que tú misma organizaste, Abigayle —le dijo intentando mantener la calma, tuteándola con naturalidad solo para ofenderla—. Lo sé muy bien. De las dos, la única ambiciosa, interesada y egoísta, eres tú.

—Y tú me lo pusiste en bandeja al salir huyendo como un conejo asustado —se rió.

Trevor apretó los puños. Ahí tenía la confirmación. Después de tantos años, acababa de tener la confirmación de que Win era inocente. De que los únicos culpables de aquellos doce años de dolor, eran la mujer que tenía delante en aquel preciso instante, y él mismo.

—Esta vez no voy a salir huyendo, te lo aseguro.

—Pues perderás el tiempo. He oído rumores, ¿sabes? Winnifred ya tiene un protector que se ocupa de ella y de las niñas. Alguien importante y muy rico que puede darle todo lo que desea. No como tú, que sigues siendo un medicucho sin fortuna ni contactos en las altas esferas. Dime, ¿cómo tienes pensado mantenerla?

—Teniendo en cuenta las privaciones que el difunto duque le hizo pasar, creo que podría apañármelas muy bien con mi modesta fortuna.

Casi disfrutó haciendo el papel de pobre que no tiene dónde caerse muerto. Si Abigayle supiera que, en realidad, su fortuna era digna de un príncipe, le daría una apoplejía.

Estuvo tentado de decírselo solo para verla retorcerse.

—Las penurias que pasó, ella se las buscó —declaró con desprecio—. El duque necesitaba a una mujer fuerte que supiese llevarlo por el buen camino, y ella fue incapaz. Se refugió en el maldito campo para lloriquear en lugar de ocupar su lugar como duquesa.

—No voy a discutir contigo algo que es una mentira evidente. Voy a encontrarla, Abigayle...

—¡No vuelvas a tratarme con esa familiaridad!

—Voy a encontrarla, Abigayle —insistió, para molestarla—, y tú no puedes hacer nada para impedirlo.

Salió de allí convencido de que mentía. Abigayle sabía dónde estaba Win. Probablemente sí estaba viviendo con ella pero se había negado a confesarlo solo para apartarlo de ella.

Pues no iba a conseguirlo.

Volvería a aquella casa cada día, hasta que consiguiera verla.

A Rose no le gustaba nada volver a estar en casa de la condesa. Esta volvía a presionarla para que traicionara a Win y le contara sus secretos, tal y como había hecho en el pasado, y se negaba a caer otra vez en la misma trampa.

Su señora había sido muy generosa al perdonarla cuando ella misma le contó lo que había sucedido con las cartas que, doce años antes, le había confiado para que se las entregara al señor Sugdon.

—Milady tiene un invitado y están hablando de su excelencia —dijo Minnie, una de las criadas, entrando en la cocina.

—No deberías andar cuchicheando, Minnie —la riñó la cocinera.

—¿Quién es ese invitado? —preguntó Rose.

—Un tal señor Sugdon.

Rose se levantó como un resorte de la mesa en la que estaba pelando guisantes y salió corriendo escaleras arriba.

Trevor Sugdon.

Santo Dios.

¡Estaba allí!

¿Habría ido a buscar a Win? Por supuesto. ¿Qué otra cosa podría llevarlo a aquella casa?

Y su señora había salido. Seguro que la condesa iba a intentar espantarlo contándole cualquier mentira. ¡Tenía que impedirlo!

Cuando llegó al vestíbulo, se encontró con el mayordomo cerrando la puerta.

—¿El señor Sugdon se ha ido ya? —le preguntó jadeando por el esfuerzo de la carrera.

—Hace unos minutos, ¿por qué?

—¡Maldita sea! —murmuró, y abrió la puerta para salir corriendo detrás de él.

Lo vio doblar la esquina, caminando por la calle. Lo siguió, rezando para que no se subiera a un coche de alquiler. Rebuscó en los bolsillos y, por

suerte, se encontró con unas monedas. Win se las había dado aquella misma mañana para que se comprara algo bonito. Ella había intentado rechazarlas, pero su señora había insistido tanto que había acabado aceptándolas, pero con la intención de no gastarlas y guardarlas por si acaso.

Por suerte, todavía las tenía allí, y si el señor Sugdon se subía a un coche de alquiler, ella podría hacer lo mismo y seguirlo.

Su primera intención había sido la de interceptarlo para decirle que su señora estaba allí viviendo, que no se dejara engañar por las mentiras que, seguramente, le había contado la condesa.

Pero después pensó que ella no tenía derecho a hacerlo.

Trevor Sugdon le había hecho mucho daño a su señora, y era ella la que debía decidir si quería volver a verlo o no.

Claro que, poco podría hacer si no sabían dónde se hospedaba. Ese fue el motivo que la llevó a caminar por las calles de Londres detrás de aquel caballero hasta llegar al hotel Rudger, y comprobar que, efectivamente, allí era donde residía.

Win volvió a casa con el ánimo un poco mejorado. Había dado un paseo por Bond Street y se había atrevido a comprar dos vestidos para cada una de sus hijas, usando una pequeña parte del dinero que tenía guardado. Incluso se había dado un pequeño capricho comprándose para ella un bonito sombrero lleno de flores y plumas de colores que no iba a usar porque estaba de luto, pero era tan precioso y hacía tantos años que no podía darse un capricho, que no pudo resistir la tentación.

Margaret y Roxanna se veían felices e ilusionadas con sus vestidos nuevos y Win sintió un poco de congoja porque el dinero no duraría eternamente y tendría que hacer algo al respecto.

La idea de convertirse en la amante mantenida de un caballero no le gustaba, pero sabía que, en realidad, no tendría más remedio. Si encontrase un trabajo honrado, descartaría la idea descabellada de su madre, pero nadie la contrataría porque no sabía hacer nada. La habían educado para ser una dama, y aunque podría usar esos conocimientos para trabajar como institutriz, ¿qué familia acogería en su casa a la viuda del duque pordiosero, que además traía a dos niñas consigo? No, nadie la contrataría.

Tenía que hacerse a la idea de que convertirse en puta era su única salida. Una puta de lujo, sí, y con un solo cliente, pero puta al fin y al cabo.

Tendría que sacrificarse por sus hijas.

«No será tan malo —se consoló—, no más malo que haber sido la esposa de Maximilian».

Tendría una casa, y alguien que la mantuviera a ella y a las niñas.

No quiso imaginarse qué pensarían sus hijas cuando crecieran y se dieran cuenta de en qué se había convertido su madre.

Lo que importaba era el presente, salir de la situación desesperada en la que estaban.

Envío a las niñas a la cocina a por algo para merendar, y las observó bajar las escaleras riéndose y bromeando entre ellas.

Con protector rico, podría enviarlas a una escuela para señoritas en el que aprenderían a ser unas damas respetables. Tendría que distanciarse de ellas porque seguramente su amante no las querría cerca. Un hombre quiere que su querida esté libre de cargas y disponible siempre que a él le apetece: para eso la mantiene.

Además, cuando crecieran querrían casarse y tener hijos. ¿Cómo podrían hacer un buen matrimonio si llevaban sobre ellas el estigma de la deshonra de su madre? Cualquier caballero que se les acercara, creería que eran como su madre y no sería su mano lo que solicitaran de ellas.

No, con todo el dolor de su corazón, debía separarse de ellas para proporcionarles un futuro. Si tenían suerte, podrían acabar siendo las esposas de un abogado o de un joven médico prometedor.

Como había sido Trevor.

Trevor.

Cuánto lo echaba de menos. Cada noche soñaba con sus manos, sus caricias, sus besos, en la pasión que compartían. Y también en las duras palabras que le dirigió la noche que se separaron.

Aquellas palabras eran como flechas envenenadas que no podía arrancarse.

Suspiró con tristeza.

Ya era hora de dejar de soñar y de empezar a tomar decisiones.

Hablaría con su madre.

—¿Se encuentra bien?

Win miró a Rose y cerró la puerta tras de sí. Por suerte, las niñas todavía seguían en la cocina y en su dormitorio no había nadie más.

—Acabo de hablar con mi madre —confesó con amargura—. Le he dicho que quiero buscarme un protector.

La entrevista había sido muy incómoda, con Win sintiéndose avergonzada y con Abigayle sonriendo ampliamente y dirigiéndole palabras nada adecuadas.

Una madre no debería hablarle así a su hija.

Pero Abigayle jamás había sido una madre para ella. Una alcahueta, sí. Pero no una madre.

—¡Pero no puede hacer eso, señora! ¡Él ha estado aquí, buscándola!

—¿Él? ¿A quién te refieres?

—¡Al señor Sugdon, por supuesto! ¿Qué otro «él» puede haber que le interese a usted?

—¿Trevor ha estado aquí? —preguntó sin aliento, creyendo que no había oído bien.

Rose asintió con energía, con una amplia sonrisa en el rostro. Win se dejó caer en un sillón, mirando incrédula a su doncella.

—Sí. Ha estado hablando con la condesa, y no sé qué le habrá contado ella, pero se ha ido hecho una furia. —Cuando vio que la tristeza volvía al rostro de su señora, se arrodilló delante de ella y le cogió las manos—. Pero no se preocupe. Lo seguí y sé dónde se hospeda, por si usted quiere enviarle alguna nota o ir a verlo. Estuve tentada de abordarlo yo misma, pero no sabía a ciencia cierta si, después de lo que le había hecho a usted, querría verlo.

—¡Por supuesto que quiero verlo! —exclamó, poniéndose en pie con rapidez.

Trevor había ido a buscarla. Casi no podía creérselo. Después de todo lo que le dijo, del odio que salpicaba cada una de las palabras que pronunció, quizá no debería ser optimista.

Pero se aferró a la idea de que quizá él había recapacitado y había decidido creerla. Quizá podía darle una segunda oportunidad. Quizá volvería a ser el hombre del que se había enamorado.

Y aunque no fuese así.

Si lo que le ofrecía era que se convirtiera en su mantenida, lo aceptaría. Prefería ser la amante de Trevor que la querida de un hombre al que ni siquiera conocía todavía. Aguantaría sus reproches, sus insultos, sus humillaciones, con tal de estar a su lado.

Lo amaba. Amaba al muchacho que había sido, y que todavía estaba en algún rincón del hombre en que se había convertido. Lucharía por él, por el

amor que habían compartido. Volvería a enamorarlo, estaba decidida.

—¿Va a ir a buscarlo, entonces?

—Sí. Voy a hacerlo. Ocúpate tú de las niñas, ¿puedes? Y si mi madre te pregunta, no le sabes a dónde he ido.

—Mi boca está sellada, señora.

Capítulo diecisiete

Trevor estaba en su habitación del hotel. Tenía una agradable charla con Patrick, el valet, mientras se preparaba para la cena. Se había encontrado por casualidad con Michael Winthrop, un viejo amigo de Eton, y lo había invitado a cenar con él en White's. Nunca había estado en ese club, y tenía curiosidad. Además, si al final decidía quedarse en Londres, estaría bien empezar a establecer algunos contactos, y el club de caballeros más selecto de toda Inglaterra era el mejor lugar para hacerlo.

Alguien llamó a la puerta y el criado fue a abrir.

—¿Quién es, Patrick? —preguntó mientras se miraba al espejo. Aquella noche quería estar seguro de dar una primera buena impresión.

—Un botones, señor. Trae una nota para usted.

Se la entregó y Trevor la leyó.

«¿Podemos hablar? Siempre tuya, W.»

Le temblaron las manos y el corazón se le aceleró.

Era Win.

—La señora de la nota...

—Está abajo, señor, esperando —contestó el botones.

—Dile que bajo en seguida. Toma.

Le dio una buena propina y cerró la puerta.

Win estaba abajo. Esperándolo.

Y él estaba a punto de tener un ataque de nervios.

Respiró hondo varias veces hasta tranquilizarse. Se miró de nuevo en el espejo para confirmar que estaba correctamente vestido y salió de la habitación sintiendo que, en cualquier momento, caería al suelo fulminado por un infarto.

La dama vestida de riguroso luto que estaba en el vestíbulo del hotel esperando, era Win. Supo que lo era a pesar de no poder verle el rostro, cubierto por un velo. Los latidos de su corazón lo llevaron hasta ella a paso firme, recordándole todo el dolor que le había producido con sus actos llenos de rencor y amargura.

—Has venido —le dijo en un susurro contenido de emoción cuando estuvo frente a ella.

—Sí.

Estaba asustado. Que hubiera ido a buscarlo era un sueño en sí mismo. No poder abrazarla, era una pesadilla.

—No esperaba que tu madre...

—Rose me lo ha dicho, que fuiste a casa de mi madre a buscarme. ¿Es cierto?

Lo preguntó con desazón, como si esperara que él lo negara.

—Sí. Necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Para arrodillarme ante ti y pedirte perdón. Pero no aquí, donde hay tantos ojos mirándonos. Me gustaría invitarte a subir conmigo a mi habitación, pero las reglas del hotel no lo permiten. ¿Dónde podríamos vernos a solas?

—Cada mañana, al amanecer, salgo a pasear por Hyde Park. Te espero mañana en Serpentine Road, al lado de la caseta de las barcas.

Trevor le tomó la mano y se la llevó a los labios muy lentamente. Depositó un casto beso en la mano enguantada, con los ojos llenos de promesas fijos en su rostro cubierto.

—Allí estaré.

Era una madrugada fría y el cielo amenazaba lluvia. Win estaba esperando, tal y como había prometido, al lado de la caseta de las barcas en Serpentine Road.

A aquellas horas, Hyde Park estaba vacía. Sería unas horas más tarde cuando se llenaría de gente, caballeros paseando sobre briosos corceles, y damas engalanadas en hermosas carrozas descubiertas, todos luciendo su mejor aspecto para mayor admiración del resto.

La última vez que había paseado por allí en carruaje, había sido en compañía de Maximilian, cuando él todavía parecía ser un caballero, antes de la encerrona.

Estaba nerviosa. Trevor le había dicho que quería pedirle perdón, y no sabía si creerle. Había mirado sus ojos y parecía arrepentido de verdad, pero, ¿arrepentido de qué? ¿De haberla creído capaz de traicionarle? ¿De haberle roto el corazón? ¿De haberla tratado como si fuese una fulana? ¿De abandonarla? ¿De todo ello?

La esperanza, harta de ser pisoteada, parecía no querer manifestarse. Se había llevado tantos desengaños a lo largo de su vida, que prefería ahogarla en un mar de dudas.

Oyó el ruido de los cascos de unos caballos y miró hacia la carretera. Se acercaba un cabriolé a buen paso. Miró con detenimiento, y en su interior vio a Trevor.

El coche se paró a su lado y Trevor bajó para ayudarla a subir en él. Cuando sus manos se tocaron, volvió a sentir la sensación de ser atravesada por un rayo.

Él no dijo nada. Solo la miró con una mezcla de seriedad y contrición, temeroso de su rechazo.

Win se sentó y se alisó la falda con manos nerviosas. Trevor se sentó a su lado. El cabriolé era estrecho, y sus muslos se rozaron, provocándole un estremecimiento de anhelo.

—¿Es discreto? —le preguntó.

—¿Perdón?

—El cochero.

—Todo lo discreto que el dinero puede llegar a conseguir. Me ha sido recomendado por alguien de confianza.

Había sido Patrick quién le había conseguido aquel cabriolé de alquiler, junto con el cochero, un primo suyo que, dijo, era de total y absoluta confianza, ciego, sordo y mudo. Sobre todo, si recibía una buena propina.

Win asintió, satisfecha, aunque, pensó, hubiera sido mucho mejor si Trevor hubiese acudido a la cita en un coche cerrado.

—¿Por qué fuiste a buscarme, Trevor?

—¿No te lo imaginas?

—No, no después de las palabras con las que nos despedimos. Creí que no volvería a verte.

—Estoy muy arrepentido, Win.

—¿De qué?

—De todo. De lo que te hice, de lo que te dije... de pensar que me habías traicionado, hace doce años. Pero, sobre todo, de decirte que te odiaba. No te odio, Win. Nunca lo he hecho. Ni siquiera cuando la rabia y el rencor me carcomían.

—¿Y por qué lo dijiste?

—Porque soy un cobarde, como tú dijiste. Me asusté cuando me di cuenta de que volvía a enamorarme de ti. De que, en realidad, jamás había dejado de hacerlo, a pesar de todo el sufrimiento que, creía, tú me habías causado. No quería volver a amarte, Win, y me odié a mí mismo por ser tan débil.

—Y dirigiste todo tu odio hacia mí.

—Era mucho más fácil echarle a ti la culpa de mi cobardía.

—No te traicioné, Trevor. —Win tragó saliva, luchando por no echarse a llorar—. No lo hice, te lo juro por mis hijas. Fui engañada...

—Lo sé. Lo sé. Por Dios que te creo, Win. Siento tanto haber sido tan malvado contigo. Si pudiera volver atrás... —Trevor se pasó la mano por el rostro para limpiarse las lágrimas. Miraba hacia el frente, hacia los caballos que trotaban ante él. Win giró el rostro y se levantó el velo que lo cubría—. Lo siento, Win, mi amor. Fui un bruto insensible y me aproveché de tu necesidad y de tu afán por proteger a tus hijas. Soy un maldito canalla que no merezco tu perdón, pero soy tan egoísta que espero recibirlo. Me humillaré si es necesario, Win. Estoy dispuesto a todo porque en realidad nunca he dejado de amarte. Solo... transformé ese amor en rencor para poder sobrevivir y mantener la cordura, pero el tiempo acabó permitiendo que el odio ocupara todo mi corazón. Hasta que me di cuenta de mi error.

Win puso la mano sobre la de él, que mantenía quieta sobre el muslo, aferrado con nerviosismo al pantalón. Parpadeó cuando sintió la mano sobre la suya.

—¿Dónde está ese odio ahora, Trevor? —le preguntó con calma.

Sentía el corazón acelerado. Deseaba echarse en sus brazos para que la besara, y decirle desde el corazón que lo perdonaba, claro que lo perdonaba.

Pero ahora era ella la que tenía miedo a ser herida de nuevo.

Por eso, intentaba mantenerse calmada y fría a pesar de que se sentía como un manojo de nervios, con ganas de llorar y reír al mismo tiempo, de gritar que seguía amándolo con todo su corazón.

—Lo he expulsado de mi corazón. Ya no está allí. Te juro que, si me das una segunda oportunidad, jamás volveré a hacerte sufrir. Te cuidaré, a ti y a tus hijas. No os faltará de nada, lo juro por mi honor.

—Cuidarás de nosotras —repitió.

—Sí, te doy mi palabra.

—¿Y de qué manera? ¿Cuáles son tus intenciones, Trevor? ¿Quieres que sea tu amante? ¿O qué pretendes de mí?

—¿Amante? ¡No, por Dios! Quiero que seas mi esposa, Win, por supuesto. Si tú quieres y me aceptas. Podemos iniciar una nueva vida, juntos, como marido y mujer, en Londres o donde quiera que tú desees. Podemos volver a la India. Es un país maravilloso que estoy seguro que te encantaría. Allí estoy muy bien considerado y serías tratada como una princesa por todos. Estaríamos lejos de Inglaterra, donde ambos hemos sido tan desdichados, y

podremos dejar atrás todo el dolor y el sufrimiento. Te daré la vida que te mereces, Win, la que ambos nos merecemos.

—Me estás pidiendo que me case contigo —susurró, incrédula.

Hasta aquel momento había mantenido a raya la esperanza, pero ya no pudo más. Una sonrisa ancha le ocupó todo el rostro y lo miró con lágrimas en los ojos.

—Por supuesto que sí. Yo... no llevo anillo ni nada parecido —confesó, avergonzado—, no he tenido tiempo y no quería esperar a tenerlo para pedírtelo. Pero hoy mismo iré a comprar uno, y me presentaré en casa de tu madre para hacer la petición formal.

—No me importan los anillos ni las peticiones formales, Trevor —contestó. Quería echarse en sus brazos y besarlo pero, en su lugar, se conformó con ponerle la mano en la mejilla. Él cerró los ojos para disfrutar del calor que desprendía—. Huyamos esta misma noche a Escocia, los dos. Casémonos en Gretna Green y al diablo con todo el mundo.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado tan segura de algo, amor mío.

—Entonces, ¿me perdonas?

—Por supuesto que sí.

Trevor no pudo disimular su alegría. La abrazó con fuerza y la besó hasta que la dejó jadeante y necesitada. Solo la presencia del cochero detrás de ellos, les impidió ir más allá.

Al mediodía, estando ambas sentadas a la mesa disfrutando del almuerzo, Abigayle le anunció que aquella noche tendrían un invitado a cenar.

—Ponte bien guapa. El marqués de Sommerset está muy interesado en convertirse en tu protector, pero no queremos espantarlo con esos trapos tan feos que sueles llevar, ¿no es cierto? —Señaló con disgusto hacia el vestido de riguroso luto que llevaba—. Tengo un vestido que será ideal, con un escote generoso que atraerá su mirada. Después se lo daré a Rose para que te lo arregle.

Win dejó el tenedor sobre la mesa y miró a su madre con seriedad.

—He cambiado de opinión, madre. Ya no me interesa tener un protector.

Abigayle entrecerró los ojos y miró a su hija con disgusto. Con lo que le había costado la noche anterior, convencer a Sommerset para que tomara en consideración a Winnifred para ocupar el puesto su amante. La vendió impudicamente, contándole sus excelencias en la cama, todas las que sabía

que Maximilian le habría enseñado para satisfacerla, igual que hizo con ella misma cuando se conocieron.

La observó detenidamente y vio en su hija algunos cambios. Volvía a tener ese brillo en la mirada, la que contaba claramente que era feliz. ¿Podría ser que..? ¡Claro, por supuesto! ¿Acaso había pensado que Trevor Sugdon se daría por vencido tan fácilmente?

«Estos dos se han encontrado. El medicucho vuelve a estar en su vida».

Maldijo interiormente pero a Win le mostró una sonrisa indiferente, como si no le importara que ella acabara de anunciarle que todos sus esfuerzos de la noche anterior, habían sido en vano.

—Bueno, cariño, es tu decisión. Pero el marqués va a venir a cenar igualmente, no puedo cancelar la invitación sin parecer una mal educada, y espero que tú no te comportes como tal. Estaría muy feo que no acudieras a la cena. Le prometí que estarías presente, y me harías quedar como una mentirosa. Además, Sommerset es muy apuesto, y muy rico. ¿Qué daño te hará conocerlo?

—Madre, el marqués vendrá aquí con un propósito muy claro y...

—Pues le dices que no, hija mía. ¡Ya ves qué problema! Es todo un caballero y no insistirá si ve que no estás interesada. Hazlo por mí, cariño.

Win desconfió de la mirada inocente de Abigayle, de su tono cariñoso y de su tranquila amabilidad.

Algo estaba tramando.

Pero no quería discutir con su madre. A pesar de no haber sido una buena madre para ella, la había acogido bajo su techo cuando lo necesitó, y no quería pagarle su generosidad con un enfrentamiento directo.

Pero tampoco quería estar allí aquella noche porque sabía que era capaz de preparar alguna treta que la llevaría a los brazos de Sommerset en contra de su voluntad, igual que había hecho con Maximilian.

No, no se fiaba de su madre. Tenía que salir de allí aquella misma tarde.

Pero, ¿cómo? No podía dejar a Margaret y a Roxana en sus manos, bajo su mismo techo, sin estar ella presente para protegerlas de la furia de Abigayle.

Porque cuando se diera cuenta de que ella se había ido, se pondría muy furiosa.

Rose le dio la solución, un par de horas más tarde.

—Las niñas y yo podemos quedarnos en la habitación del Rudger que ahora ocupa el señor Sugdon, señora —le dijo—. Yo cuidaré de ellas hasta que ustedes regresen de Gretna Green, y estarán fuera del alcance de la

condesa.

—Ay, Rose, no sé qué sería de mí sin ti a mi lado. ¡Tienes razón! —La abrazó con fuerza y la doncella le dio unas palmaditas en la espalda, abrumada por esa muestra de cariño—. Más que mi doncella, eres mi única amiga. Qué hubiera sido de nosotras si nos hubieras abandonado como lo hizo el resto del personal cuando las cosas se pusieron difíciles.

—No me debe nada, señora. Si yo hubiera sido más valiente y en su momento le hubiera contado lo que estaba planeando su madre, su vida habría sido muy diferente, y por mucho que yo haga, jamás llegaré a compensarla por todo el dolor y el sufrimiento que padeció por culpa de mi cobardía.

—Sabes que no te reprocho nada, Rose. ¿Qué podías hacer tú? Te habría despedido y te habrías quedado en la calle, sin referencias. No, Rose, no te castigues más. Los únicos culpables de mi desdicha fueron Abigayle y Maximilian, no tú. Dime, si al final Trevor y yo decidimos volver a la India, ¿querrás venir con nosotros?

—¡Por supuesto que sí, señora! ¡Jamás la abandonaría! Y ahora, dejémonos de sensiblerías y escriba esa nota al señor Sugdon para contarle el cambio de planes, que yo me encargo de llevársela ahora mismo.

Capítulo dieciocho

A las cinco en punto de la tarde, Win bajaba las escaleras llevando de la mano a sus dos hijas. Rose iba detrás de ellas.

Había vestido a las niñas con sus vestidos nuevos, y les había prometido un paseo para que pudieran lucirlos. Ambas estaban entusiasmadas porque hacía demasiado tiempo que no estrenaban algo nuevo, y bajaron alborotando, llamando la atención de Abigayle, que estaba tomando el té en el salón al lado del vestíbulo.

—¿A dónde vais? —preguntó, asomándose a la puerta mirándolas con desconfianza.

—A dar un paseo, madre. No te preocupes, estaremos de vuelta a tiempo para prepararme para la cena.

—¿Rose ya te ha arreglado el vestido?

—Sí, madre, y ha quedado perfecto.

—Bien. Pasadlo bien.

—Sí, madre.

Cuando salieron a la calle, Win respiró por fin. Por un momento, había temido que su madre adivinara sus intenciones e intentara impedirles salir, y lo que menos quería era formar un escándalo con sus hijas presentes.

Miró hacia atrás y la vio observándolas desde la ventana. Apresuró el paso, arrastrando a las niñas consigo.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó Margaret, extrañada por el nerviosismo de su madre.

—Ahora os lo cuento, pero tenemos que caminar deprisa para alejarnos de la casa. Alguien nos está esperando en un carruaje en la esquina y no quiero que la abuela se dé cuenta.

—¿Un carruaje? ¿A dónde vamos?

—Paciencia, cariño.

Margaret no hizo más preguntas. Quería mucho a su madre, y confiaba plenamente en ella. Y la abuela no le gustaba demasiado. Siempre la miraba de una manera muy extraña que la hacía sentir incómoda, y le decía cosas extrañas que ella todavía no comprendía.

Trevor bajó del carruaje en cuanto las vio doblar la esquina. Las ayudó a subir sin decir una palabra, pero miró a Win con tanta devoción que ella no pudo evitar sonrojarse y mostrarle una sonrisa que le prometía el cielo en

cuanto se quedaran a solas.

—¿Quién eres tú? —preguntó Margaret en cuanto el coche se puso en marcha.

—Es un amigo, cariño —contestó Win, mirándolo con arrobo—. Un buen amigo.

—¿Un amigo como los de la abuela?

—¿Como los...? ¡Margaret! ¿Qué sabes tú de los amigos de la abuela?

—No mucho —contestó la niña, encogiéndose de hombros—, solo lo que ella me ha dicho.

—¿Y qué es exactamente lo que te ha dicho?

—Que algún día se encargará de que yo tenga tantos amigos íntimos como ella. ¿Qué es un amigo íntimo, mamá?

Win, furiosa, apretó los puños con rabia. ¿Cómo se había atrevido su madre a...? Maldita alcahueta.

Respiró hondo para intentar calmarse. Trevor le cogió la mano y se la apretó con ternura para ayudarla.

—Gracias —le dijo en un susurro. Trevor se llevó la mano femenina a los labios y posó un beso en el dorso.

—De nada.

—¿Vas a ser mi nuevo papá? —preguntó entonces Roxanna, que había permanecido callada, escrutándolo con curiosidad.

—¡Roxanna! Una dama no hace ese tipo de preguntas.

—No la riñas, Win. Tiene derecho a hacer esa pregunta. —Trevor miró a la pequeña y contestó con sinceridad—. Sí, voy a ser tu nuevo papá.

Rosanna asintió con la cabeza, pero parecía preocupada. Suspiró y bajó el rostro, avergonzada.

—¿Vas a ser un buen papá con nosotras? ¿O serás como el duque, que nos hacía llorar y trataba mal a mamá?

A Trevor casi se le parte el corazón al ver aquella carita llena de sufrimiento.

Win ahogó un sollozo y se llevó una mano a la boca. Dios santo, ¿cuánto sabían sus hijas? Había intentado por todos los medios que ellas no fueran conscientes de lo que ocurría entre Maximilian y ella, y a pesar de que Max no las trataba con cariño, no había sido consciente de hasta qué punto ellas sufrían por su culpa.

Se sintió una mala madre. Una madre horrible.

—Seré un buen padre, Roxanna. Y un buen marido para vuestra madre. Voy

a poner todo mi empeño en ello. Te lo juro por mi honor.

La niña pareció convencida. Incluso Margaret, que lo miraba con desconfianza, aceptó su palabra y le dirigió una sonrisa espléndida tan llena de esperanza y agradecimiento que lo hizo sentir el mejor hombre del mundo.

Dejaron a las niñas y a Rose con Michael Winthrop y su familia. El antiguo amigo de Trevor, de sus días en Eton y la universidad, estaba casado y tenía tres hijas. Su esposa acogió a las niñas con mucho cariño y las pequeñas se hicieron amigas rápidamente.

—Abigayle no las encontrará aquí si las busca; y si lo hace, te aseguro que Michael no permitirá que se las lleve —le dijo una vez que el carruaje estuvo de nuevo en marcha.

—Me acuerdo que me hablabas de él cuando éramos niños y volvías a casa de vacaciones.

Trevor sonrió, recordando aquellos viejos tiempos. Michael había sido un tarambana hasta el día en que conoció a su esposa. El amor obró maravillas con él y lo convirtió en un hombre responsable, completamente dedicado a ella y a sus responsabilidades.

—Éramos unos pícaros de mucho cuidado. Volvimos locos a todos nuestros profesores. Todavía no sé por qué no nos expulsaron.

—Porque erais unos pícaros encantadores. Por lo menos, tú sí lo eras.

—Todavía lo soy —murmuró sensualmente mirando hacia la mujer que tenía a su lado.

Corrió las cortinas para cubrir las ventanas, y la cogió por la cintura para sentársela en las rodillas.

—¡Trevor! —exclamó ella, riéndose.

—Estamos solos, por fin, después de más de un mes. Te necesito, Win —le susurró besándola en el cuello.

—Estamos en el coche... —protestó ella, pero lo hizo con un susurro suave sin oponerse a las manos que estaban desabrochándole el vestido.

—Y tenemos varias horas de camino hasta llegar a la primera parada de postas para cambiar los caballos. —Le mordió el lóbulo con delicadeza y la besó detrás de la oreja—. Vamos a aburrirnos mucho sin nada qué hacer.

—Podemos hablar del tiempo...

Le quitó la chaqueta, tirando de las mangas, y le desabrochó el chaleco.

—Hace un sol espléndido.

Le bajó el corpiño hasta la cintura y empezó a desatar los nudos del corsé.

—Aunque puede que esta noche llueva.

Tiró de la camisa para sacarla de los pantalones y metió las manos debajo, para poder acariciarle la piel.

Trevor soltó un siseo de placer.

—Esta noche estaremos a resguardo, en una cama calentita.

Tiró el corsé al suelo y bajó los tirantes de la camisola hasta dejar los pechos al descubierto. Los cubrió con las manos y empezó a acariciarlos.

—Con el... fuego... ooooh —gimió Win.

—Es imposible tener una conversación en esta situación, Win —se burló Trevor mientras le pellizcaba los pezones—. Será mejor que callemos.

—Sí... Tengo la boca demasiado ocupada besándote.

Win lo cogió por la nuca y lo atrajo hacia su boca. Trevor jugó, fingiendo resistirse. Dejó ir una sonrisa divertida cuando ella hizo un mohín de protesta, y la dejó vencer.

La besó larga y sensualmente, reclamando la jugosa boca con avidez, jugando con las lenguas, mientras con las manos seguía acariciando los pechos llenos, con los picos duros por el deseo.

Win gimió en su boca, respondiendo al beso posesivo y carnal con pasión y lascivia, tirando de la camisa hasta que logró quitársela, enterrando los dedos en el vello del pecho masculino, gimiendo dentro de su boca.

—Cuánto te deseo, luz de mi vida... —jadeó Trevor, tirando de la falda para acabar de desnudarla. Necesitaba verla, sentirla, tomarla, para creerse que volvía a tenerla a su merced.

—¿Hoy no vamos a jugar? —preguntó ella con coquetería, ayudándolo a desprenderse del resto de ropa.

—Te gusta jugar. —Los ojos le brillaron cuando empezó a deslizar una media por la pierna hasta quitársela.

—Adoro tus juegos sucios, doctor Sugdon.

—Entonces, jugaremos.

La acabó de desnudar. La ropa yacía amontonada en el suelo del carruaje. Hacía algo de fresco, y a Win se le arrugaron los pezones todavía más.

—¿Qué harás conmigo? —le preguntó, llena de voluptuoso deseo.

Trevor le acarició entre las nalgas y se relamió los labios.

—Este pequeño agujero todavía no me pertenece —le musitó, ladino, mirándola con codicia—. Quiero follarlo.

Le metió el dedo en el ano, obligándolo a entrar. Win se sintió extraña e incómoda, y se apretó contra su pecho rodeándole de nuevo el cuello con los

brazos. Con la otra mano, Trevor le pellizcó un pezón y pensó en el regalo que le tenía guardado entre el equipaje.

Pero no era el momento. Aquello era para la noche.

—Ponte de rodillas en el suelo, de espaldas a mí, y apoya la cabeza en el asiento de enfrente.

Win obedeció. Tenía las rodillas temblorosas y todo el cuerpo alborotado. Se arrodilló sobre la ropa amontonada y levantó el hermoso trasero hacia él.

Trevor lo miró extasiado. Le acarició las nalgas y se escupió en los dedos antes de volver a penetrarla con ellos. La masajeó desde el interior, agrandándola con cada acometida, deshaciéndose al oírla gemir, y verla retorcerse.

—¿Te gusta?

—No... no lo sé.

—Tócate, Win.

—¿Cómo?

—Tócate el precioso coño, tal y como te he tocado yo tantas veces. Date placer.

La mano temblorosa de Win se introdujo entre sus propias piernas y empezó a acariciarse el hambriento coño. Gimió, sorprendida. Nunca había hecho algo así.

—No sé... si lo hago bien.

—Gimes, y estás empapada. Lo haces muy bien, cariño.

Trevor estaba dolorido. Verla allí, desnuda ante él, con las piernas abiertas, dándose placer mientras él la penetraba con los dedos por el trasero, hacía que su polla palpitará de urgente deseo. Respiraba pesadamente, y gotas de sudor le caían por la frente.

—Dios mío... —musitó con los dientes apretados.

No podía esperar más. A pesar del control que le habían enseñado a tener sus dos magníficas maestras, en aquel momento, falló.

Tenía que follarla.

Tenía que poseerla.

Tenía que marcarla como suya, como un animal encelado.

Se bajó los pantalones de un tirón, la cogió de la cintura para izarla hasta quedar en la posición adecuada, y la penetró de una embestida.

Win gritó y tensó la espalda. Dolió, sí, pero con el dolor también llegó el placer de tenerlo dentro, de sentirse colmada, llenada como nunca. Y cuando empezó a empujar, ella lo siguió al mismo ritmo del vaivén masculino.

Con las manos apoyadas sobre el asiento delantero, y las piernas dobladas, inició un balanceo, adelante y atrás, al encuentro de la polla de Trevor, y con cada penetración, se hundía más en su interior.

—Oh, Dios. Es demasiado grande —gimió—. No va a caber.

—Sí, cabrá, cielo. Va a caber entera, hasta el fondo.

—Yo no...

Con un rugido, Trevor levantó el culo del asiento, la cogió por la cintura con una mano, y con la otra se agarró al tirador de encima de la puerta, para mantener el equilibrio. Él de pie detrás de ella, ella medio agachada delante de él, con las piernas separadas, ofreciéndose como una víctima voluntario a un dios pecaminoso y muy sexual.

—Cabrás, Win.

Empujó con fuerza y la polla entró hasta el fondo. Win respiraba entrecortadamente, aferrada al asiento delantero, mientras el traqueteo del carruaje los balanceaba.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, quedándose quieto, dándole tiempo a ella a adaptarse a la invasión.

—Extraña —confesó—, pero bien.

—¿Te duele?

—Ya no.

—Bien, porque no puedo contenerme más, cielo mío.

Empezó a martillar contra sus nalgas. Su polla entraba y salía arrancándole gemidos de pasión, haciéndolo jadear por el esfuerzo. Win era como una muñeca de trapo entre sus manos, desmadejada y a punto de romperse. Lo que sentía era tan intenso, que creyó que no lo soportaría.

—¡Tócate! —le exigió Trevor con voz dura—. Quiero que te toques. Quiero que metas tus preciosos dedos dentro de tu jugoso y empapado coño. Mételos hasta el fondo, sin miedo.

—No sé si...

—¡Hazlo!

Win obedeció, y se sintió doblemente colmada. Estaba llena, empachada de sexo, con la polla machacándola por detrás y los dedos penetrándola por delante.

Era demasiado. El placer se arremolinaba rápidamente en su vientre. Sacudió la cabeza y sollozó.

—No puedo, no puedo —gimoteó.

Estalló en un orgasmo abrasador que le recorrió las venas como lava

enfurecida. Alzó la cabeza y aulló mientras Trevor seguía empalándola, martilleando en su ano, la pelvis chocando contra sus nalgas, hasta que se derramó dentro de ella en un orgasmo brutal que lo dejó sin fuerzas, casi colgando del tirador de cuero de encima de la puerta.

Jadeando por el esfuerzo, salió de su interior y se dejó caer en el asiento, con los pantalones por los tobillos. La cogió por la cintura y la alzó para sentarla sobre su regazo y rodearla con los brazos.

—Ha sido...

—Duerme, cariño —le dijo, cogiendo una de las mantas dobladas a su lado y envolviéndolos con ella—. Duerme, mi cielo...

Win se durmió casi inmediatamente, enroscada sobre su pecho, y Trevor la observó durante un buen rato hasta que también cayó rendido por el cansancio.

Empezaba a lloviznar cuando llegaron a la posada en la que iban a pasar la primera noche. Trevor la ayudó a bajar del carruaje y cruzaron la puerta con paso rápido. Win llevaba puesto el velo que le cubría el rostro porque la avergonzaba que alguien la pudiera reconocer. Acababa de enviudar, y estaba huyendo a Gretna Green con un hombre para casarse.

No es que los cotilleos le importaran demasiado, pero tampoco quería llamar la atención y que su madre acabara enterándose de sus planes. Le tenía miedo, y la creía capaz de cualquier cosa con tal de obligarla a hacer lo que ella deseaba.

—Bienvenidos, señor. Señora —los saludó el posadero.

—Necesitamos una habitación. Somos el señor y la señora Sugdon. ¿Tiene libre el comedor privado?

—Lo lamento, señor, pero está ocupado —contestó, sonriendo ampliamente cuando Trevor dejó caer unas monedas en su mano—. Pero tengo libre la mejor habitación para ustedes y podemos subirles la cena allí, si le parece bien.

—Me parece perfecto. Mi esposa acaba de perder a su padre —rodeó a Win por la cintura y la atrajo hacia sí—, y no se siente con fuerzas de comer con el resto de huéspedes.

—Lamento mucho su pérdida, señora. —Win lo agradeció con un cabeceo—. Si son tan amables de seguirme. El mozo subirá su equipaje inmediatamente.

—Me gusta como suena —dijo Win ya a solas en la habitación—. Señor y

señora Sugdon.

Paladeó la frase como si fuese un trozo de pastel muy dulce y delicioso.

—Eres la señora Sugdon. Siempre lo has sido en el corazón.

—Sí, pero no lo seré oficialmente hasta que lleguemos a Gretna Green. Qué lástima que no tenga un vestido adecuado para una boda. Tendré que casarme de negro —se lamentó, tirando suavemente de la falda de su vestido.

—Podrías casarte desnuda —la provocó, moviendo exageradamente las cejas.

—¡Trevor! —estalló en carcajadas—. No seas malo.

—Ven aquí —susurró, sensual, mientras la cogía del talle y la empujaba hacia él hasta que estuvieron tan pegados que entre ellos no podía pasar ni un sople de aire.

Iba a besarla y a disfrutar de la intimidad.

Su cabeza descendió lentamente. Win entreabrió los labios, deseosa de acogerlo.

Alguien golpeó la puerta.

—Vengo a encender el fuego, señor. Y les traigo la cena.

Trevor resopló y Win dejó ir una carcajada cantarina mientras se separaba de él.

—VAs a tener que esperar, cariño. Me muero de hambre.

Resignado, Trevor abrió la puerta. Entró una muchacha que llevaba una bandeja con la comida, y detrás, un muchacho que llevaba un hato de leña que dispuso cuidadosamente en la chimenea.

Mientras el chiquillo se afanaba en encender el fuego, la chica dispuso la pequeña mesa delante y distribuyó los platos.

El equipaje llegó mientras cenaban, y Trevor sonrió pensando en las varias sorpresas que tenía para Win.

Dos se las mostraría aquella misma noche. El resto, las guardaría hasta que llegaran a Gretna Green.

Comieron con hambre y todo les pareció delicioso. El estofado estaba muy tierno y jugoso; el pan, recién hecho, estaba esponjoso; y el postre, era un dulce pecaminoso.

Win se relamió los labios para quitarse el azúcar que se había quedado impregnado allí, y Trevor sintió que su polla empezaba a palpar.

—¿Estás muy cansada, cariño? —le preguntó.

—En realidad, estoy muy excitada por el viaje. No sé si podré dormir, sobre todo, después de la siesta en el carruaje.

Se sonrojó al recordar lo que habían hecho allí y que la había dejado agotada. Trevor sonrió con picardía mientras se levantaba de la mesa.

—Estupendo, porque tengo planes para esta noche.

—¿Planes? ¿Qué planes?

—¿En serio tienes que preguntármelo? —Dejó ir una carcajada cuando ella volvió a sonrojarse al darse cuenta de a qué se refería él.

Abrió el arcón y sacó dos paquetes. Uno era de madera, pequeño y cuadrado, como un joyero. El otro, una caja de cartón, como las que usaban para entregar los vestidos en las tiendas.

—¿Qué hay allí dentro?

Trevor se giró hacia ella, que todavía permanecía sentada, y extendió la mano.

—Ven, y te lo mostraré.

Win se levantó con un revuelo de faldas y fue hacia él. Le cogió la mano y miró las dos cajas, pero Trevor la hizo girar hasta quedar de espaldas y empezó a desabrocharle el vestido.

—¿Por qué..?

—Si quieres ver qué contienen las cajas, primero has de desnudarte, cariño —le susurró seductor al oído.

—Pues date prisa en desabrochar los botones —lo apremió—, que tengo mucha curiosidad.

Trevor se carcajeó pero cumplió sus deseos con rapidez. El vestido, el corsé, las enaguas, la camisola, las medias... todo fue a parar sobre la silla que había a un lado de la cama.

Cuando estuvo desnuda frente a él, le deshizo el peinado hasta que el pelo le cayó como una cascada por la espalda.

—Eres preciosa —susurró acariciándole una mejilla. Win se estremeció—. ¿Tienes frío?

—No. Es excitación porque tú todavía estás vestido.

—No te preocupes. En un rato, volverás a estar vestida.

Win arrugó el ceño, confundida.

—Pensaba que querías que hiciéramos el amor.

—Voy a follarte hasta que estés agotada, cielo, tenlo por seguro. Pero antes, quiero verte vestida con esto que tengo aquí. Es una fantasía que te dije que algún día cumpliría.

—Yo también tengo fantasías. Contigo desnudo. Haciéndome el amor mientras estoy atada en la cama —ronroneó, provocando que Trevor se

excitara todavía más.

—Voy a atarte, amor mío. Y voy a follarte. Pero primero... tumbate sobre la cama.

—Eso me gusta más —sonrió Win, y se tumbó, obediente y deseosa, apoyándose en los codos para poder seguir mirando lo que él hacía.

Trevor cogió la cajita de madera y la abrió. Del interior, sacó una joya extraña que dejó suspendida ante los ojos de Win.

—¿Sabes qué es eso?

—No. Pero es precioso.

Era una cadena de oro, de eslabones más gruesos que las cadenas que se usaban para colgar del cuello. En ambos extremos había unas pinzas, también de oro, decoradas con dos rubíes. Según como se mirara, parecían las cabezas de una serpiente, y los rubíes, los hipnóticos ojos del ofidio.

—Son pinzas para pezones.

—¿Pinzas para pezones? ¿Y cómo se usan?

Sentía mucha curiosidad, y excitación.

—Deja de hacer preguntas, curiosona, y tumbate del todo. Voy a ponértelos.

Trevor se tumbó sobre ella, aplastándola con su peso. Le gustaba tenerla debajo, prisionera, sin que pudiera huir, obligada a aceptar todo lo que él estaba dispuesto a hacerle. Por eso mismo le gustaba también atarla. O amordazarla.

Pero nunca había usado las pinzas con ella.

Atacó el pezón con ganas, chupándolo y pellizcándolo con los dientes para prepararlo. Con cada atención que recibía, se ponía más duro y rugoso, hasta que estuvo perfecto para colocar la primera pinza.

Win gritó de dolor cuando se la puso. Era como si le clavaran mil agujas y se revolvió intentando escapar, pero el peso del cuerpo de Trevor sobre ella se lo impidió.

—Me duele, ¡quítamelo! —le pidió.

—Sssht, tranquila —le susurró él—. El dolor pronto pasará, ya lo verás.

Win respiraba con agitación pero se conformó. Haría lo que le pedía.

Trevor empezó a preparar el otro pezón, tal y como hizo con el primero. Win temía el dolor que sabía que iba a sentir, y se revolvió un poco, inconscientemente. Trevor le sujetó las manos y se posicionó entre sus piernas para inmovilizarla todavía más. La polla, escondida todavía dentro de los pantalones, quedó encajada contra el pubis, el lugar al que pertenecía.

Cuando el pezón estuvo preparado, le colocó la otra pinza. Win ya no gritó. Esperaba el dolor, pero este fue mucho menor que el primero y lo miró, incrédula.

—Estás preciosa.

Trevor se levantó de la cama y le extendió la mano para ayudarla a levantarse a ella. Abrió la segunda caja y dentro había telas de seda de distintos colores.

—¿Te acuerdas cuando te dije que un día te vestiría igual que visten las mujeres en la India?

—Sí.

Sacó una tela roja con bordados en oro y plata y empezó a envolverla con maestría. Había desnudado muchas veces a Loto y a Lirio, y conocía todos los secretos para vestirla correctamente.

Le puso el *peikot*, la falda hindú, deslizado muy lentamente las manos por sus piernas, tocándole la piel con las puntas de los dedos, mientras subía la tela hasta llegar a la cintura. Le dio un beso en el cuello al mismo tiempo que ataba las cintas y fijaba la prenda.

Le llegaba hasta los tobillos, pero a un lado tenía una abertura sensual hasta el muslo a través de la cual se podía admirar su perfecta y torneada pierna.

No le puso el *choli*, la blusa entallada que llegaba justo debajo de los senos. Quería disfrutar de los hermosos pechos con los pezones pinzados, poder verlos, acariciarlos, besarlos, sin estorbos. Así que, ¿para qué ponerle una prenda que acabaría quitándole casi inmediatamente?

Cogió el *sari*, de un hermoso color plateado con filigranas bordadas en rojo, y lo entalló en la cintura del *peikot*. Giró y fue colocándolo alrededor del cuerpo hasta cubrir la hermosa melena, aprovechando cada instante para acariciarla, besarle la piel, rozar el vientre, rodear los pechos con las yemas de los dedos.

La admiró, y se llevó la mano femenina a los labios para dejar allí un dulce beso.

—Estás preciosa —susurró—. Como una exótica princesa hindú. Faltan las joyas, y el maquillaje, pero no importa. Tu belleza natural supera cualquier carencia en el vestuario.

—¿Cómo era tu vida allí? —le preguntó.

Trevor se encogió de hombros. No quería hablar de ello. Admitir que había vivido dejándose llevar por el rencor era doloroso, pero supuso que ella

se merecía saber la verdad.

—Fue una tortura. Vivir alejado de ti, creyéndote culpable de haberme traicionado...

—No es de eso de lo que quiero que me hables. Háblame de lo que hacías, de cómo son las mujeres allí...

—Sensuales y hermosas. —Dio un paso hacia ella hasta que sus cuerpos se tocaron—. Tienen una alegría innata que es difícil de describir para alguien como yo. —Le besó el cuello con suavidad. Sus manos rodearon los pechos—. Sus bailes son sensuales e hipnóticos, y aunque también tienen su moral y unas costumbres bastante rígidas en algunos aspectos, en otros son mucho más libres que nosotros.

Win puso las manos en los hombros masculinos y echó la cabeza hacia atrás mientras Trevor le besaba el cuello bajo el mentón.

—¿Tuviste muchas amantes?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Quiero saberlo todo.

Le puso las manos en las mejillas y apoyó la frente en la de ella para mirarla a los ojos con intensidad. Sus alientos se entremezclaron, buscando un beso. Win se relamió los labios, provocándolo, pero él resistió.

—Tuve algunas, sí. Las últimas se llamaban Lirio y Loto. Eran dos muchachas que estaban bajo la protección del maharajá, pero este me las cedió temporalmente en agradecimiento por haber logrado contener una epidemia de cólera en su pequeño país, Sundar Desh. Eran muy... fogosas y me enseñaron un mundo de placer y juegos sensuales que ahora estoy compartiendo contigo.

—Basta, he cambiado de opinión —confesó, con los celos retorciéndole las entrañas, apartando el rostro—. No quiero saber nada de las mujeres que han estado en tu vida durante estos doce años.

—Tienes celos. —Sonrió, sintiéndose halagado por la emoción que ella mostraba—. Ninguna significó nada para mí, ni yo para ellas —le aseguró—. La única que siempre ha estado en mi corazón, has sido tú, solo tú, y ninguna otra mujer conseguirá ocupar tu lugar, amor mío.

—Ni yo voy a permitirlo, Trevor. —Le llamearon los ojos con furia contenida ante la idea de que otra mujer estuviera con él—. Soy tuya, pero tú eres mío también —sentenció con decisión, tomando la iniciativa, empujándolo hacia la cama—. No voy a consentir que otras mujeres disfruten de lo que es mío. Se acabaron tus juegos sensuales con otras.

Trevor se dejó caer hacia atrás en la cama y se llevó a Win consigo. Rodó sobre la cama y la besó con posesividad, saqueando aquella boca jugosa, luchando con la lengua para atraparla en un torbellino de placer hasta que estuvo jadeante y se olvidó de Lirio y Loto y del resto de mujeres que había tenido en su vida.

—Eres la única —susurró levantándole el *peikot*, acariciándole los muslos, rozando el vello púbico con la punta de los dedos, haciendo que ella gimiera y suspirara de placer—. Tus pechos son los únicos que me fascinan. —Mordió la cadena y tiró de ella, provocándole un grito de placer y dolor—. Tu coño es el único que me obsesiona. —Le introdujo un dedo y empezó a follarla con él, viendo cómo se retorcía bajo él—. Tus gemidos son los únicos que alientan mi deseo. —Se desabrochó el pantalón y se maldijo por no haberle hecho caso y haberse desnudado antes. Le estorbaba la ropa, pero no quería perder el tiempo. Después, después se desnudaría. Tenían la noche entera.—. Voy a follarte, Win.

La penetró con rudeza. Ella gimió e izó las caderas para salir a su encuentro. Estaba mojada y resbaladiza y la polla entró sin dificultad hasta el final.

—Quiero pasarme la vida follando contigo —continuó mientras martilleaba en su interior. El coño de Win era como un guante, se adaptaba a su verga como si Dios la hubiese creado a propósito para enfundarlo a él—. Quiero descubrir cada rincón de tu cuerpo y aprender a tocarte para que respondas plenamente a mis caricias, igual que un músico toca su instrumento y logra arrancarle maravillosas melodías. Quiero saber lo que te excita. Lo que te hace suspirar. Lo que te...

—Tú, tú me excitas, tú me haces suspirar. Tus manos, tu boca, todo lo que me haces —gimió abandonada plenamente al placer que le estaba proporcionando—. Me gusta cuando me follas con rudeza, pero también cuando lo haces con ternura. Me gusta cuando me dices que me amas, pero también cuando me hablas sucio. Me gusta cuando me obligas a hacer cosas que de otra manera no me atrevería. Me gusta cuando me follas por detrás, como un animal en celo. O cuando te apoderas de mi culo. O cuando te corres encima de mí y me marcas con tu semen. O cuando me follas con la boca y bebes mis jugos como si fuesen agua clara. Disfruto cuando te acojo en la mía y veo tu rostro retorcerse por el placer.

Con cada palabra, cada frase, Trevor se excitó más. Tenía la polla hinchada y los testículos a punto de estallar. Le dolía todo el cuerpo por la

tensión, y apretaba los dientes, luchando contra la marea de placer que iba a llevarlo hasta el orgasmo.

Intentó retenerlo porque ella todavía no había llegado. Intentó salir del lugar acogedor en el que su polla disfrutaba, pero Win se lo impidió rodeándolo con las piernas y anclándolo sobre su cuerpo.

—Dame más, Trevor —gimió, desesperada, con los puños aferrados a su chaqueta.

Trevor bajó una mano y empezó a acariciarle el clítoris mientras besaba su cuello. Bajó hacia los pechos y cogió la cadena con los dientes para tirar levemente de ella.

Win gritó, sacudiéndose, cuando un ramalazo de placer la atravesó, naciendo en el punto de dolor de sus pezones, construyendo un camino de ramificaciones por cada uno de sus nervios, hasta que estalló en un orgasmo avasallador que arrastró a Trevor.

Se corrió dentro de ella, llenándola con su semen. Win sintió el cálido líquido derramándose, llenándola, la semilla que quizá, algún día, germinaría en un hijo de ambos.

Se quedaron dormidos el uno en brazos del otro. Win notaba las palpitations de su pecho, con las pinzas todavía aprisionándole los pezones, pero estaba tan agotada que no protestó.

No fue la única vez que hicieron el amor aquella noche. Se entregaron el uno al otro de muchas maneras, en cuerpo, alma y corazón, y el amanecer los sorprendió desnudos disfrutando plenamente de su amor.

Llegaron a Gretna Green dos días más tarde. La llovizna repiqueteaba sobre el techo del carruaje y el barro había hecho que los caminos fuesen más difíciles de transitar. Buscaron una posada y subieron a la habitación ante la mirada curiosa y divertida del posadero. Sabía bien a qué iban todas las parejas que se hospedaban en su negocio, y no desaprovechó la ocasión de hablar bien de su cuñado para que este les casara.

Trevor aceptó la sugerencia y le pidió si era posible alquilar el comedor privado para celebrar allí la unión. El posadero aceptó, por un módico precio, por supuesto, y corrió a enviar un mensaje al hermano de su mujer para que se presentara allí lo antes posible.

En la habitación, Win miró con desagrado el vestido que llevaba. No había podido traer equipaje y estaba incómoda con la misma ropa desde hacía tres días.

—No te preocupes por eso —le dijo Trevor sonriendo ampliamente mientras abría uno de los dos baúles que él había traído—. Escoge el que más te guste. Hay tres vestidos, camisolas, enaguas, corsés, medias, guantes... y zapatos.

Win se arrodilló en el suelo y empezó a sacar cosas de allí dentro.

—Has pensado en todo —murmuró sorprendida.

—Creo que te irán bien, tengo buen ojo para las medidas, pero si hace falta algún arreglo, hablaré con el posadero para que mande a buscar a una costurera.

—Oh, son preciosos.

Win estaba emocionada. Los tres vestidos eran hermosos. El primero que sacó era azul brillante, con mangas abullonadas, escote cuadrado y una cinta blanca en la cintura. El segundo era amarillo pálido, con mangas rectas hasta los codos, y escote redondo. El tercero era verde prado, con un escote en forma de barco que dejaba al descubierto los hombros, y sin mangas; muy atrevido y sensual.

—¡Me gustan todos! —exclamó riéndose como una chiquilla—. No sé cuál ponerme para la ceremonia.

—Pruébatelos.

Lo hizo, uno tras otro, ayudada por Trevor, al que no le importó actuar de doncella durante un rato. Todos le quedaban perfectos, como si estuviesen hechos a medida. Se miró ante el espejo, rodando sobre sí misma, observando hasta el último detalle de cada uno de ellos, y al final escogió el amarillo, combinándolo con unos guantes blancos.

—Estás preciosa —declaró él con emoción—, pero te falta algo. Tienes el cuello demasiado desnudo, ¿no crees?

Win se llevó la mano allí con tristeza.

—No tengo nada para...

—Sí, lo tienes —anunció Trevor con una sonrisa, sacando un estuche de su propio baúl.

Lo abrió ante ella. Win no podía creer lo que veía.

—Oh, Trevor, esto es... Debe haberte costado muy caro y no sé si podremos permitirnoslo.

—No te preocupes por eso —contestó Trevor, sacando el magnífico collar de diamantes para ponérselo alrededor del cuello—. Soy extremadamente rico, ya te lo dije.

—Pero...

—Muy rico, Win. Puedo permitirme comprarte todas las joyas que te apetezcan.

—No necesito joyas —susurró emocionada llevando una mano al pecho masculino—. Solo te necesito a ti.

—Lo sé. Pero yo quiero que las luzcas. Las mereces, Win. Mírate.

Se quitó de en medio para que ella pudiera volver a mirarse al espejo. El collar de diamantes brillaba alrededor del cuello como si fuese una constelación. Win llevó la mano hasta allí para acariciarlo, temerosa. Sintió un nudo en la garganta de la emoción.

Estaba junto al hombre que amaba. Iba a casarse con él dentro de unos minutos.

Se había acabado la época aciaga de su vida.

Ahora, ante sí, tenía un futuro maravilloso que pensaba disfrutar hasta el último aliento.

—Te amo —susurró mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Lo sé. —Trevor se puso detrás de ella y le rodeó la cintura con las manos—. Y yo a ti, mi amor.

—¿Vamos a ser felices?

—Todo lo felices que alguien puede llegar a ser en este mundo, Win. Te doy mi palabra.

Epílogo

Un mes más tarde.

Apreciada madre:

Nunca vas a tener que volver a preocuparte de mí. Abandono Inglaterra como la señora Sugdon, pletórica de felicidad, al lado de Trevor, el hombre que siempre he amado y del que tú conseguiste apartarme con tus intrigas y manipulaciones.

Me obligaste a un matrimonio con Maximilian que fue desdichado desde el principio y me abocaste a la ruina más absoluta solo para complacer tu ambición.

Nunca me amaste como una madre ha de querer a su hija, ni te preocupaste por mi bienestar. Solo viste en mí tu oportunidad de ascender socialmente, y a ello dedicaste toda tu pasión, utilizándome como un peón, una pieza sin valor, sin importarte mi sufrimiento ni mi dolor.

Pero quiero que sepas que, a pesar de todo, no te guardo rencor.

En estos momentos soy tan dichosa, al lado de Trevor y de mis hijas, que lo único que puedo sentir al pensar en ti es una gran lástima porque tú jamás sabrás qué es ser feliz, y eso me apena muchísimo.

Tu hija, Winnifred Sugdon.

SOBRE LA AUTORA

Switch.

Swinger.

Voyeur.

Sophie West es una mujer perversa que vive su vida como quiere, disfrutando al máximo. Ha viajado por todo el mundo gracias a, o por culpa de, su trabajo como secretaria personal de un alto ejecutivo de una multinacional. Le gustan el cuero, y las gafas de sol vintage, de las que tiene una muy buena colección, y que usa aunque esté nublado. No le gustan las multitudes, y prefiere las reuniones íntimas con sus amistades a las grandes fiestas; sentarse en un Starbucks y tomarse un frapuccino de chocolate mientras cotillea con sus amigos, para ella es una idea bastante cercana al Paraíso.

En sus novelas viviremos sus más perversas fantasías, algunas de las cuales ha tenido la suerte de poner en práctica.

Otras obras de la autora

[ESCLAVA VICTORIANA](#)

[PLACER Y OBSESIÓN](#)

TRILOGÍA EL ESCOCÉS ERRANTE

—>>[EL SECUESTRO](#)

—>>[LA HIJA DEL LAIRD](#)

—>>[LA DAMA DE LAS FLORES](#)

[INOCENCIA ROBADA](#)

Si disfrutas de la novela erótica sin tabúes ni censuras, atrevete a pasar por la >>[web](#)<< de DirtyBooks y empápate con sus novelas.

Si te gustan las novelas románticas llenas de ternura, pásate por la >>[web](#)<< de SweetyStories y estate atenta a sus novedades.

Síguenos en nuestra >>[página](#)<< oficial de Facebook

o búscanos en Instagram como **@dirtybooksco**

Muchas gracias por leer una novela de DirtyBooks.